

Ares Zubizarreta

Del amor y la ambición

Francisco J. Betés de Toro

PRIMERA PARTE

1871 - 1888

Capítulo 1

El grito, casi un alarido, resonó en todos los rincones de la casa. Mi amá por fin había dado a luz a su séptimo hijo. Llegué con retraso y el parto fue un poco más difícil de lo normal, por el tamaño que ya tenía en su seno.

En las colinas verdes de Cegama, donde las montañas parecen inclinarse para escuchar los susurros del río Oria, nací con ojos de curiosidad y manos destinadas a moldear mi destino.

La partera, una mujer recia, de origen aragonés, curtida por los años y la experiencia, compaginaba los partos con el cuidado de sus ovejas y tenía la serenidad de quien ha visto de cerca la vida y la muerte demasiadas veces.

Cortó con precisión el cordón umbilical y me envolvió rápidamente en un paño blanco, mientras tranquilizaba a mi amá:

—Es un niño robusto y sano y con buenos pulmones. ¡Cómo llora, el angelito!

Eran las seis de la tarde del 12 de diciembre de 1871. Al oír mis lloros, mi *aita* subió apresuradamente para interesarse por la salud de su mujer y de su nuevo hijo.

Vivíamos en una casa grande en el centro de Cegama, frente a la iglesia, en el corazón del Goierri guipuzcoano, y todos los días la familia acudía al caserío que además era molino de harina, la fuente de su sustento, situado al borde de un arroyo en la subida al monte.

Dos días después acudimos a la iglesia para el bautizo.

—¿Qué nombre le pondremos? —preguntó el cura.

—Menos a los dos primeros, a todos los demás, usted les puso el nombre, señor cura.

—Hoy es el día de San Juan de la Cruz, así que le llamaremos Juan.

—Es que al segundo hijo ya le pusimos Juan.

—Vaya, por Dios...

El cura volvió a su libro de santoral y lo revisó cuidadosamente. De pronto, exclamó con satisfacción:

—Ya lo tengo. Le pondremos Ares, cuya fiesta también se celebra hoy y que fue un santo en los primeros siglos del cristianismo.

—Como usted diga, señor cura —aceptó mi *aita*, a pesar de que el nombre le parecía algo extraño.

*

Mi familia no gozaba de una posición acomodada; y con tanto niño no sobraba nada en la mesa. La austeridad fue una norma en nuestra educación. A veces he pensado que mi complacencia con el lujo podría ser una reacción a aquella época de estrechez.

Me crié sano y fuerte. Desde muy pequeño tuve una gran habilidad con las manos y pasaba el tiempo construyendo pequeños artilugios, aprovechando cualquier cosa que tuviera a mi alcance, desde hilos, palos, cubiertos o ramas.

De mis seis hermanos, solo habían sobrevivido cuatro. El mayor, Jacinto, tenía ya doce años cuando yo nací y ayudaba a mi *aita* en las labores del caserío cuidando del ganado y revisando el funcionamiento del molino.

Desde el primer momento, mi hermana Prisca, que tenía ocho años cuando yo nací, disfrutaba cuidándome y jugando conmigo como si fuera un muñeco. Fui su primer juguete.

Yo era un niño muy activo, incapaz de permanecer quieto demasiado tiempo. Mis travesuras en algún momento pudieron haberme costado la vida, como cuando me caí desde la parte de arriba del granero. Afortunadamente caí sobre la paja acumulada del establo y todo se quedó en el susto.

Disfrutaba enormemente saliendo al campo, bañándome en la presa que el arroyo dejaba a la entrada del pueblo, persiguiendo a las ovejas y acompañando a mis hermanos mayores cuando las ordeñaban. Desde muy pequeño aprendí a ordeñar las ovejas con mucha destreza.

Tuve una infancia feliz, aunque siempre sentí curiosidad por saber qué había detrás de las altas montañas que rodeaban mi pueblo.

.

Capítulo 2

No había cumplido los siete años cuando me mandaron a la escuela. Mi amá me preparó unabolsa con la merienda y me acompañó el primer día. Allí me encontré con niños de mi edad que andaban desorientados. Algunos incluso lloraban.

A mí, sin embargo, la escuela me pareció una liberación, la ampliación de mi horizonte, el contacto con niños como yo. La posibilidad de conocer otras cosas. Mis compañeros me parecieron muy sosos. Desde el principio observé que estaban esperando a alguien que les orientara y yo acepté ese papel con naturalidad.

Mi hermana Prisca me había enseñado las primeras letras, así que rápidamente aprendí a leer. Pero lo que más me gustaba era la aritmética. Los números escondían enormes posibilidades para mí.

Tenía gran habilidad para el juego de canicas y en poco tiempo me hice con un buen arsenal. Las canicas se vendían a dos céntimos. A mí se me ocurrió que podía vender las de mayor tamaño a un precio de dos por cinco céntimos. La idea la saqué cuando aprendí la regla de tres. Las pequeñas las vendía al precio que todos aceptaban, de dos céntimos. Al final del curso, tenía un capital de dos pesetas que guardé celosamente. Las cosas que me enseñaban solo me interesaban si tenían utilidad, y desde pequeño supe que las cuentas eran un tesoro.

Un día, dos niños comenzaron a pelearse en el patio. Roberto, que ya entonces tenía fama de abusón, le había quitado la merienda a un muchacho pequeño y espabilado llamado Antón. El pobre se quedó llorando sin atreverse a reaccionar. Yo era más corpulento que la mayoría de los niños de mi edad, aunque Roberto todavía me superaba en tamaño.

Me acerqué sin pensarlo demasiado y le arrebaté el bocadillo de un empujón que lo hizo caer al suelo. Cuando devolví la merienda a Antón, vi en su mirada una mezcla de alivio y admiración. Aquel día gané un amigo para toda la vida. Y también un enemigo.

El maestro me castigó por participar en la pelea, pero muchos compañeros comenzaron a mirarme de otra manera. Roberto, en cambio, nunca me perdonó aquella humillación.

Mi hermano Damián tenía tres años más que yo. Estaba justo entre mi hermana Prisca y yo. Desde que tuve uso de razón, observé en él una gran animadversión hacia mí. Según Prisca, había sido el pequeño mimado hasta que yo llegué, que por eso le gustaba fastidiarme permanentemente, metiéndose conmigo. Por envidia.

Una tarde, estaba yo en casa construyendo en el suelo uno de los artilugios que me hacían feliz.

Corté la base de una patata para que se asentara en el suelo, clavé un palo fino en la parte superior, apoyándose en él, construí una especie de molinillo con dos tenedores entrelazados.

Había conseguido por fin que toda la estructura se mantuviera en pie, cuando entró mi hermano en la habitación y le pegó una patada. Todos los elementos que había conseguido ensamblar con tanto esmero quedaron desperdigados por el suelo. Sentí una enorme rabia y me fui hacia él. Mi hermana me contuvo.

—No le hagas caso, es un imbécil, ya se lo diremos luego a la amá.

Recogí con cuidado todas las piezas que andaban por el suelo y empecé a elucubrar cómo podría responder.

Damián tenía un punto débil. Le aterraban los pequeños animales del campo: los ratones, las ranas, las culebras... Tres días después, se despertó gritando. Su cama estaba llena de ranas y renacuajos que yo había recogido cuidadosamente en la charca que formaba el arroyo a la entrada del pueblo cerca del caserío. Mi amá me riñó, aunque tuve la impresión de que le costaba contener la risa.

Yo estaba seguro de que Damián no volvería a molestarme. Con el tiempo, descubrí que me equivocaba.

Capítulo 3

Mis abuelos maternos vivían en San Sebastián. Mi abuelo había salido del pueblo treinta años antes y conseguido un puesto muy bueno en la Diputación Provincial. Mi abuela iba a visitarlos una vez al año. Era hija única y había heredado su casa, en la plaza del pueblo, en la que vivíamos. Hasta ahora siempre se había hecho acompañar por mi hermana Prisca. Yo le había pedido muchas veces que me llevara a mí. Me moría de ganas de salir del pueblo. Yo acababa de cumplir nueve años y me llevé una gran alegría cuando me propuso que ese año la acompañara yo. Damián armó un gran escándalo por no ser él el elegido. Mi abuela se mantuvo firme, porque jamás se había interesado por acompañarla, aunque le prometió que el año siguiente le llevaría a él.

La noche anterior, no pude dormir. La idea de conocer lo que había detrás de las altas montañas que rodeaban Cegama, que me oprimían como si estuviera encerrado, me parecía un sueño excitante. Salimos a las siete de la mañana, con un hatillo en el que llevábamos lo necesario para pasar unos días en San Sebastián, en el carro de un vecino que hacía el viaje diariamente a Beasain. Este hombre llevaba pasajeros y volvía normalmente con todo tipo de alimentos y enseres que luego distribuía entre las tiendas del pueblo.

Una vez allí, fuimos a la plaza mayor y cogimos una diligencia, un nuevo servicio de transporte que podía llevar hasta veinte pasajeros. Mi abuela pagó el billete de tercera clase al conductor a razón de dos reales por ella y uno y medio por mí. Conseguí un hueco en la ventanilla, sentado en el regazo de mi abuela, me dispuse a verlo todo con una gran ilusión. Más que observar, absorbía la gente, los gritos, el bullicio de una ciudad para mí tan grande. La diligencia se puso en marcha tirada por seis mulas. La velocidad me pareció inusitada. Disfrutaba mirando hacia fuera, observando los altos montes que nos rodeaban, que en ningún caso eran igual de altos de los que yo había visto desde que nací.

Era un poco más de la una cuando llegamos a San Sebastián. Fuimos directamente a casa de mis abuelos que nos recibieron con todo cariño. Tenían una casa en un segundo piso en el barrio del Antiguo.

Una vez instalados, mi amá me llevó a dar un paseo. Y entonces lo descubrí. El mar. Todavía hoy recuerdo aquel instante. La inmensidad azul extendiéndose hasta el horizonte. El sonido de las olas. La sensación de libertad. Las montañas entre las que había crecido me parecieron, por primera vez, una frontera. El mar, en cambio, era una promesa. Comprendí entonces que algún día tendría que cruzarlo. Atravesar aquella enorme masa infinita para descubrir qué había más allá. Las montañas en las que me había sentido enclaustrado, con toda su belleza y grandiosidad, no podían compararse con aquel horizonte inmenso, lejano, misterioso. Las montañas me enjaulaban, el mar me liberaba, me hacía soñar.

Todo era nuevo. Los preciosos inmuebles frente al mar de la playa de la Concha, me parecieron de otro mundo. Fuimos hacia la Parte Vieja. Me quedé hechizado al pasar delante de la pastelería Otaegui. No podía quitar la vista de las maravillas que se ofrecían en los escaparates.

—¿Quieres entrar? ¿Te gustaría un dulce? —me preguntó de forma totalmente innecesaria.

Entramos. Encima de los mostradores protegidos por cristales en los que jugaba la luz de los quinqués, bandejas repletas de dulces de todos los colores. Fue difícil decidir cuál coger. Al final me decidí por una especie de milhojas al que llamaban pastel ruso. Cuando iban a envolverlo, les dije que quería que me lo dieran en la mano y salí a la calle antes de atreverme a darle el primer mordisco. Nunca en mi vida había tomado algo tan delicioso. Mientras íbamos por la calle, me pareció que la gente me miraba a los pies. Yo llevaba unas viejas alpargatas heredadas de mis hermanos. Se lo dije a mi amá y, sin pensarlo dos veces, me llevó a un zapatero y me regaló unos zapatos de cuero, como nuevos, los primeros que tuve. Nunca había pensado que la vida podría ser tan maravillosa.

Seguimos paseando y vi una tienda que se llamaba Ponsol. Era una sombrerería con todo tipo de sombreros elegantes. En el escaparate había una gorra que, según me dijeron, era la que llevan los *jockeys* que participan en las carreras de caballos. Era preciosa, con gajos de

colores amarillos, rojos y azules. Ante mi mirada de ilusión, mi amá entró y me la compró. Nunca me había sentido tan feliz.

El día siguiente amaneció soleado, y fuimos a la playa de la Concha. Después de jugar con la arena, me empeñé en entrar en el agua. Mi amá estaba recelosa porque el mar era muy distinto de la charca del pueblo, pero accedió a acompañarme hasta la orilla, donde me lancé sin miedo a jugar con las olas. Tragué un poco de agua. Estaba muy salada, pero aprendí a nadar sin más, con el método infalible de procurar no ahogarme. Me llevé una buena regañina al salir, pero nunca olvidaré la sensación del agua resbalando por todo mi cuerpo. Aquella sensación de libertad jamás me abandonaría.

Capítulo 4

Tenía poco más de doce años cuando, de forma natural, se organizó la primera pandilla. Además de Antón —que después de mi defensa de su bocadillo, se había convertido en mi mayor admirador—, se unieron al grupo Gabriel, Fernandoy Tomás. Gabriel era el empollón de la clase, él y Antón siempre lo sabían todo; Fernando era muy simpático y siempre sacaba malas notas, y Tomás era muy serio y se hacía escuchar.

Después de las clases, nos íbamos al monte, donde corríamos como conejos, recogíamos moras y bayas y lanzábamos piedras a los pájaros. Todos estábamos contentos con aquella camaradería. Nuestros problemas y preocupaciones salían en las conversaciones de forma natural. La escuela, los problemas con nuestros hermanos y nuestras elucubraciones más íntimas sobre cómo imaginábamos el futuro.

Muchas veces nos cruzamos con una pandilla de chicas que estudiaban en el colegio de las monjas de Segura, el pueblo de al lado. Todos hacíamos como que no nos veíamos, adoptando una postura de absoluto desinterés. Pero yo me fijé en una niña muy guapa. Se llamaba Sina. Era rubia, casi tan alta como yo y tenía unos ojos azules que recordaban al mar que había visto en San Sebastián, en un día de sol.

Un día, yo me acerqué al grupo de chicas y las invité a venir con nosotros a hacer una chocolatada en el monte, el siguiente domingo. Mis amigos me reprimaron mi iniciativa, pero yo sabía que en el fondo les hacía mucha ilusión.

Las chicas se presentaron con un perol de chocolate que calentamos en una hoguera y luego nos lo bebimos, mojando unos deliciosos canutillos que ellas también habían traído. Desde entonces se hizo tradición y todos los domingos íbamos en pandilla de chicos y chicas al monte.

Sina era la hija del alcalde, y al principio se daba muchos aires. Pero poco a poco empezamos a charlar... y el juego de las prendas fue un invento maravilloso que nos sirvió como excusa para tener los primeros roces y entablar conversaciones más privadas.

Durante algunos meses, el plan fue el mismo, pero poco a poco se fueron estableciendo ciertas preferencias. Yo soñaba con la siguiente chocolatada en la que podría charlar con ella. Un día, nos alejamos del grupo y la cogí de la mano.

Aquella noche apenas pude dormir. Cerraba los ojos y veía su rostro. Su pelo rubio. Su sonrisa. Sus ojos azules. A partir de ese momento ya solo pensaba en ella, solo soñaba con ella y toda mi vida empezó a girar como si ella fuera el único astro rey alrededor del cual mi existencia tenía más sentido.

Yo le contaba mis proyectos de irme lejos de Cegama, de descubrir nuevos mundos, y ella me escuchaba sonriendo, sin decir nada. Y por primera vez en mi vida deseé quedarme. Sin darme cuenta, me había enamorado. Estaba completamente abducido por Sina. Fue mi primer amor, el que nunca se olvida.

Capítulo 5

Acababa yo de cumplir los trece años cuando llegó ala escuela un nuevo maestro: don Antonio Cabezón.

La primera impresión que ofrecía no era especialmente positiva: de baja estatura, con calvicie incipiente, vientre prominente y rostro vulgar. Sin embargo, después de su primera intervención en clase, empezamos todos a cambiar de opinión.

Don Antonio tenía una sonrisa permanente, y el primer día nos dijo:

—Buenos días, chicos. Soy don Antonio, vuestro nuevo maestro. No estoy aquí para vigilaros ni para comprobar si estudiáis todo el tiempo. Estoy aquí para contaros cosas interesantes, para descubriros un mundo que no conocéis, para enseñaros por qué crecen los árboles o cómo se reproducen las ovejas o como se formaron las enormes montañas que rodean vuestro valle. No me interesa que os aprendáis la lista de los reyes godos ni que recitéis de memoria los ciento tres elementos de la tabla periódica.

Era un buen comienzo. Luego prosiguió:

—¿Sabéis cómo se amaestra a una pulga? En los circos de pulgas utilizan un sistema que os voy a contar. Una pulga puede realizar saltos de hasta diez metros de altura. Para conseguir amaestrarlas, hay que meterlas en un bote de aproximadamente veinticinco centímetros y, una vez dentro, ponerle la tapa. La pulga salta inicialmente hasta la tapa, golpeándose la cabeza. Esto lo hace muchas veces, hasta que poco a poco, a base de golpes, limita su salto. Al día siguiente de haberla introducido, puedes poner la pulga en la palma de tu mano y no saltará más de los veinticinco centímetros.

»Muchas veces las personas somos como las pulgas. Tenemos una tapa encima y nos limitamos a hacer lo más fácil, a saltar dentro del espacio que nos está permitido. Todos vosotros sois como pulgas amaestradas, pensáis que tenéis una limitación que no podéis superar. No saldréis de este pueblo, trabajaréis en el campo y vuestra vida será la misma que la de vuestros *aitas*. Pero tenéis que intentar probar una y otra vez a hacer algo distinto para ver si os han quitado la tapa y podéis ir mucho

más alto en vuestro vuelo. Yo estoy aquí para eso, para que sepáis que podéis desarrollar vuestras expectativas mucho más alto de lo que pensáis. Yo voy acompañaros en este camino. Los que no quieran estudiar, conmigo no tendrán problema. No estoy aquí para imponer disciplina ni para obligar a nadie. Estoy aquí para ayudaros a descubrir un nuevo mundo.

Aquellas palabras me impresionaron profundamente. Durante toda mi vida he recordado aquella lección.

Los comentarios en el recreo fueron para todos los gustos. Algunos no habían entendido nada, pero yo mantuve que para mí había sido un descubrimiento. ¡Cuántas veces durante toda mi vida he recordado a las pulgas del circo! Siempre se puede hacer más, aunque nadie lo haya intentado. Siempre se puede ir más lejos, aunque no sepamos qué hay más allá.

Don Antonio fue el mejor profesor que tuve en mi vida.

Pasados unos días, el maestro vio que los más pequeños tenían muchas dificultades para avanzar. Se dio cuenta de que lo que más les costaba era el idioma, puesto que en casa solo hablaban vascuence, así que instituyó unas clases voluntarias después de la hora de cierre para los que quisieran avanzar en el conocimiento del idioma. Les pidió que llevaran el almuerzo de casa y compartía con ellos su propio almuerzo. Enseguida se vio que algunos llevaban bocadillos de jamón mientras otros se tenían que conformar con unas gachas, así que instauró el sistema de repartir el almuerzo de todos entre todos.

El idioma se los enseñaba contándoles historias, cuentos interesantes, que a los más pequeños les hacían soñar. Poco a poco, los niños se dieron cuenta de que las lecciones de Lengua, en el fondo, eran el mejor entretenimiento que tenían.

Un día coincidimos a la salida de la escuela, y don Antonio me dijo:

—¿Sabes lo que quiere decir tu nombre, Ares?

—Me lo puso el señor cura por un santo de los primeros tiempos del cristianismo que se celebraba el día de mi bautismo.

—El cura está equivocado. Ares es un dios de la mitología griega, hijo de Zeus y Hera, y representa la fuerza, la violencia y los horrores de la guerra. Pero también es el símbolo de la virilidad masculina. Tuvo más de treinta amantes y se le atribuyen sesenta hijos. Afrodita, la diosa del amor y la belleza, era su amante preferida, su sanadora y aliada en la guerra. Afrodita engañó a su esposo Hefesto en su relación con Ares. Una vez descubierto, él tuvo que huir a su lugar de nacimiento, al norte de la Hélade. Así, pues, tu nombre hace referencia a la guerra y a la virilidad.

A mis trece años, vislumbré que aquel maestro me estaba dando un conocimiento profundo de mi personalidad y de mi destino. Pero entonces, aún mis días transcurrían entre el juego en los prados y las noches estrelladas, en las que cada estrella parecía contar una historia de tierras lejanas. A medida que crecía, el deseo de aventura se enraizaba más profundo en mi corazón.

Capítulo 6

Yo había cumplido los quince años cuando la señorita Cristina substituyó temporalmente a don Antonio, que había regresado a Cáceres para recuperarse de una enfermedad que todos temían que fuera tuberculosis.

Era muy distinta a él. Joven, esbelta y de una belleza serena, poseía una manera de hablar pausada que conseguía mantenernos atentos incluso cuando explicaba las lecciones más aburridas.

Durante aquellos meses tuvimos muchas más clases de Geografía, Historia y Ciencias Naturales. A mí me fascinaban especialmente sus explicaciones sobre países lejanos. Mientras ella señalaba montañas, ríos y océanos sobre el gran mapamundi colgado en la pared, yo sentía que el mundo entero se abría ante mí. No estudiaba aquellos lugares. Los soñaba.

Un día, la señorita Cristina organizó una excursión al campo para recoger plantas y enseñarnos a clasificarlas. Los alumnos nos dispersamos rápidamente entre los caminos y los prados.

Yo me alejé más de la cuenta y terminé atravesando un antiguo túnel ferroviario abandonado. Al salir al otro lado, me encontré con la señorita Cristina. Estaba tumbada sobre la hierba, contemplando el cielo.

Cuando me vio, sonrió.

—Hola, Ares. Ven. Desde aquí se ve todo el valle.

Me acerqué algo nervioso y me senté a su lado. Durante unos minutos ninguno habló. Recuerdo el sonido del viento moviendo la hierba. Y el latido desbocado de mi corazón. Después, ella tomó mi mano lentamente. Aún hoy, tantos años después, recuerdo perfectamente aquella sensación. No sabría explicar si fue deseo, ternura o simple curiosidad. Probablemente fue todo al mismo tiempo.

La señorita Cristina se inclinó hacia mí y me besó. Fue un instante, pero para mí significó descubrir un mundo completamente nuevo. Sentí una mezcla de emoción, vértigo y vergüenza.

Ella debió darse cuenta de mi desconcierto, porque sonrió con dulzura.

—No pasa nada, Ares.

Después me entregó varias plantas que había recogido.

—Llévalas contigo para la clase.

Cuando regresé junto al resto de los alumnos, apenas podía concentrarme. Ella, en cambio, actuó con absoluta normalidad. Aquella serenidad aumentó todavía más mi confusión.

Pocos días después anunció que abandonaría la escuela. Don Antonio había mejorado y volvería a ocupar su puesto.

El día de la despedida fue estrechando la mano de todos los alumnos. Cuando llegó mi turno, dejó discretamente un pequeño papel doblado entre mis dedos.

Aquella noche, encerrado en mi habitación, leí varias veces el mensaje: «Ven esta noche a mi casa. A las ocho».

Sentí miedo. Y también una excitación imposible de contener. Cené deprisa y salí de casa intentando aparentar tranquilidad. Las calles del pueblo estaban casi vacías y recuerdo caminar pegado a las paredes, temiendo que alguien pudiera descubrir adónde iba. En una de las calles me crucé con doña Mercedes, la estanquera, que me preguntó:

—¿Dónde vas a estas horas, Ares?

—Voy a jugar un rato con mis amigos —acerté a contestar.

Cuando llegué a la casa de la señorita Cristina, ella abrió la puerta antes incluso de que llamara. Me condujo hasta una pequeña habitación iluminada apenas por la luz de un quinqué.

Lo que ocurrió aquella noche cambió para siempre mi manera de entender el amor y el deseo. No lo recuerdo como un momento salvaje ni confuso. Lo recuerdo como algo lleno de ternura. La señorita Cristina fue paciente conmigo. Me trató con una delicadeza que nunca olvidaría. Durante años pensé muchas veces en aquella noche. Con el tiempo,

comprendí que ambos habíamos vivido aquel encuentro de maneras muy diferentes.

Yo era apenas un muchacho de quince años que descubría el deseo por primera vez. Ella, en cambio, era una mujer adulta, sola y probablemente llena de heridas y necesidades que entonces yo no podía entender.

Antes de despedirnos, me acarició el rostro y me dijo en voz baja:

—Siempre recordarás este momento.

Y tenía razón. Nunca lo olvidé. Siempre la recordé a ella con agradecimiento. Lo que permaneció en mí fue la sensación de haber descubierto algo profundamente humano.

Volví a mi casa en una nube. Nunca podré olvidar a la señorita Cristina y siempre estaré agradecido por haber descubierto el amor de una forma tan suave y natural. Durante toda mi vida he aborrecido a los hombres que fuerzan a las mujeres. Solo la ternura ha presidido siempre mi relación con las mujeres.

Tal vez la mitología tenía razón y yo tenía un don especial para gustar a las mujeres.

Capítulo 7

Desde el día en que le arrebaté la merienda de Antón en el patio de la escuela, Roberto comenzó a aborrecerme. Al principio fueron simples miradas de desprecio y pequeños enfrentamientos, pero con los años aquella rivalidad fue creciendo.

Roberto se rodeó de un grupo de muchachos que lo seguían más por miedo que por admiración. Cada vez que coincidíamos en las chocolatadas o en alguna fiesta del pueblo, terminábamos provocándonos.

Hasta entonces nunca habíamos pasado de insultos y empujones, pero todo cambió poco después. Roberto empezó a faltar a clase con frecuencia. Se mostraba insolente con los maestros y acabó convirtiéndose en una preocupación constante para sus padres. Pero su *aita*, después de zurrarle varias veces para que rectificara, lo dejó por imposible.

Don Antonio intentó ayudarlo varias veces, pero terminó comprendiendo que Roberto no quería que nadie lo ayudara.

Muchas tardes tomaba la carreta hasta Beasain y pasaba horas enteras en una taberna llamada La Imperial. Allí conoció a Agustín Gutiérrez, uno de los camareros. Fue él quien le habló del contrabando.

—Hay maneras mucho más fáciles de ganar dinero que trabajando como un burro —le dijo una noche.

Roberto escuchó con interés la propuesta de Agustín, que consistía en pasar de contrabando mercancías por la frontera.

—Yo te proporciono el caballo y el contacto, y no tienes más que ir y cruzar la frontera por Vera del Bidasoa, que está poco vigilada. Yo lo he hecho en múltiples ocasiones y nunca he tenido problemas.

—¿Y cuánto se gana? —se interesó Roberto.

—Puedes sacar cuatro duros por viaje. Eso son ochenta reales.

La cifra era tan astronómica que a Roberto le pareció una maravilla poder ganar tanto en dos otros días.

Quedaron en Segura, un pueblo entre Cegama y Beasain, donde Agustín tenía el caballo. Después de tres sesiones, el joven manejaba la montura con soltura.

Poco después, Roberto comenzó a desaparecer durante varios días seguidos. Cuando regresaba, llevaba dinero en los bolsillos, invitaba a refrescos todo el mundo y caminaba por el pueblo como si fuera alguien importante. Los muchachos empezaron a admirarlo. Y lo que más me dolió fue ver cómo Sina también parecía fascinada por él.

Poco a poco dejó de acudir a nuestras chocolatas. Cada vez que yo intentaba acercarme, encontraba una excusa para marcharse. Aquel desprecio me hirió mucho más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Por primera vez en mi vida sentí algo parecido al odio.

Un día nos cruzamos en la calle.

Roberto me miró con una sonrisa burlona.

—¿Qué pasa, Ares? ¿Ya no te siguen las niñas?

No pude contenerme. Lo insulté.

Él hizo ademán de continuar caminando, como si yo no mereciera siquiera su atención. Aquello me enfureció todavía más. Lo agarré del brazo y le di una bofetada tan fuerte que cayó al suelo. Se levantó inmediatamente y se lanzó contra mí. Rodamos por el barro golpeándonos con rabia.

Recuerdo perfectamente la sensación de furia ciega. No peleábamos solo por orgullo. Peleábamos por algo mucho más profundo. Por demostrar quién era más fuerte. Quién merecía ser admirado. Quién merecía ser querido.

Nos separaron entre varios hombres antes de que ocurriera una desgracia.

Cuando me alejaba, todavía escuchaba su voz:

—Eres un envidioso. Y todo el mundo lo sabe.

Aquellas palabras me persiguieron durante mucho tiempo.

Más tarde me crucé con Sina. Intenté tomarle la mano, pero ella retrocedió.

—Ares..., me has decepcionado.

Sentí aquellas palabras como una puñalada. Durante semanas caí en una tristeza que apenas lograba ocultar. No entendía cómo alguien como Roberto podía despertar admiración. Yo veía en él arrogancia, violencia y vacío. Sin embargo, parecía tener aquello que yo más deseaba. Dinero. Seguridad. Atrevimiento. Y sobre todo la atención de Sina. Aquella herida despertó en mí una ambición nueva.

Fue cuando volvió a despertar, con más fuerza, mi sueño de marcharme de Cegama para descubrir el mundo. Ahora también quería demostrar algo. Quería triunfar. Quería convertirme en alguien importante. Y quizá, en el fondo, quería dejar de sentirme menospreciado.

Empecé a seguir discretamente a Roberto y terminé descubriendo su negocio. Transportaba mercancías de contrabando desde la frontera francesa.

Durante días dudé sobre qué hacer, hasta que una noche tomé una decisión, de la que jamás me sentí orgulloso. Lo denuncié anónimamente.

La Guardia Civil lo detuvo pocos días después. Pasó varias noches encerrado y terminó confesándolo todo.

Cuando regresó al pueblo, ya no quedaba nada del muchacho arrogante que había presumido de dinero y valentía. Sus antiguos compañeros comenzaron a evitarlo. Incluso sufrió una paliza de los antiguos compinches a los que había denunciado.

Yo debería haberme sentido satisfecho. Pero no fue así. Durante mucho tiempo me persiguió la culpa. Me consolaba diciéndome: «Se lo merecía, se lo merecía, se lo merecía».

Había vencido. Y aun así no me sentía mejor.

Con el paso de los años, comprendí algo importante. Roberto nunca fue realmente mi enemigo. Mi verdadero enemigo era la sensación de no ser suficiente, la necesidad constante de demostrar mi valor.

Fue entonces cuando entendí que debía marcharme, pero no para huir de Roberto. Ni siquiera para olvidar a Sina. Cegama me quedaba pequeña y, si no me iba, terminaría convirtiéndome en alguien lleno de resentimiento.

Mi sueño de salir del pueblo ardía dentro de mí como una llamada imposible de ignorar.

Capítulo 8

Mi sed de lo desconocido me llevó a la decisión más importante de mi vida: partiría hacia Cuba, la isla de ensueño que había escuchado en las historias de un marinero que había vuelto al pueblo. Así comenzaría un viaje que no solo cruzaría océanos, sino que también tejería la trama de mi vida de maneras que solo yo podía soñar.

Mi *aita* era serio, tranquilo y trabajador. Las únicas broncas que tenía con sus hijos eran cuando nos veía holgazanear. Se levantaba temprano todos los días para ir al molino, donde pasaba toda la mañana. Luego volvía a casa, comía ligero y después de una corta siesta se pasaba por la taberna para echar una partida de cartas con sus amigos. Después volvía al molino para revisar cómo había trabajado el empleado que allí tenía, José. Se quedaba un par de horas y volvía a casa. Siempre tuve la impresión de que había sido feliz. No estoy seguro, pero creo que no había salido de Cegama ni una sola vez en su vida. Se casó con mi amá, hija de una de las personas ricas del pueblo, que había heredado una casa grande en el centro, en plena plaza grande, frente a la iglesia. Había delegado en ella la educación de sus hijos; no obstante, era la autoridad de la casa. Sus indicaciones eran órdenes para todos nosotros.

Por todo ello, he de reconocer que estaba nervioso cuando, después de pedirle hablar con él a solas, aceptó diciéndome:

—Ven al molino esta tarde.

Cuando estuve ante él, abordé el tema directamente:

—*Aita*, me gustaría salir del pueblo y buscarme la vida en otro sitio. He terminado en la escuela y quiero conocer mundo.

Se quedó pensativo unos minutos que para mí fueron eternos.

—¿Y dónde quieres ir? —me dijo finalmente.

—Quiero ir a Cuba.

—Ares, eres el pequeño y es normal que tu futuro lo veas fuera del pueblo. Pero piénsalo. Eres muy joven todavía. ¿Y por qué a Cuba? —me preguntó.

—Creo que allí podré iniciar una nueva vida y conocer nuevos horizontes y nueva gente.

—¿No has hablado con tu amá?

—Todavía no, quería saber si usted me daba su permiso.

Otra vez se quedó en silencio, como sopesando los pros y los contras de mi decisión. Luego me contó todos los peligros, las dificultades y los problemas que iba a encontrar. Creo que intentaba saber si mis planes eran serios o simplemente la idea de un adolescente.

Le hablé con total sinceridad y sin ninguna reserva para hacerle comprender que era una decisión tomada, pero que en ningún caso quería hacerla contra su voluntad.

Él había sido toda su vida muy conformista, le gustaba la vida en el pueblo, vivir tranquilamente con su mujer y sacar a sus hijos adelante, pero durante mi exposición pude observar un cierto brillo en su mirada que me descubrió que, tal vez, él, en algún momento, también había tenido ganas de irse, de descubrir el mundo, de conocer gente distinta. Entonces vi que tenía la partida ganada. Y lo confirmé cuando me dijo:

—Si es tu decisión, tienes mi apoyo. Habla con tu amá y fija la fecha para irte. Te daré algún dinero para que puedas iniciar tu nueva vida.

Mi amá se resistió todo lo que pudo. Intentó convencerme con palabras amables. Incluso tuvo alguna bronca con mi *aita* sobre mi deseo de salir. La idea de perderme la trastornaba. Yo era su niño pequeño.

—Espera un par de años. Hazlo por mí. El mundo siempre estará ahí fuera.

Yo le respondía con suavidad porque la veía sufrir. Pero mi decisión estaba tomada. Por primera vez, me sentía dueño de mi destino.

Al final se dio por vencida.

Dos meses después, mi *aita* me entregó una bolsita con cien reales.

—Empléalos bien —me dijo—. Te harán falta.

Al día siguiente, cogí la carreta hacia Beasain y desde allí me dirigí en diligencia a Bilbao.

SEGUNDA PARTE

1888- 1898

Capítulo 9

—El capitán está encantado con el revuelto de bacalao que le he servido. Me ha felicitado por la mejora que estamos teniendo en la preparación de nuestros platos.

El cocinero del barco me miraba sonriente mientras me daba los platos sucios para que continuara haciendo mi trabajo en el fregadero.

Habían pasado varios meses desde mi salida de Cegama. En Bilbao lo pasé regular. A pesar del interés por conseguir reclutas para la campaña de Cuba, no me habían aceptado por mi edad.

Así que, después de mucho intentarlo, una noche, en una taberna del puerto, un marinero medio borracho me dijo:

—Si quieres ir, lo mejor es que te enrolles en un buque que hace la travesía a Cuba una vez al mes.

—¿Y dónde está ese buque?

—Sale del puerto de Gijón.

—¿Y cómo se llama?

—Es el vapor Reina María Cristina, de la Naviera Transatlántica Española. Yo he hecho varios viajes con ellos. No pagan mucho, pero son serios.

Al día siguiente, ni corto ni perezoso, conseguí plaza en una diligencia que partía dos días después hacia Gijón. Una vez allí, hube de esperar una semana hasta que el vapor amarró en el puerto.

Cuando encontré el barco, no me recibieron muy bien. Por mi juventud y mi falta de experiencia como marinero, no era fácil que me cogieran. Un tal Rodríguez se encargaba de alistar a los marineros, y me rechazó varias veces. Pero yo insistí y fui todos los días a decirles que estaba dispuesto a enrolarme sin cobrar. Por fin, un día que el tal Rodríguez no estaba, me enteré de que buscaban un pinche para la cocina del barco.

Aunque todo lo que sabía de cocina era lo que había visto preparar a mi amá, a la que en ocasiones había ayudado, les dije que yo era un

experto y que me probaran. Conseguí, por fin, salir como pinche oficial del buque con un salario de veinte reales por la travesía.

Cuando Rodríguez se enteró, vino a verme y me dijo:

—Te crees muy listo y no eres más que un palurdo de mierda. Ya puedes tener cuidado conmigo.

—Ten cuidado con él. Es un mal bicho —me dijo Manuel, el cocinero, cuando Rodríguez se alejó.

—Es un chulo, pero no me da miedo. Le molesta que me hayan cogido llevándole la contraria.

—Yo te aconsejo que te guardes de él.

No tardé en comprobar que tenía razón.

Capítulo 10

Cruzando el Atlántico, me encontré a mí mismo y a mis sueños balanceándose con el ritmo de la marea. Cada ola que chocaba contra el casco del barco parecía llevarme más cerca de mi nueva vida. Los días en el mar mezclaban la melancolía y la emoción; dejaba atrás mi hogar a la vez que abrazaba un futuro desconocido.

En la cocina, mi labor se reducía a lavar todos los platos del barco, pero el cocinero poco a poco me fue dejando que le ayudara. Yo me di cuenta de que tenía habilidad. Al fin y al cabo, la cocina, si te gusta comer, no es tan difícil. Basta con echarle un poco de imaginación.

El cocinero probaba los platos que yo preparaba y me dejaba hacer cada vez más. Las felicitaciones llegaban por todos lados. Y aunque sin liberarme de mi trabajo principal de lavaplatos, el cocinero me daba cada vez más oportunidad de preparar la comida con él. Mi secreto fue ir añadiendo poco a poco algunas especias a los platos. La pimienta y la guindilla utilizadas con moderación fueron uno de mis secretos.

Hice gran amistad con Manuel. A sus cuarenta y tantos años, creo que me veía más como a un hijo que como a un compañero. Un día me habló de sus planes futuros. No tenía familia y estaba harto de navegar.

—Quiero echar raíces —me dijo muy serio—. Conozco al dueño de un restaurante en La Habana y es posible que me quede con él. Por cierto, que con tu mano para la cocina es posible que te dé trabajo también a ti. Cuando lleguemos te lo presentaré.

En el barco viajaba una chica más o menos de mi edad que se llamaba María. Era muy atractiva, aunque muy modosa también. Viajaba en tercera clase, por lo que coincidíamos a menudo cuando yo salía de la cocina. Cuando hicimos amistad, me contó que sus padres habían muerto en un accidente y que ella quería ir a Puerto Rico, donde tenía unos tíos. Sentí mucho saber que no se quedaría en La Habana. En mis ratos libres, procuraba coincidir con ella; tuvimos largas conversaciones en la cubierta del barco.

María parecía sentirse segura conmigo.

Una tarde me confesó que Rodríguez la incomodaba.

—Me sigue cuando voy sola —dijo en voz baja—. Me habla al oído. Me da miedo.

Sentí una rabia inmediata. Rodríguez no era solo un matón. Era un depredador.

La noche en que todo ocurrió, yo acababa de terminar de fregar los platos de la cena.

El barco avanzaba bajo un cielo oscuro, apenas iluminado por una luna velada entre nubes. La mayoría de los pasajeros dormía y la cubierta estaba casi desierta.

Al salir de la cocina, escuché un sonido extraño detrás de un mamparo. Un gemido ahogado. Me acerqué con cautela.

Entonces los vi. Rodríguez tenía a María contra el suelo. Le tapaba la boca con una mano y con la otra sostenía un estilete que brillaba junto a su rostro.

Durante un instante, me quedé paralizado. Después dejé de pensar. Me lancé sobre él y lo agarré del cuello con toda la fuerza que tenía.

—¡Corre, María! —grité.

Ella consiguió incorporarse, temblando, pero no se movió más. Parecía incapaz de entender que estaba libre.

—¡Corre! —repetí. Entonces huyó.

Rodríguez se volvió hacia mí con una expresión que nunca olvidaré. No era solo odio. Era humillación.

—Te voy a matar, palurdo.

Se abalanzó con el estilete. Retrocedí como pude, esquivando sus primeras acometidas. Él atacaba con furia, casi sin control. Yo buscaba defenderme con cualquier cosa que encontrara a mano. Una cuerda gruesa y húmeda quedó bajo mis dedos. La tomé y la lancé contra su rostro. El golpe lo hizo tambalearse, pero no lo detuvo. Volvió a cargar.

Sentí una quemazón en el brazo cuando la hoja de su estilete me rozó la piel. El dolor me hizo reaccionar con una violencia que desconocía en mí. Recogí la cuerda y le golpeé de nuevo con ella, esta vez en la cabeza. Cayó al suelo. Por un segundo pensé que todo había terminado, pero Rodríguez se levantó casi de inmediato. Respiraba con dificultad. Tenía sangre en la frentey los ojos desorbitados. Ya no parecía un hombre. Parecía una bestia acorralada. Avanzó hacia mí con el estilete extendido. Yo retrocedí hasta sentir la barandilla contra la espalda. No tenía salida. Comprendí que iba a matarme.

Entonces, cuando estaba a punto de alcanzarme, me aparté instintivamente hacia un lado.

Rodríguez, arrastrado por su propio impulso, no pudo detenerse. Su cuerpo golpeó la barandilla, la sobrepasó y desapareció en la oscuridad. Durante un instante oí un grito breve. Después, solo el mar.

Me quedé inmóvil. La cuerda aún colgaba de mi mano. El corazón me golpeaba con tanta fuerza que apenas podía respirar. Miré hacia abajo, pero no vi nada. Solo la espuma negra abriéndose y cerrándose bajo el costado del barco.

Rodríguez había desaparecido.

Yo no lo había empujado. No exactamente. Pero tampoco podía decir que fuera inocente. No había dado la alarma de hombre al agua, ni siquiera se me ocurrió lanzar un salvavidas que estaba adosado a la barandilla. Esa diferencia, tan pequeña y tan inmensa, me acompañaría durante muchos años.

Volví al camarote intentando ocultar el temblor de mis manos.

A la mañana siguiente notaron su ausencia. El capitán preguntó a varios marineros, revisó la cubierta y terminó anotando en el libro de bitácora que Rodríguez probablemente había caído al mar durante la noche. Nadie pareció lamentarlo demasiado. Era un hombre temido y poco querido.

Cuando volví a ver a María, ella bajaba la mirada. Le conté lo ocurrido, en voz baja.

—Fue un accidente —dijo. Luego me miró con los ojos llenos de gratitud—. Y aunque no lo hubiera sido, no diría nada.

Me besó en la mejilla antes de marcharse. Aquel gesto me conmovió más de lo que esperaba.

Durante varios días viví con miedo. Cada ruido detrás de mí, cada mirada de un marinero, cada silencio del capitán me parecía una amenaza.

Una noche, mientras arrojaba por la borda la basura de la cocina, se me acercó uno de los camareros que servían en primera clase. A bordo, los llamábamos manolitos.

—¿Cómo te llamas, chaval?

—Ares Zubizarreta.

El hombre sonrió apenas.

—Lo vi todo, Ares.

Sentí que la sangre se me helaba. Pero enseguida añadió:

—Tranquilo. Era un mal hombre. Tuvo su merecido.

Me estrechó la mano y se alejó sin decir nada más. No volví a verlo durante el resto de la travesía.

Desde entonces comprendí que el mundo adulto no estaba hecho de verdades limpias. A veces una acción justa podía dejar una mancha. Y a veces sobrevivir exigía cargar con secretos.

Capítulo 11

Entramos en el puerto de La Habana el 26 dediciembre de 1888. Yo me había situado en la proa del buque para no perderme el granmomento. Por fin iba a conocer Cuba, la tierra que había soñado tantas veces y a la que tanto esfuerzo me había costado llegar.

A lo lejos se divisaba la gran bahía. La nave avanzabalentamente. Los edificios empezaron a aparecer en el horizonte. Una preciosa avenida, que luego supe que llamaban el Malecón, dejaba ver su perfil de casas señoriales.

Yo permanecí en silencio. No era ya el muchacho que había salido de Cegama. El océano me había cambiado. Y la muerte de Rodríguez, aunque nadie hablara de ella, viajaba conmigo como una sombra.

La primera visión de La Habana quedó grabada para siempre en mi memoria. El sol comenzaba a elevarse cuando el Reina María Cristina entró lentamente en la bahía. La luz de la mañana se reflejaba sobre las fortalezas de piedra y las fachadas coloreadas que parecían surgir directamente del mar. Nada se parecía a España. Nada se parecía a Cegama. El aire era distinto. Más cálido. Más pesado. Cargado de humedad, salitre, frutas maduras, carbón y olores desconocidos.

Los pasajeros se amontonaban junto a la borda intentando contemplarlo todo al mismo tiempo.

Yo permanecía inmóvil. Fascinado. Y también asustado. Durante años había imaginado Américacomo un sueño lejano. Pero ahora estaba allí. Real, inmensa. Y yo apenas era un muchacho vasco perdido entre cientos de desconocidos.

El buque giró a estribor y penetró por el canal quedaba al puerto. Verdadera maravilla la forma en que la naturaleza había diseñado aquellaensenada protegida. Estaba seguro de que en aquella tierra verde que lucía bajo un sol sin nubes encontraría mi destino. Me sentí feliz de haber iniciado aquel viaje. Yo era el rey del mundo.

Capítulo 12

La noche anterior a nuestra llegada, el capitán nos convocó a Manuel y a mí.

—Estoy muy contento con los dos. La cocina ha funcionado muy bien y he tenido felicitaciones de nuestros pasajeros de primera clase. Aquí tenéis vuestros salarios y quiero que os vengáis conmigo de vuelta la semana que viene. Tú, Ares, estás ascendido a segundo cocinero; y en lugar de veintereales, cobrarás treinta por el viaje.

—Le agradecemos mucho sus palabras y su oferta, capitán, pero tanto Manuel como yo habíamos decidido quedarnos en La Habana.

—Lo siento mucho. Que tengáis buena suerte y cuidaros, que las cosas por aquí se están complicando mucho para los españoles. Si sabéis de un buen cocinero, me lo mandáis a mí directamente.

Nos saludó cariñosamente con una palmada en la espalda, pero de pronto, como si hubiera tenido una idea repentina, nos dijo:

—Antes de que os vayáis, quiero proponeros un trabajo, que si os vais a quedar os vendrá bien para ahorrar algún dinero. Tengo una maquinaria que ha encargado un terrateniente de Pinar del Río. Es una población que está a unos ciento veinte kilómetros de La Habana. La naviera se ha comprometido a ponérsela en su explotación. Necesito alguien que haga el transporte y he pensado que vosotros dos sois serios y podríais ocuparos.

A mí el encargo me pareció un disparate, pero Manuel, muy serio, preguntó que cómo se pagaba aquello.

—Tengo ochenta reales para los que se ocupen de dejarlo en la finca.

—¿Cuánto pesa?

—Según marca la caja, ciento veintidós kilos.

—Cuenta con nosotros. Mañana vendremos a recogerlo. Denos un adelanto de cincuenta reales y el resto a la vuelta.

—No, os doy ya los ochenta reales porque creo que sois gente de fiar, y cuando volváis yo ya estaré en alta mar. Mañana os espero a media mañana para que la recojáis.

Ante mi cara de extrañeza Manuel, a la salida del camarote del capitán, me dijo:

—Esto está hecho sin problemas. En cuanto lleguemos a puerto, lo organizo.

La Habana me golpeó desde el primer instante. Ruido. Música. Sudor. Caballos. Vendedores ambulantes. Soldados españoles. Marineros borrachos. Negros transportando mercancías bajo un sol abrasador. Mujeres vestidas con colores imposibles. El mundo entero parecía mezclarse en aquellas calles.

Yo caminaba detrás de Manuel intentando no perderme entre la multitud.

—No te quedes mirando como un paleta —me dijo sonriendo—. Aquí te vacían los bolsillos mientras admiras los balcones.

Apreté la pequeña maleta contra el pecho. Manuel soltó una carcajada.

—Tranquilo, muchacho. Todos llegamos igual la primera vez.

*

Al pisar tierra, acompañé a Manuel al fondo del puerto, donde había un montón de mulatos fornidos que se dedicaban a estibar los buques.

Apalabró con dos de ellos que nos ayudaran al transporte, prometiéndoles cinco reales para el día siguiente y otros cinco cuando estuviera entregada la maquinaria.

A continuación, nos fuimos hacia el interior de la ciudad. Ya en las afueras, encontramos al dueño de un carromato con aspecto sólido, que Manuel apalabró por diez reales después de echar un vistazo en la cuadra a dos mulas de aspecto sano. Le daríamos quince reales al recogerlo, y nos devolvería cinco cuando le devolviéramos el carromato y las mulas dentro de una o dos semanas.

Después de todas estas gestiones, tuvimos tiempo de disfrutar de nuestra primera noche en La Habana. Me llevó a los sitios menos recomendables de la isla, pero con una música maravillosa y un ron que quemaba las venas.

Cuando despertamos, estábamos en un camastro en el desván de un tugurio y con una chica mulata entre los dos.

Manuel, con los ojos todavía abotagados, se despertó y me dijo:

—Bueno, chico, ya eres un marinero completo. Y ahora, a trabajar, que hasta Pinar del Río hay mucho camino. Pero antes te llevaré a desayunar y te presentaré a un amigo.

Salimos del arrabal en que nos encontrábamos y en unos diez minutos estábamos cerca de la plaza de la catedral.

Seguimos hacia el Malecón y en una bocacalle Manuel me señaló un local coqueto con un cartel que decía «Chez Maurice. Restaurant». Aún estaba cerrado, por lo que fuimos por la parte de atrás y Manuel llamó con fuertes golpes en la puerta trasera.

Una voz desde dentro gritó:

—Ya va, ya va. No son horas.

Al abrir la puerta, un hombre alto y corpulento de pelo rubio se quedó sorprendido y se abalanzó sobre Manuel diciéndole:

—Manuel, por fin has venido. Me alegro mucho de verte. ¡Pasa, pasa!

Manuel me presentó:

—Este es Ares, un buen amigo.

—Pasad los dos, que os invito a desayunar.

—A eso hemos venido.

Nos sentamos a una de las mesas de un coqueto restaurante que a esas horas estaba totalmente vacío. Nos puso unas gachas y nos sacó dos rebanadas de pan recién tostado. Comimos con apetito mientras

Mauricio, que así se llamaba el dueño, nos contaba que el negocio estaba flojo.

—La gente rica está con miedo, hay muchos rumores de sublevaciones y parece inminente que las luchas por la independencia darán por fin sus frutos. Tened en cuenta que prácticamente toda la América española es independiente desde hace años.

—Lo siento mucho —afirmó Manuel—. Habíamos pensado qué tal vez podríamos trabajar para ti. Ares es un cocinero excepcional.

—No puedo pagaros, pero sí puedo ofreceros comida y alojamiento en el cuarto trastero de arriba.

—Podemos empezar así. Seguro que te ayudamos a levantar el negocio. Vamos con un encargo a Pinar del Río, pero en unos diez días estaremos de vuelta y vendremos a verte.

—Os recibiré con gusto. Aunque, como os digo, estoy cansado, el negocio anda flojo y yo estoy pensando en irme a España, donde nunca he estado. Tal vez vaya al pueblo de mi padre, en Asturias, a dedicarme a cuidar vacas en el monte —dijo con una sonrisa de añoranza.

—¿De dónde viene el nombre de Maurice? —intervine en la conversación.

—Mi padre era liberal y afrancesado, y cuando le pregunté por qué Mauricio, me dijo que sonaba a francés y que estuvo dudando si ponerme Napoleón, así que me libré de milagro. Se lo agradecí mucho y lo utilicé cuando monté el restaurante, que ha sido el más famoso de La Habana durante años, pero, como os digo, ahora está de capa caída. ¿Os han gustado las gachas?

—Están ricas, pero pruebe a ponerle dos o tres cucharadas de miel en la olla y revolverlas antes de servir las —aventuré.

—Miel no tengo, pero puedo ponerle caña de azúcar.

—Probablemente eso servirá.

—Como te dije —intervino Manuel—, este chaval tiene ideas para la cocina. Ya hablaremos a la vuelta.

Antes de marcharnos, me llamó aparte.

—Escúchame, muchacho.—Asentí—. En Cuba hay dos clases de hombres. Los que trabajan... y los que aprenden a mandar. —Me observó unos segundos—. Tú decides cuál quieres ser.

Aquellas palabras se quedaron resonando dentro de mí durante mucho tiempo.

Esa noche dormimos en un pequeño cuarto situado sobre el restaurante. A través de la ventana llegaban música, risas, voces y el sonido lejano del puerto. Yo apenas podía dormir.

Todo lo vivido durante aquel día parecíademasiado grande para mí. Entonces Manuel habló desde la otra cama.

—¿Te gusta Cuba?

Tardé unos segundos en responder.

—Me asusta.

Él soltó una pequeña risa.

—Eso significa que eres inteligente.

Guardamos silencio unos instantes. Luego añadió:

—Mañana salimos hacia el interior de la isla.

Capítulo 13

A la mañana siguiente salimos hacia el puerto después de recoger a los dos mulatos que ya traían consigo el carro y las mulas. Acostamos el carro al lado del buque y con una grúa conseguimos descargar sin tropiezos la maquinaria, que venía embalada entre unos soportes de madera. El carro resistió bien el peso y una vez estibada la carga iniciamos nuestro viaje a Pinar del Río.

Para mí, aquel viaje era una oportunidad única de empezar a conocer mi nuevo país.

Nos embarcamos en nuestro viaje al amanecer. A medida que el sol ascendía, los campos de tabaco daban paso a densas plantaciones de caña y pequeños pueblos donde la vida parecía transcurrir a un ritmo más lento y sereno.

La isla era un mosaico de colores vibrantes y aromas desconocidos. La exuberancia era casi irreal. Palmeras, plantaciones interminables, aldeas miserables junto a haciendas deslumbrantes. Y siempre aquel calor pegándose a la piel como una segunda ropa.

La primera semana fue un torbellino de adaptación, aprendiendo el dialecto local, acostumbrándome al clima húmedo, conociendo las costumbres de la gente y disfrutando de la música que sonaba en cada esquina con un ritmo que te invitaba a bailar. Nunca había conocido gente tan tranquila y tan alegre.

A veces viajábamos durante horas sin hablar. Otras veces, Manuel me explicaba historias sobre la isla: los negocios del azúcar y del tabaco, los hacendados, los antiguos esclavos, la corrupción, los militares españoles y los rumores crecientes de guerra.

En el camino, me encontré con todo tipo de personajes: agricultores orgullosos de sus cosechas, músicos que tocaban melodías con ritmos contagiosos y ancianos que compartían historias de los tiempos de la esclavitud. Atravesé paisajes que cambiaban como los colores de un caleidoscopio. En cada pueblo que paraba, la gente nos recibía con una calidez que calaba hondo. Cada encuentro dejaba en mí un mayor aprecio por la rica cultura y la amabilidad de los cubanos.

Una noche, mientras atravesábamos una región montañosa, una tormenta inesperada nos obligó a buscar refugio en una pequeña posada. Allí, compartí la cena con otros viajeros y escuché historias sobre las leyendas de la isla, incluyendo cuentos de espíritus y tesoros escondidos.

Mientras continuábamos nuestro viaje, me maravillaba ante la diversidad del paisaje cubano. Cruzamos ríos caudalosos, nos adentramos en valles donde el aire estaba perfumado con el aroma de las flores tropicales y ascendimos colinas desde las cuales podía ver el mar a lo lejos, brillando bajo el sol del Caribe. Cada día era un descubrimiento, cada noche un recuerdo vívido de tantas maravillas descubiertas.

Yo observaba todo intentando comprender aquel mundo nuevo. Cada kilómetro me alejaba más del muchacho que había salido de Cegama. Y me acercaba a alguien que todavía no conocía.

Llegamos a la hacienda al caer la tarde.

Capítulo 14

La hacienda, vasta y próspera, era propiedad de don Eustaquio, un hombre mayor de carácter amable pero firme. No parecía una simple finca. Parecía un pequeño reino levantado en mitad de un océano de plantaciones muy cuidadas.

La casa principal se alzaba sobre una suave colina rodeada de palmeras y jardines tropicales. Más allá se extendían almacenes, secaderos de tabaco, establos y largas filas de viviendas destinadas a los trabajadores.

El aire estaba impregnado de tierra húmeda, hojas secándose al sol, humo, café recién tostado y aquel aroma dulzón y penetrante que más tarde aprendería a reconocer como tabaco curándose lentamente.

Entregamos el encargo, que era una máquina que serviría para desbrozar la caña de azúcar.

Don Eustaquio apareció poco después. Vestía completamente de blanco y caminaba con una tranquilidad que imponía respeto inmediatamente. No necesitaba levantar la voz. Ni aparentar autoridad; simplemente la poseía.

Se acercó primero a la máquina. Sus ojos recorrieron cada pieza con atención casi obsesiva.

—¿Ha sufrido daños durante el viaje?

—Ninguno —respondió Manuel—. El capitán ordenó asegurar bien la carga antes de salir de La Habana.

Don Eustaquio asintió satisfecho. Después fijó la mirada en mí.

—¿Y este muchacho?

—Ares. Trabaja conmigo en cocina.

Me observó durante unos segundos. Intenté sostenerle la mirada sin parecer insolente. Había algo intimidante en aquellos ojos grises y tranquilos; parecían medir constantemente el valor de todo cuanto tenían delante.

—Tiene buenos hombros —dijo finalmente—. Y parece despierto.

No supe si aquello era un elogio o una advertencia.

Después de la cena, algunos hombres comenzaron a fumar puros en la galería exterior mientras bebían ron y discutían sobre Madrid, la isla y el futuro de Cuba. La noche tropical parecía viva.

El viento cálido movía lentamente las palmeras y, a lo lejos, se escuchaba música procedente de las viviendas de los trabajadores. Yo me sentía completamente desbordado. Todo era demasiado intenso.

Don Eustaquio salió finalmente a la galería y se sentó frente a nosotros.

Fumaba despacio, observándolo todo sin perder detalle.

Durante varios minutos nadie habló. Después me preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

Asintió lentamente.

—La edad perfecta para equivocarse.

Algunos hombres rieron. Yo no supe qué responder.

Don Eustaquio me observó unos segundos antes de continuar:

—¿Y qué has venido a buscar a Cuba?

Aquella pregunta me sorprendió, porque ni yo mismo lo sabía del todo.

—Quiero construir mi propia vida —respondí finalmente.

Don Eustaquio sonrió apenas. Como si hubiera escuchado aquella frase demasiadas veces.

—Entonces Cuba te enseñará muy rápido quién eres realmente.

Antes de dormir, salí unos minutos al exterior. La noche cubana era cálida y espesa. Caminé lentamente hasta uno de los jardines cercanos a la casa principal. Entonces vi una ventana iluminada. Junto al cristal había un retrato. El retrato de una joven. Incluso desde la distancia resultaba evidente que era extraordinariamente hermosa.

Escuché pasos detrás de mí. Era una de las sirvientas.

—Es la señorita Adelita —dijo al notar mi curiosidad—. La hija de don Eustaquio.

—¿Vive aquí?

La mujer negó con la cabeza.

—Está estudiando en Europa desde hace casi un año.

Volví a mirar el retrato. No sé por qué, pero tuve la extraña sensación de que aquel nombre volvería a aparecer en mi vida. Y fue mucho antes de lo que imaginaba.

Capítulo 15

El dueño de la finca, impresionado por la rapidez con que instalamos la máquina, me invitó a quedarme unos días para conocer mejor los métodos de cultivo y procesamiento que empleaban, una oportunidad que acepté con entusiasmo.

Durante mi estancia, don Eustaquio me mostró el lugar y compartió técnicas y secretos del cultivo del tabaco y la caña. A cambio, compartí mis habilidades de mecánica. Fue un intercambio de conocimientos, un aprendizaje mutuo que nos enriqueció a ambos.

El viaje de vuelta fue un tiempo de reflexión. Llevaba conmigo algunas hojas de tabaco, pero sobre todo historias, conocimientos y un sentido de conexión con esa tierra y su gente. Sabía que, al volver, tendría mucho que pensar.

Ese viaje, más que una obligación, fue una experiencia vital apasionante. Me enseñó el valor de la exploración, la importancia de las relaciones y el profundo respeto por la tierra. Cuba no era solo un lugar donde trabajar; se había convertido en una parte de quién era yo, Ares, un hombre que había cruzado el mar en busca de sueños y que tal vez había encontrado un hogar.

Con el corazón lleno de nuevas experiencias y la mente repleta de ideas para mejorar las tareas de la finca que un día tendría, emprendí el viaje de regreso.

Mi viaje a través de la isla marcó un hito en mi vida, pues me permitió experimentar la rica diversidad de las gentes y la belleza natural de la isla, una aventura que recordaría por siempre.

Después de mi enriquecedora experiencia viajando por la isla, llegué a La Habana con el espíritu renovado. La ciudad, con sus calles vibrantes y edificios de colores pastel, me recibió con un abrazo de energía y posibilidades, aunque mi intención era buscar la forma de regresar un día a la finca de don Eustaquio.

Manuel y yo nos dirigimos al restaurante de Mauricio, quien nos recibió con los brazos abiertos. Su pasión por la cocina era contagiosa, y me

vi compartiendo mis propias experiencias culinarias, aprendidas en mi casa en Cegama.

Mauricio, impresionado por mi conocimiento de los sabores y técnicas, me ofreció un trabajo como cocinero. Al principio dudé, pero algo dentro de mí, quizás esa misma voz que me impulsó a emigrar a Cuba, me animó a aceptar.

Pensé en ello como una aventura temporal, una forma de explorar otra faceta de la vida cubana.

*

Trabajar en Chez Maurice fue una experiencia transformadora. Aprendí a combinar los sabores robustos de la cocina cubana con la elegancia de la gastronomía francesa, y a añadir mis intuiciones de la cocina rural vasca. Cada plato que creaba era una obra de arte, una fusión de tres mundos que se encontraban en armonía en el paladar.

La cocina se convirtió en mi nuevo lienzo; y los ingredientes, en mis colores. Los clientes, tanto locales como extranjeros, elogiaban los platos, y con cada elogio, mi orgullo y confianza crecían.

Mauricio, más que un jefe, era mi mentor y amigo. Me enseñó no solo técnicas de cocina, sino también lecciones de vida sobre cómo encontrar belleza y pasión en el trabajo diario.

Capítulo 16

Sin embargo, a pesar de mi éxito y felicidad en Chez Maurice, mi corazón aún anhelaba la hacienda y el campo, el aroma de las hojas secándose al sol. Sabía que mi tiempo en La Habana estaba llegando a su fin, que debía probar la vida tal como la había visto en la finca de don Eustaquio.

Estaba con esa inquietud, cuando una noche don Eustaquio se presentó en el restaurante para cenar, y, como si lo tuviera muy pensado, me llamó a su mesa y me propuso que fuera, como su encargado, a su hacienda. Acepté inmediatamente. Era lo que estaba esperando.

La noche antes de mi partida, se organizó una pequeña despedida en el restaurante. Fue una velada llena de risas, recuerdos y platos exquisitos. Mauricio me agradeció mi trabajo y me dijo que siempre tendría un lugar en Chez Maurice.

Me despedí de La Habana con gratitud y con la certeza de que cada experiencia en la isla me había acercado más a quien realmente era.

Al volver a la finca, llevé conmigo no solo historias de mi aventura, sino también nuevas habilidades culinarias que compartiría con Shani, la cocinera negra de don Eustaquio.

Mi viaje, que comenzó como una simple expectativa, se había convertido en una experiencia nueva que superaba mis más ambiciosas ilusiones. Cuba, con sus sorpresas y oportunidades, había moldeado mis expectativas de maneras que nunca hubiera imaginado.

Capítulo 17

Solo llevaba unos días en la hacienda de don Eustaquio y poco a poco mi papel de hombre de confianza del dueño se iba abriendo paso. Jerónimo, un mulato bonachón que había sido esclavo, era el capataz. Su trato con los obreros era exigente pero considerado.

Mi labor consistía en pasear por todo el ingenio a caballo dando instrucciones sobre la forma en que yo entendía que se mejoraría el rendimiento, aunque siempre tuve el cuidado de escuchar y aprender de la experiencia de la gente que llevaba años haciendo su trabajo. Me ocupé especialmente en revisar el funcionamiento de la nueva maquinaria. Mis órdenes y sugerencias se ponían en marcha inmediatamente, sin necesidad de insistir. Vi gente sonriente y colaborativa en todo momento. Por las tardes, pasaba por la casa grande, donde se alojaba don Eustaquio, y le daba el parte de lo que había hecho. En todo momento se mostraba considerado y aprobaba sin reservas todas mis decisiones.

Al anochecer, los trabajadores se reunían en un claro, donde cantaban pegadizas canciones y hacían bromas entre ellos. Un anciano contaba historias largas, con grandes pausas, que todos oían embelesados. Eran relatos de cómo sus antepasados habían llegado a Cuba y cómo, desde la abolición de la esclavitud, vivían en un ambiente cálido, de pertenencia. Yo asistía casi todos los días, después de despachar con don Eustaquio, y notaba que me trataban con respeto pero sin sometimiento. A veces me hacían bromas sobre cómo se había coloreado mi piel con el sol, diciéndome que dentro de nada sería tan negro como ellos o que parecía un rey de la tribu al montar en mi caballo.

Me habían alojado en una pequeña construcción al lado de la casa grande, en la que vivía yo solo. Una noche, al volver a mi habitación, encontré en mi cama a una preciosa mujer a la que había visto anteriormente por la finca y en la que me había fijado porque era de una gran belleza. Era una mulata joven, a la que la mezcla de sangres había otorgado unos ojos verdes profundos, unas facciones muy

atractivas, un pelo negro azabache muy liso y un cuerpo que atraía todas las miradas.

Ante mi sorpresa, me dijo:

—Todas las chicas de la hacienda querían hacer esto, pero solo yo me he atrevido.

Reaccioné con reserva, sopesando las consecuencias que aquello podría tener, pero debo reconocer que mi resistencia no fue grande.

La hice ponerse de pie y ella dejó caer su vestido hasta quedar completamente desnuda. Era mucho más baja que yo. La abracé y acaricié todo su cuerpo. Luego caímos en el lecho y la poseí con todo mi deseo dormido desde hacía tiempo. Ella respondía entregándose sin resistencia y, por momentos, tomando la iniciativa. Esa noche, tres veces le hice el amor y recordé lo que era el auténtico placer, la sensación de plenitud.

Estuvimos despiertos hasta la mañana. Mientras la acariciaba, le pregunté por su vida y me fue contando. Sus padres habían sido esclavos, pero ella había nacido libre. Se sentía a gusto en la finca de don Eustaquio. El trabajo era duro, pero el capataz era justo.

Me dijo algo que me marcó:

—Siempre he procurado que mi vida esté llena de momentos agradables, pero el haber estado contigo esta noche lo recordaré siempre.

Me dijo que se llamaba Makena, que significaba 'la que es feliz', aunque todo el mundo la llamaba Macarena. Fue muy discreta, aunque de vez en cuando, solo de vez en cuando, se dejaba caer al anochecer por mi cabaña. Mis miedos sobre las consecuencias no tuvieron fundamento.

Una noche, al volver, encontré que estaba en mi lecho otra atractiva muchacha negra que trabajaba en la casa grande. Mayor que Makena, era muy experta en el arte amatorio, como pude comprobar después.

La muchacha negra se llamaba Shani, nombre que, según me dijo, significa 'maravillosa'. Trabajaba en la casa grande donde era cocinera y doncella.

En efecto, Shani era maravillosa. Un escalofrío de placer me recorrió la columna vertebral al cogerla en mis brazos.

El roce de los cuerpos sudorosos fue constante e intenso durante toda la noche. Nunca había vivido una experiencia parecida. La noche transcurrió en una dulce placentera, tan solo interrumpida por algunos intensos momentos de pasión.

Cuando desperté, la chica había desaparecido.

Capítulo 18

Llevaba un año como encargado de la hacienda. Una tarde mientras informaba a don Eustaquio de los pormenores de la jornada, me dijo:

—Estoy muy contento contigo, Ares. Desde que murió mi esposa, hace ya más de cinco años, me he sentido con poco ánimo para llevar la hacienda. Por eso tu incorporación ha sido providencial para mí. Llevas muy bien todos los temas del trabajo y para mí estás siendo una gran ayuda. Me gustaría, si te parece bien, que te asees, te cambies de ropa y vengas a cenar conmigo dentro de una hora.

Acerté a decirle lo satisfecho que estaba con el trabajo que me había encomendado y que disfrutaba de cada momento de la vida en la hacienda.

Me fui a mi pequeña casa, me lavé y me cambié de ropa con una camisa, unos pantalones y una levita que había comprado en La Habana en una de mis visitas.

Cuando don Eustaquio me vio tan elegante, se echó a reír.

—Te has vestido como para una gran celebración.

Le dije que para mí era una señal de respeto.

—Siempre tienes la respuesta adecuada —mecontestó.

Subimos a una sala en la planta alta, que yo no conocía.

—Esta sala está decorada como una que vi en mi juventud en el palacio de Versalles, en París. La hice reconstruir en función de mis recuerdos y creo que quedó bastante bien.

La sala era preciosa, decorada con pinturas en las paredes y con molduras de pan de oro en todas las esquinas. La cena resultó deliciosa. Yo había tenido la precaución de pasarme por la cocina para revisar un poco el menú. Ayudé a Shani a preparar el cochinillo que tenía en el horno y le di instrucciones para que sencillamente echara por encima del animal una mezcla de aceite y agua de vez en cuando, y que solo le añadiera tomillo.

Don Eustaquio hablaba de su juventud, de cómo había viajado por Europa y cómo había heredado la hacienda de su padre. También me contó su boda y lo enamorado que estuvo de su mujer.

—Hace cinco años que me dejó, y desde entonces no soy el mismo. Mi hija Adelita es mi mayor tesoro. La mandé a estudiar dos años a Suiza y volverá dentro de unos meses. Seguro que os llevaréis muy bien.

Me contó las dificultades que existían en la isla con las sublevaciones continuas contra la dominación española.

—Yo he nacido aquí, pero me siento español; y cuando me dicen que Cuba es una provincia más de la madre patria, me siento orgulloso. Pero es cierto que hay muchos movimientos que piden la independencia. Yo conocí a Carlos Manuel de Céspedes del Castillo, un hacendado de Bayamo. Se levantó en armas contra el gobierno español el 10 de octubre de 1868; liberó a sus esclavos invitándoles a unirse a la lucha anticolonialista. Hace casi veinte años que murió en combate con las tropas realistas, pero su espíritu sigue vivo. Llevamos ya casi treinta años de levantamientos continuos, que no han tenido éxito, pero cada vez que son aplastados por el ejército español, crean un mayor sentimiento de rebeldía. De hecho, la zona oriental de la isla está muchas veces en poder de los sublevados.

—Y ahora nos queda lo peor, ya que los Estados Unidos, cuando han terminado su expansión arrebatando la mitad de México, han puesto los ojos en la isla. Creo que la situación no será fácil en los próximos años.

—¿Y si se produjera la independencia, qué haría usted? —le pregunté.

—Yo soy cubano, nací aquí. Y aunque soy partidario de cualquier solución negociada, es posible que nos encontremos en algún momento de dificultad. Tenemos que estar preparados.

Luego, cambiando de tema, prosiguió:

—Desde 1880 hay una ley que prohíbe la esclavitud en Cuba. La liberalización de los esclavos se produjo en 1886. Afortunadamente, yo siempre había tenido un trato humanitario con mis esclavos. Eso lo habrás notado tú en tus contactos con los trabajadores de la hacienda.

Era cierto, el ambiente en la hacienda era muy grato.

—Yo los veo contentos y trabajando a gusto. Tienen la sensación de que son mejor tratados que en otras haciendas. Eso ayudamuchísimo al trabajo. Creo que en eso, don Eustaquio, ha acertado usted.

Aceptó el cumplido con naturalidad.

—Desde que estás aquí he recobrado las ganas de hacer cosas. Me gustaría que te ocuparas también de la venta del tabaco y del azúcar. Ve a La Habana y mantén contacto con todos los compradores. Creo que podemos conseguir mejores precios para nuestras cosechas.

»Quiero que te ocupes también de mis finanzas. Quiero tener efectivo para cuando vengan mal dadas. La guerra es lo peor que nos puede pasar. Sobre todo, para personas como yo, que siempre han sido moderadas y que en esos momentos tendremos que tomar partido.

Desde aquella noche, las cenas con don Eustaquio se convirtieron en habituales. Hablábamos de todo, de la vida, de la guerra, de los negocios, y hasta de mujeres.

Una noche, me dijo:

—Quería pedirte una cosa, Ares: que dejes de ver a Shani. Ha sido mi compañera durante muchos años, desde que murió mi mujer, y no me gustaría que la distrajeras.

Por un momento me sonrojé. No sabía que estaba al tanto de mis correrías.

—No se preocupe. Eso queda terminado ahora mismo.

—Te lo agradezco, Ares.

Capítulo 19

Empecé a pensar en cómo mejorar el negocio y observé que algunas haciendas maduraban el tabaco en secaderos durante varios meses antes de liar los cigarros. Hice construir un gran secadero, bien ventilado. Dejamos añejar el tabaco seis meses, el doble que el resto de las haciendas de alrededor, y conseguimos que los cigarros de don Eustaquio adquirieran fama de calidad, y así doblamos el precio de nuestra cosecha. Decidimos lanzar los cigarros con nuestra propia marca. Creamos Fonseca, el apellido de don Eustaquio, como una de las primeras marcas de cigarros puros de la isla.

Don Eustaquio estaba encantado. A lo largo de los meses empecé a sentir un gran afecto por aquel viejo amable que me trataba más como a un hijo que como a un empleado.

Una noche, después de una de nuestras cenas, don Eustaquio me anunció que su adorada hija, Adelita, volvería el mes siguiente. Su alegría era total y contagiosa, así que me dispuse a preparar un gran recibimiento.

Capítulo 20

Cuando Adelita regresó de Europa, su llegada a la finca fue todo un acontecimiento. Su padre había comentado con orgullo sus logros en los estudios en el extranjero, y todos en la hacienda estaban ansiosos por volver a ver a la joven que había estado más de dos años en un mundo tan diferente al que conocían.

Durante meses había escuchado hablar de ella. Su educación en Europa, sus viajes, sus estudios en Suiza y la devoción casi exagerada que don Eustaquio sentía por su hija. Pero hasta entonces Adelita no había sido más que el retrato de una bella mujer. Nada más.

La llegada se produjo poco antes del mediodía. Varias carretas cruzaron lentamente la entrada principal levantando una nube de polvo rojizo. Los trabajadores comenzaron a detenerse discretamente para observar. Don Eustaquio descendió los escalones de la galería con una rapidez impropia de un hombre de su edad.

Y entonces la vi por primera vez. Bajó del carruaje sin ayuda. Vestía ropa europea de tonos claros y un sombrero elegante que apenas lograba contener el cabello oscuro recogido sobre la nuca. Pero lo que más llamaba la atención era su manera de moverse. Segura y natural. Como si el mundo entero le perteneciera por derecho.

Don Eustaquio la abrazó con una emoción que jamás le había visto mostrar delante de nadie. Durante unos segundos, dejó de parecer el poderoso hacendado al que todos obedecían. Parecía simplemente un padre feliz.

Adelita besó su mejilla y comenzó a saludar a varios empleados y conocidos con una mezcla de cortesía y distancia perfectamente calculada.

Yo observaba desde unos metros más atrás, intentando no llamar la atención. Entonces sus ojos se detuvieron brevemente en mí. Solo un instante. Lo suficiente para que sintiera un extraño golpe en el pecho.

Don Eustaquio hizo un gesto en mi dirección.

—Ares, acércate.

Obedecí inmediatamente. Sentí de pronto el sudor pegándose a mi camisa bajo el calor insoportable del mediodía.

—Este es el muchacho vasco del que te hablé en mis cartas —dijo don Eustaquio—. Ha resultado más útil de lo que esperaba.

Adelita me observó con evidente curiosidad, pero también con cierta frialdad. Como si intentara decidir rápidamente en qué lugar debía colocarme dentro de su mundo.

—Así que tú eres Ares —dijo finalmente.

Su voz era suave. Mucho más de lo que había imaginado.

Asentí.

—Sí, señorita.

Ella sonrió apenas. Una sonrisa elegante. Casi irónica.

—Mi padre habla mucho de ti.

Aquella frase debería haberme halagado. Sin embargo, la manera en que la pronunció me hizo sentir incómodo. Como si no terminara de comprender qué hacía alguien como yo ocupando cierta atención dentro de aquella casa.

—Supongo que trabajas mucho —continuó.

No supe exactamente qué responder. Había algo en su tono difícil de interpretar. No parecía desprecio, pero sí cierta superioridad aprendida desde la infancia.

—Intento hacerlo bien.

Adelita asintió distraídamente mientras se quitaba los guantes. Sus ojos recorrieron rápidamente mis manos endurecidas por el trabajo. Después mi ropa, mis botas cubiertas de polvo. Y finalmente volvió a mirarme a los ojos.

—Eso está bien —dijo con amabilidad distante—. Cuba necesita hombres trabajadores.

Aquella frase me golpeó más de lo que debería. Entendí inmediatamente lo que realmente significaba.

Para ella, yo era solo otro empleado eficiente dentro del inmenso engranaje de la hacienda.

Y lo peor fue descubrir cuánto me importaba su opinión.

Capítulo 21

La fiesta fue preciosa. Acudieron muchos de los propietarios de las haciendas vecinas, grandes carruajes y personas vestidas con sus mejores galas. Una orquesta amenizó toda la velada. Yo, mezclado con la gente elegante, me ocupé de los detalles. Don Eustaquio estaba feliz. Todos los empleados participaron y sus cánticos y risas contribuyeron a crear un ambiente de fiesta y alegría.

Sin embargo, pronto quedó claro que Adelita tenía poco interés en la vida de la hacienda. Era una joven de gustos refinados y actitudes que reflejaban su educación privilegiada. Su enfoque estaba lejos del trabajo y las responsabilidades de la finca, y su interés parecía centrarse más en las actividades sociales y en mantener su estatus.

A veces coincidíamos durante las comidas o mientras supervisaba algunos asuntos de la hacienda junto a don Eustaquio. Ella parecía observarme con curiosidad, como si intentara comprender por qué su padre empezaba a confiar en mí más de lo habitual. Pero cada vez que nuestras conversaciones amenazaban con volverse demasiado cercanas, Adelita levantaba de nuevo aquella barrera invisible.

Una tarde, me encontró revisando unas cuentas en el despacho.

—Mi padre dice que tienes facilidad para los números.

—Intento no equivocarme.

Adelita sonrió apenas.

—Eso dicen todos antes de equivocarse.

Se acercó lentamente a la mesa y observó los libros de cuentas.

—¿Quién te enseñó?

—Un maestro en Cegama.

—¿Y también te enseñó a hablar tan poco?

No supe qué responder. La diferencia entre nosotros seguía presente constantemente. Muchas veces me sentía un intruso.

Una noche escuché sin querer una conversación entre Adelita y una de sus amigas habaneras.

—¿Y qué te parece el famoso vasco de tu padre? —preguntó la mujer sonriendo.

Adelita tardó unos segundos en responder.

—Es inteligente.

—Eso no ha sonado demasiado entusiasta. También es guapo.

Ella soltó una pequeña risa.

—No seas ridícula.

—Entonces no te interesa.

Adelita guardó silencio un instante antes de responder:

—No pertenece a nuestro mundo.

Aquellas palabras me golpearon con más fuerza de la que esperaba. Porque en el fondo yo sabía que tenía razón.

Durante varios días procuré evitarla.

Me refugié en el trabajo.

Supervisaba cargamentos, revisaba cuentas y pasaba horas enteras recorriendo plantaciones bajo un calor sofocante.

Jerónimo comenzó a darse cuenta de mi malhumor.

—Las mujeres hermosas son como el ron fuerte —me dijo una tarde—. Cuando se suben a la cabeza, más vale apartarse un poco.

Intenté sonreír. Pero ni siquiera yo mismo entendía por qué la actitud de Adelita me afectaba tanto. Quizá porque por primera vez deseaba ser visto como alguien digno de permanecer en aquel mundo.

Y ella parecía recordarme constantemente de dónde venía.

Para complicar aún más las cosas, Adelita tenía un pretendiente: Joaquín, el hijo de don Rafael, el propietario de la hacienda colindante.

Joaquín, con su educación y su posición social, era visto por Adelita como alguien de su misma clase, un igual en términos de educación y estatus. Juntos formaban una pareja que simbolizaba la unión de dos de las familias más distinguidas de la región.

Mi posición como encargado de la finca me colocaba en una situación incómoda. Adelita me veía como un simple empleado, alguien de una clase inferior, y no ocultaba su menosprecio hacia mí. Aunque yo dirigía las operaciones diarias de la finca, Adelita rara vez reconocía mi posición. Sus comentarios y actitudes eran a menudo despectivos, como si considerara que mi relación de confianza con su padre me hubiera hecho olvidar que yo era un simple empleado.

Capítulo 22

Tal situación creó un ambiente desafiante para mí. Cada día, me esforzaba por mantener la profesionalidad y la dignidad, centrando mi atención en la gestión eficaz de la finca y en el bienestar de los trabajadores que dependían de mí. Sin embargo, no podía evitar sentir una cierta amargura ante la falta de reconocimiento y respeto por parte de Adelita.

Joaquín, por su parte, mantenía una actitud más neutral. Aunque estaba comprometido con Adelita y compartía su clase social, no mostraba el mismo desdén hacia mí. En ocasiones, incluso expresaba su aprecio por mi trabajo y esfuerzo, aunque siempre dentro de los límites que su relación con Adelita y su posición social dictaban.

Con el tiempo, aprendí a navegar en esta complicada situación, encontrando satisfacción en mi trabajo y en las pequeñas victorias diarias en la hacienda. Seguí trabajando en mejorar la producción, en innovar en los métodos de cultivo y en asegurar que la finca continuara siendo un modelo de éxito y eficiencia.

Me sentía menospreciado, pero me mantuve firme en mi compromiso con la hacienda, demostrando a través de mi trabajo y mis resultados que el valor de una persona no se mide por su clase social o su educación, sino por su dedicación, su ética de trabajo y su capacidad para conseguir el éxito.

En los meses siguientes, me encontré enfrentando un sentimiento inesperado y profundamente personal: me estaba enamorando de Adelita. Su belleza, su inteligencia, y hasta su espíritu indomable, que a menudo se manifestaba en forma de orgullo y desdén, me habían hechizado.

Esta revelación me tomó por sorpresa. Sabía que era un amor no correspondido, alimentado más por una idealización que por una conexión real. Adelita, con su pretendiente Joaquín y su claro menosprecio por mí, parecía un sueño inalcanzable, un deseo destinado a permanecer oculto en las sombras de mis pensamientos.

A pesar de todo, decidí intentar ganar al menos su respeto. No de manera abrupta o imprudente, sino mostrándole quién era yo realmente, más allá de las etiquetas y los prejuicios de clase. Quería que viera mi pasión por la finca, mi dedicación al trabajo y el respeto y cariño que me tenía don Eustaquio, que siempre mantenía su trato de afecto y deferencia.

Comencé a buscar pequeñas oportunidades para interactuar con ella, mostrándole los aspectos más bellos de la vida en la hacienda. Le enseñé los campos de tabaco al atardecer, cuando el sol bañaba todo con una luz dorada, y le hablé de las estrellas que brillaban sobre nosotros, contándole historias y leyendas de la tierra que tanto amaba.

A veces, parecía que Adelita se suavizaba, mostrando un interés genuino o una chispa de risa en sus ojos. Pero luego, como si recordara quién era o quién se suponía que debía ser, volvía a levantar sus muros, poniendo distancia entre nosotros.

Mi corazón se debatía entre la esperanza y la resignación. Sabía que las probabilidades estaban en mi contra, especialmente con Joaquín siempre presente, un recordatorio constante de las barreras sociales que nos separaban. Pensé en dejar la hacienda. Mi reputación se había extendido y tenía ofertas de muchos hacendados para que me fuera con ellos. Sin embargo, algo en mí se negaba a renunciar. No podía dejar de amarla, no importaba cuán imposible pareciera nuestro amor.

Capítulo 23

En las noches, cuando la finca dormía y solo el susurro de las hojas de las cañas acompañaba mis pensamientos, me permitía soñar. Soñaba con un mundo donde Adelita y yo podríamos estar juntos, donde las diferencias de clase no dictaran los latidos de nuestros corazones. Pero cada mañana, al enfrentar la realidad de la finca, esos sueños se desvanecían, dejándome con la certeza de que mi amor por Adelita era, en el mejor de los casos, una dulce ilusión, y, en el peor, un camino hacia un corazón roto.

Un día, para mi sorpresa, Adelita vino a verme y me dijo:

—Ares, si no estás muy ocupado podríamos dar un paseo a caballo.

Acepté inmediatamente e hice preparar tres monturas, pues don Eustaquio se unió a la excursión con la ilusión de mostrar a su hija todas las mejoras que habíamos hecho. Mientras cabalgábamos, no pude evitar admirar la forma en que Adelita se movía, con gracia y confianza, a lomos de su caballo; una imagen de elegancia y libertad.

El paseo nos llevó cerca de un río caudaloso, cuyas aguas se deslizaban con fuerza entre las rocas y la vegetación. En un momento inesperado, el caballo de Adelita se asustó por el sonido de un tronco que se quebraba en la distancia. Descontrolado, salió desbocado y acabó lanzando a Adelita hacia el río turbulento.

Sin pensarlo dos veces, me bajé del caballo y me zambullí en el río tras ella. El agua fría y la fuerte corriente me golpearon y me arrastraron descontroladamente. Me así a un tronco que circulaba a gran velocidad, pero que me acercaba al lugar en que Adelita sacaba la mano entre los rápidos del río. Mi determinación era más fuerte que la corriente. Nadé con todas mis fuerzas hacia donde estaba ella, luchando para mantenerme a flote contra la fuerza del agua que amenazaba con arrastrarnos a ambos.

Adelita estaba aterrorizada. Intentaba mantenerse a flote sin conseguirlo. Cuando logré alcanzarla, me agarró desesperadamente del cuello y ambos estuvimos a punto de hundirnos.

—¡Tranquila! —grité—. ¡Suéltame o moriremos los dos!

No sé si llegó a escucharme realmente, pero finalmente aflojó la presión lo suficiente para que pudiera sujetarla por debajo de los brazos. La corriente nos arrastró muchos metros antes de que alcanzáramos una zona menos profunda. Cuando por fin conseguimos salir del agua, Adelita temblaba violentamente. Tenía el rostro pálido y respiraba con dificultad. Me arrodillé junto a ella mientras intentaba recuperar mi aliento.

Durante unos segundos ninguno habló. Ella me miraba como si acabara de descubrir a otra persona.

Ambos estábamos exhaustos y temblorosos. Adelita me miró a los ojos y en ese momento algo cambió. La manera en que su mirada se clavó en la mía era diferente; ya no había rastro de aquel desprecio o superioridad. En su lugar, vi asombro, gratitud y algo más, algo que parecía un reconocimiento de mí no solo como el encargado de la finca, sino como un hombre fuerte y valiente.

Don Eustaquio llegó corriendo pocos instantes después. Jamás olvidaré la expresión de su rostro al ver a su hija viva. Se arrodilló junto a ella y la abrazó con una emoción completamente impropia de él.

Aquella escena me impresionó profundamente. En aquel instante, era simplemente un padre aterrado.

Cuando finalmente levantó la vista hacia mí, sus ojos habían cambiado.

—Le has salvado la vida.

No supe qué responder. Don Eustaquio se puso lentamente en pie. Y me estrechó la mano. Aquel gesto tuvo más importancia de la que cualquiera habría imaginado. En Cuba, los hombres poderosos rara vez trataban como iguales a quienes trabajaban para ellos.

Capítulo 24

Aquella noche la hacienda permaneció extrañamente silenciosa. Adelita no apareció durante la cena. Yo tampoco tenía demasiadas ganas de hablar. Todavía sentía el cuerpo dolorido por la corriente del río.

Más tarde, mientras caminaba junto a los secaderos, escuché pasos detrás de mí. Era don Eustaquio. Permanecimos unos segundos en silencio, observando la oscuridad.

—He conocido a muchos hombres en mi vida, Ares.

Esperé sin interrumpirlo.

—La mayoría trabaja solo cuando alguien los observa. Otros obedecen por miedo. Algunos... Algunos poseen ambición suficiente para llegar lejos —encendió lentamente un puro—, pero muy pocos arriesgarían la vida por otra persona sin detenerse a pensar. —El humo ascendió lentamente entre nosotros—. No olvidaré lo que has hecho hoy.

Aquellas palabras significaban mucho más que gratitud. Y ambos lo sabíamos.

La actitud de Adelita comenzó a cambiar poco después. No fue algo inmediato. Ni exagerado. Precisamente por eso resultó más real. Empezó a querer buscar conversaciones más largas. A preguntarme cosas sobre Cegama. Sobre mi familia. Sobre el viaje desde España.

A veces, incluso paseábamos por los jardines al atardecer, mientras ella hablaba de París y yo intentaba imaginar una ciudad tan distinta a todo lo que conocía. La barrera seguía allí, aunque ya no parecía infranqueable.

Una tarde, mientras tomábamos café en la galería principal, Adelita me observó en silencio durante unos segundos.

—Te juzgué mal cuando llegué.

La sinceridad de aquella frase me sorprendió.

—¿Por qué?

Ella apartó lentamente la mirada hacia los jardines.

—Porque pensé que solo eras otro hombre intentando agradar a mi padre.

—¿Y ahora?

Adelita sonrió apenas. Una sonrisa mucho más cálida que las anteriores.

—Ahora ya no estoy tan segura de quién eres.

El cambio de actitud de Adelita hacia mí fue tan gradual que durante mucho tiempo no supe cómo interpretarlo. A veces parecía buscar mi compañía deliberadamente. Otras, volvía a encerrarse tras aquella distancia elegante que tanto me desconcertaba.

Pasábamos tardes enteras conversando en la galería principal mientras el sol caía lentamente sobre las plantaciones.

Ella hablaba de París, de teatros, de escritores franceses, de conciertos... Yo la escuchaba fascinado. No solo por lo que contaba, sino por la manera en que miraba el mundo.

Adelita poseía una inteligencia viva, inquieta, distinta a todo lo que había conocido hasta entonces. Y terminé enamorándome de ella muy profundamente. Mucho más de lo que me había enamorado nunca de nadie.

El problema era que jamás lograba saber qué sentía realmente ella. A veces me observaba con una intensidad que me hacía perder el aliento. Otras, parecía recordarme, con una simple frase o un gesto apenas perceptible, que seguíamos perteneciendo a mundos distintos. Aquella incertidumbre comenzó a devorarme lentamente. Volví a sentirme como el muchacho inseguro que había llegado a Cuba un año atrás. Solo que ahora el peligro era mucho mayor. Porque ya no estaba en juego mi orgullo. Estaba en juego mi corazón.

Una noche coincidimos solos en la biblioteca de la hacienda. La lluvia golpeaba los ventanales y el aire olía intensamente a tabaco húmedo.

Adelita hojeaba un libro francés mientras yo intentaba concentrarme en unas cuentas que apenas lograba leer.

Finalmente levantó la vista.

—¿Qué ocurre contigo últimamente?

Negué con la cabeza.

—Nada.

Ella cerró lentamente el libro.

—No sabes mentir, Ares.

Aquella frase me desarmó. Durante unos segundos estuve a punto de decirle la verdad. Todo lo que sentía, lo mucho que me atormentaba su cercanía. Pero el miedo fue más fuerte. Porque sabía algo terrible: si ella no me amaba, nada tendría sentido para mí.

Bajé la mirada.

—Solo estoy cansado.

Ella siguió observándome unos segundos más.

Después volvió lentamente a su lectura.

Aquella noche comprendí que no podía seguir así mucho más tiempo.

La indecisión de Adelita se convirtió en un martirio constante. Por un lado, sentía una atracción innegable hacia mí, algo que podía ver en sus ojos cuando nuestras miradas se cruzaban accidentalmente. Pero, por otro lado, sus prejuicios de clase y la presión de mantener las apariencias la mantenían a distancia, aconsejándole ignorar sus verdaderos sentimientos.

Para mí, esta situación era insoportablemente dolorosa. No podía comprender su postura, ese vaivén entre acercamientos fugaces y distancias frías. La ambigüedad de sus acciones me dejaba confundido y desolado, era un tormento que crecía día a día.

Llegó un punto en que no pude soportarlo más. Necesitaba un respiro, un escape de la tensión emocional que me consumía. Así que pedí a don Eustaquio ausentarme de la hacienda durante un tiempo para recorrer la isla.

Don Eustaquio me observó en silencio. Creo que sospechaba que existía algún motivo más profundo. Pero no preguntó. Era demasiado inteligente para hacerlo.

—Cuba puede ser peligrosa lejos de las ciudades y las haciendas importantes —dijo finalmente.

—Lo sé.

Él asintió lentamente.

—Precisamente por eso quizá te venga bien conocerla de verdad.

Aquella respuesta me sorprendió. Durante unos segundos tuve la sensación de que entendía mucho más de mí de lo que aparentaba.

Capítulo 25

Me marché dos días después. Necesitaba alejarme de Adelita, de la hacienda y también de mí mismo.

A caballo, recorrí pequeños pueblos, caminos polvorientos y plantaciones perdidas donde la pobreza convivía con una violencia apenas disimulada. La otra Cuba comenzaba a revelarse ante mis ojos. La que no aparecía en las cenas elegantes ni en las conversaciones de los hacendados. Campesinos hambrientos, soldados brutales, corrupción y miedo, rumores constantes de levantamientos independentistas. La isla entera parecía contener la respiración antes de una tormenta.

Todo cambió una noche cerca de Camagüey. Había decidido dormir en una pequeña venta junto al camino cuando escuché caballos aproximándose a toda velocidad. Después llegaron los disparos. Los gritos. Y el caos.

Varios hombres armados irrumpieron en el lugar obligándonos a salir al exterior. Llevaban ropas gastadas, sombreros de ala ancha y machetes colgando del cinturón. Guerrilleros independentistas.

Uno de ellos me golpeó violentamente contra la pared antes de registrarme.

—Este parece español —escupió otro.

Intenté explicar que solo era un trabajador. No sirvió de nada. Para ellos, todos los peninsulares éramos enemigos.

Me ataron las manos y me llevaron con el resto de prisioneros hacia el interior del monte.

Durante horas avanzamos entre selva y barro hasta llegar a un campamento oculto entre la vegetación.

Allí descubrí el verdadero rostro de la guerra que comenzaba a extenderse por Cuba. Hombres hambrientos, heridos, muchachos apenas mayores que niños cargando rifles demasiado grandes para ellos. Y odio. Muchísimo odio.

Al amanecer decidieron interrogarme. Un hombre corpulento, con barba espesa y mirada feroz, comenzó a hacerme preguntas mientras jugueteaba con un machete.

—¿Trabajas para los españoles?

—Trabajo en una hacienda de tabaco.

Aquello empeoró todavía más las cosas.

—Entonces sirves a los ricos que esclavizan esta tierra.

Intenté explicarme. Hablar de don Eustaquio, de la hacienda, de mi vida. Pero comprendí rápidamente que no querían escuchar.

Uno de los hombres me apuntó con un revólver. Durante unos segundos estuve convencido de que iba a morir allí mismo.

Entonces apareció él. El hombre al que todos llamaban, simplemente, Capitán. Nunca supe su verdadero nombre. Era alto, moreno y extraordinariamente delgado. Su rostro parecía tallado por el hambre, el cansancio y años enteros de guerra. Pero lo más impresionante eran sus ojos fríos y cansados.

Observó la escena en silencio antes de hablar.

—¿Por qué queréis matarlo?

—Es español y espía.

Capitán me estudió lentamente.

—Solo es un muchacho asustado.

Aquella frase me salvó la vida.

Durante los días siguientes, permanecí bajo vigilancia constante. Al principio pensé que tarde o temprano terminarían ejecutándome.

Pero Capitán comenzó a hablar conmigo, cada vez más a menudo. Quería saber cómo vivían los hacendados, qué opinaban los españoles, cuánto dinero movía el tabaco y cómo funcionaban realmente las plantaciones.

Yo respondía con prudencia. Y poco a poco comprendí algo incómodo: muchas de las injusticias de las que hablaban eran reales. Por primera vez empecé a ver Cuba desde los ojos de quienes no poseían nada.

Terminé quedándome con ellos casi dos meses. No porque compartiera completamente su causa. Ni porque dejara de sentirme español, sino porque sobrevivir exigía adaptarse.

Me esforcé por ser útil cocinando, reparando herramientas, cuidando heridos...

La vida con los guerrilleros era brutal. Hambre, mosquitos y el miedo constante a la muerte. Pero también descubrí algo inesperado: entre aquellos hombres existía una fraternidad que jamás había visto entre los ricos de La Habana. Compartían lo poco que tenían. Y muchos luchaban no por ambición, sino por desesperación. Aquello me confundía profundamente, porque ya no conseguía distinguir con claridad quiénes eran realmente los buenos y los malos.

Una noche, el Capitán y yo permanecimos sentados junto al fuego mientras el resto dormía.

—Tú no perteneces a este lugar —me dijo.

—Tampoco pertenezco ya a ningún otro.

Capitán sonrió con tristeza.

—Eso nos ocurre a muchos hombres antes de empezar a entender quiénes somos realmente.

Guardamos silencio unos segundos.

Después añadió:

—Cuando llegaste, creí que eras otro muchacho europeo buscando dinero rápido en Cuba.

—¿Y ahora?

El fuego iluminó brevemente su rostro cansado.

—Ahora creo que todavía puedes elegir en qué clase de hombre quieres convertirte.

Aquellas palabras me acompañarían durante muchos años.

Finalmente, una mañana, Capitán decidió dejarme marchar.

—La guerra empeorará pronto —me dijo—. Y tú no estás hecho para acabar pudriéndote en el monte.

Me devolvió mis pocas pertenencias y mi caballo.

Antes de irme, dudó unos segundos.

—Si algún día tienes que escoger entre el dinero y tu conciencia... intenta no venderte demasiado barato.

Después me estrechó la mano y desapareció entre la selva sin volver la vista atrás.

Capítulo 26

Regresé a la hacienda siendo un hombre muy distinto del que la había abandonado tres meses antes. Más delgado, más duro y también más confundido.

Había comprendido que Cuba no era solo riqueza, haciendas y noches cálidas bajo las palmeras. Bajo aquella belleza se estaba gestando una guerra. Y yo, quisiera o no, ya había empezado a formar parte de ella.

Llegué al anochecer. La hacienda continuaba funcionando con la misma actividad de siempre, pero, sin embargo, todo me pareció distinto. Tal vez porque ahora yo era distinto. Durante algunas noches en el monte yo mismo había dudado de regresar.

Mi regreso a la finca fue muy emotivo. Don Eustaquio me recibió sorprendido, pero aliviado de verme sano y salvo. Adelita, al verme, se quedó sin palabras. En mi ausencia, había madurado, y la dureza de su mirada había dado paso a una vulnerabilidad que no había visto antes.

Al día siguiente, don Eustaquio me recibió en su despacho. No mostró sorpresa ni excesiva emoción. Solo me observó en silencio mientras yo permanecía de pie frente a él. Finalmente habló:

—Tienes peor aspecto.

Aquella frase me hizo sonreír por primera vez en semanas.

—He estado ocupado.

Don Eustaquio dejó lentamente el puro sobre el cenicero.

—Me llegaron rumores de ataques guerrilleros cerca de Camagüey.

No respondí inmediatamente. Él era demasiado inteligente para necesitar explicaciones completas.

—Tuve mala suerte.

Don Eustaquio sostuvo mi mirada unos segundos más. Después asintió lentamente. Y comprendí que no haría más preguntas.

Aquello, en cierto modo, era una forma de respeto.

Pero quien más me impresionó fue Adelita. La encontré al día siguiente en la galería principal. Leía junto a las ventanas abiertas cuando escuchó mis pasos. Al levantar la vista, se quedó completamente inmóvil. Durante unos segundos ninguno habló. Yo había imaginado muchas veces aquel momento durante mi ausencia. Ahora que ella estaba frente a mí, volvía a sentirme vulnerable, como si todo lo vivido en el monte desapareciera de golpe.

Adelita dejó lentamente el libro sobre la mesa.

—Así que sigues vivo.

Intentó pronunciar la frase con ligereza, pero detecté inmediatamente algo quebrado en su voz.

Asentí.

—Eso parece.

Ella se acercó despacio.

Y por primera vez desde que la conocía desapareció completamente aquella distancia que siempre había mantenido entre nosotros.

Sus ojos me recorrieron de arriba abajo. Parecía observar a alguien completamente nuevo.

—Dijeron que quizá habías muerto.

Aquella confesión fue casi un susurro. Adelita apartó la mirada unos segundos.

Y entonces comprendí algo que hasta ese momento jamás me había atrevido a imaginar. Había sufrido por mí.

Los días siguientes confirmaron aquella intuición. La actitud de Adelita cambiaba lentamente. Ya no existía frialdad, ni superioridad, ni aquella barrera invisible que siempre parecía separarnos. Ahora buscaba mi compañía de forma discreta.

Paseábamos por los jardines al atardecer, hablábamos durante horas en la galería mientras el viento cálido movía lentamente las cortinas y había empezado a escucharme de otra manera. Con verdadera

atención, como si intentara descubrir quién era realmente el hombre que había regresado del otro lado de la isla.

Una tarde me pidió que le hablara de los guerrilleros. Al principio dudé, pero finalmente terminé contándole lentamente, como si vaciara, despacio, mi alma de un recuerdo amargo de lo vivido.

Adelita permaneció en silencio largo rato después de escucharme.

—Europa está llena de gente que habla de guerras y revoluciones como si fueran ideas hermosas —dijo finalmente—, pero aquí todo parece mucho más triste.

Aquella frase me sorprendió. Demostraba una sensibilidad que yo no había visto antes en ella.

—La guerra siempre es triste.

Ella me observó en silencio.

—Has cambiado mucho, Ares.

Sonreí levemente.

—Supongo que Cuba cambia a todo el mundo.

Adelita negó lentamente con la cabeza.

—No. Algunas personas cambian porque dentro de ellas ya existía algo esperando despertar.

Poco a poco empecé a percibir pequeños gestos imposibles de ignorar. La manera en que se acercaba a mí entre los invitados durante las cenas, la forma en que sonreía al verme llegar, el brillo extraño que aparecía en sus ojos cuando hablábamos a solas.

Incluso don Eustaquio comenzó a darse cuenta. Aunque jamás dijo nada directamente, a veces lo sorprendía observándonos desde lejos con expresión pensativa, como si intentara decidir hasta qué punto aquello podía convertirse en un problema. O quizá en una solución.

Capítulo 27

Mientras tanto, Adelita, ajena a mi situación, continuaba lidiando con sus propios conflictos internos. Mi ausencia, en lugar de darle claridad, parecía haber intensificado sus dudas y sentimientos. La finca, sin mi presencia, le recordaba constantemente la complejidad de lo que sentía por mí.

Una noche, cuando acudí a cenar con don Eustaquio y Adelita, también estuvo presente Joaquín, al que ella había invitado.

La cena transcurrió en un ambiente muy agradable en el que Adelita contaba experiencias europeas y yo intervenía, en algún momento, contando las mejoras que habíamos tenido en el rendimiento de la caña de azúcar.

Shani nos servía el segundo plato, una carne de cerdo a la que acompañaba una deliciosa salsa de vino tinto. En el momento en que ponía la salsa en el plato de Joaquín, este movió su brazo izquierdo, lo que hizo que se derramara una parte del líquido sobre la mesa y sobre su manga. La reacción de Joaquín nos dejó estupefactos. Empujó a Shani mientras exclamaba furioso:

—¡Estúpida! Me has manchado la chaqueta.

Al tiempo, cuando Shani intentaba limpiar con un trapo los restos de salsa, Joaquín la empujó de mala manera, haciéndola caer. Y enfurecido, añadió:

—Si algún día soy patrón de esta propiedad, no permitiré estas faltas de atención.

Tras un momento de silencio, y en un ambiente de tensión contenida, don Eustaquio, con voz suave pero firme, se dirigió a Joaquín.

—Si algún día eres el patrón de esta propiedad, espero que cambie totalmente tu actitud. Y ahora creo que lo mejor es que te vayas, Joaquín.

Él salió de la sala dando un portazo. Seguimos cenando en silencio y no hicimos más comentarios. Los tres éramos conscientes de que Joaquín

había revelado una faceta de su carácter total y absolutamente reprobable. Su exabrupto sonó como un trueno en el ambiente de respeto que siempre se había mantenido en la finca con todos los empleados. Claramente, este hecho afectó profundamente a Adelita. Su transformación siguió, gradual pero profunda.

Capítulo 28

Una preciosa tarde de primavera, sentados en el porche de la casa grande de la hacienda, su padre abordó el tema de sus dudas.

—Adelita, hija, te he notado inquieta últimamente. ¿Hay algo que te preocupa?

—Sí, padre. Joaquín me ha defraudado..., pero mi inquietud es sobre Ares. No puedo dejar de pensar en él, pero sé que nuestra relación no sería bien vista por nuestra clase. Estoy tan confundida.

—Adelita, he visto cómo Ares ha transformado nuestra finca, y cómo te ha transformado a ti. Es un buen hombre.

—Sí, lo es. Es increíblemente fuerte, bondadoso y apasionado por lo que hace. Pero él es el encargado de nuestra finca y yo...

—Y tú eres mi hija, educada en Europa, perteneciente a una familia de renombre. ¿Es eso lo que intentas decir?

—Exactamente. No sé si es correcto lo que siento por él, si debería permitirme...

Don Eustaquio, interrumpiendo con una sonrisa, le dijo:

—Adelita, el amor no entiende de clases sociales ni de educaciones. El amor es un sentimiento puro, que debe ser atendido con el corazón, prescindiendo de tabús sociales.

—Pero, ¿qué dirán los demás? ¿Y nuestras tradiciones?

—Las tradiciones son importantes, sí, pero no deben ser cadenas que nos impidan ser felices. He observado a Ares, y veo en él una honestidad y una integridad que son raras de encontrar.

—Tengo miedo...

—El miedo es natural, pero no debe ser un obstáculo para tu felicidad. Adelita, la vida es demasiado corta para dejar pasar el amor verdadero por temor a lo que otros puedan pensar.

—¿Crees que debería...?

—Creo que deberías seguir tu corazón. Si amas a Ares, y él te ama a ti, eso es lo que importa. La verdadera felicidad se encuentra en los momentos que compartimos con aquellos a quienes amamos.

—Gracias, papá. Tus palabras me han dado mucho en qué pensar.

—Sea cual sea tu decisión, estaré aquí para ti. Y recuerda, el amor verdadero siempre encuentra su camino.

Tras esta conversación sincera con su padre, Adelita se dio cuenta de que lo que sentía por mí iba más allá de las barreras sociales y las expectativas familiares. Pero también que aceptar ese sentimiento aún le causaba un extraño rechazo, como si fuera una derrota a su forma de pensar y comportarse.

Capítulo 29

Una noche, la hacienda celebró una pequeña fiesta para varios comerciantes llegados de La Habana. Había música, ron y lámparas iluminando los jardines tropicales.

Yo intentaba mantenerme discretamente apartado, cuando Adelita apareció frente a mí. Llevaba un vestido azul oscuro que contrastaba con el brillo cálido de su piel.

—¿Piensas pasar toda la noche escondido?

Como siempre ante ella, me sentí torpe y no contesté. Ella me tendió la mano.

—Baila conmigo.

Sentí que el corazón comenzaba a golpearme con fuerza.

—No sé bailar.

—Entonces aprende.

Su mano permaneció suspendida entre nosotros unos segundos. Finalmente la tomé.

La música llegaba suave desde la galería principal mientras comenzábamos a movernos lentamente bajo las palmeras. Yo apenas conseguía respirar con normalidad. Adelita parecía percibir perfectamente mi nerviosismo. Y, lejos de mofarse como antes, ahora parecía enternecida por él.

—¿En qué piensas? —preguntó.

La miré unos segundos antes de responder. Y por primera vez decidí no esconderme.

—En que esto no parece real.

Ella sostuvo mi mirada. Muy despacio, intensamente. Y entonces sonrió de una forma completamente distinta a todas las anteriores. Sin ironía, sin distancia, sin altivez. Fue una sonrisa luminosa, casi vulnerable; la sonrisa de alguien que acababa de dejar de luchar contra lo que sentía.

Aquella noche viví una felicidad tan intensa y tan inesperada que resultaba casi dolorosa. Por primera vez desde que abandoné Cegama tuve la sensación de haber encontrado un lugar al que realmente pertenecía.

Los meses que siguieron a mi regreso del monte fueron los más felices de mi vida.

Mi relación con Adelita dejó poco a poco de ser un secreto silencioso para convertirse en una evidencia imposible de ocultar. Ya no buscábamos excusas para buscar la compañía del otro. Paseábamos juntos por los jardines de la hacienda al caer la tarde, me acompañaba a caballo mientras yo inspeccionaba las plantaciones, leíamos durante horas en la galería principal mientras el calor cubano parecía detener el tiempo alrededor de nosotros. Y, sobre todo, hablábamos. Muchísimo.

Por primera vez en mi vida sentía que alguien veía más allá del muchacho vasco obsesionado con abrirse camino en el mundo. Adelita parecía comprender incluso aquello que yo todavía no sabía explicar sobre mí mismo.

Sin embargo, la diferencia entre nuestros mundos seguía existiendo. Aunque ahora ninguno de los dos quisiera mirarla directamente, conseguíamos disfrazarla.

Capítulo 30

Un día, mientras caminábamos por los campos de la finca, Adelita se detuvo y, mirándome directamente a los ojos, me confesó sus sentimientos. Fue un momento de pura emoción y alivio. Sentí como si todas las piezas del rompecabezas de mi vida finalmente encajaran. Adelita había elegido el amor sobre las convenciones sociales, y yo, que siempre la había amado, me sentía el hombre más afortunado del mundo. Nunca olvidaré nuestro primer beso.

La conversación decisiva ocurrió poco después. Don Eustaquio me llamó a su despacho una tarde lluviosa. Recuerdo perfectamente el sonido del viento golpeando las ventanas mientras él permanecía sentado tras el escritorio, fumando en silencio. Durante unos segundos pensé que iba a despedirme. O quizá a recordarme cuál era realmente mi lugar dentro de la hacienda. Pero ocurrió algo muy distinto.

—¿Amas a mi hija?

La pregunta cayó sobre mí con una violencia inesperada. Tardé varios segundos en responder, porque comprendí inmediatamente que aquella conversación podía cambiar toda mi vida.

—Sí.

Don Eustaquio sostuvo mi mirada sin pestañear.

—¿Y ella te ama a ti?

Aquella segunda pregunta resultó todavía más difícil.

—Creo que sí.

Don Eustaquio guardó silencio. Después se levantó lentamente y caminó hasta la ventana.

—Adelita siempre ha hecho lo que ha querido —murmuró finalmente—. Incluso cuando era niña. Eso lo heredó de mí. —Se giró hacia mí—. Muchos hombres llevan meses intentando casarse con ella; hijos de familias importantes de La Habana.

No respondí. ¿Qué podía decir? Yo mismo seguía sin entender cómo había terminado ocupando aquel lugar. El silencio se volvió pesado entre nosotros.

Después, sonriendo, añadió:

—Y, sin embargo, te ha elegido a ti. Y yo me alegro.

Aquellas palabras me golpearon con una fuerza difícil de describir. Hasta entonces, una parte de mí creía que todo aquello podía desaparecer en cualquier momento, como un sueño demasiado hermoso para durar.

Capítulo 31

La noticia del compromiso llenó la finca de alegría y celebración. Nuestra boda fue un evento deslumbrante, un verdadero cuento de hadas hecho realidad en la cálida atmósfera de Cuba.

La finca de don Eustaquio, transformada para la ocasión, lucía como un escenario sacado de una novela romántica. Guirnaldas de flores tropicales adornaban cada rincón, creando un ambiente de ensueño; las mesas estaban elegantemente vestidas con manteles de lino blanco y centros de mesa compuestos por orquídeas y lirios, mientras que cientos de luces y farolillos colgaban de los árboles, iluminando suavemente la noche.

Los invitados, una mezcla de la alta sociedad cubana y amigos cercanos de la hacienda, llegaron en carruajes adornados, vistiendo sus mejores galas. Los hombres lucían trajes formales y guayaberas de seda, mientras que las mujeres deslumbraban con vestidos de colores vivos y telas ligeras, acordes con el clima tropical. Joyas delicadas y sombreros elegantes completaban sus atuendos, añadiendo un toque de sofisticación y *glamour*.

Recuerdo perfectamente el instante en que vi aparecer a Adelita. Todavía hoy me cuesta encontrar palabras suficientes para describirla. En un carruaje tirado por cuatro caballos blancos, hizo su entrada como una reina de la belleza. Su vestido de novia era una obra de arte, con encaje intrincado y una larga cola que se deslizaba tras ella como una cascada de seda. Llevaba un velo delicado que enmarcaba su rostro, resaltando su felicidad radiante. Su traje de boda era sencillo comparado con el lujo del resto de la ceremonia, pero no necesitaba nada más. Toda la luz parecía dirigirse hacia ella naturalmente.

Durante unos segundos, el ruido de la hacienda desapareció por completo. Y yo comprendí que ya no podía imaginar mi vida lejos de aquella mujer.

Yo esperaba en el altar improvisado bajo un arco de flores. Vestido con un traje de lino blanco, impecablemente cortado, me sentía elegante, e intentaba parecer sencillo y natural.

Mi mirada, fija en Adelita, revelaba una mezcla de orgullo, amor y una pizca de incredulidad ante la belleza del momento.

La ceremonia, realizada al atardecer, estuvo llena de momentos emotivos y palabras sinceras. Nuestros votos fueron un testimonio de amor y compromiso, pronunciados con voces que temblaban ligeramente por la emoción.

Tras la ceremonia, los invitados fueron conducidos a un área abierta donde se había preparado un banquete. La comida era una fusión de cocina cubana y española, un homenaje a la historia de los novios. Músicos locales llenaron el aire con melodías cubanas, invitando a los asistentes a bailar bajo las estrellas.

Adelita y yo inauguramos el baile a los sones del vals *Danubio azul*. Mientras la llevaba entre mis brazos, comprendí que ese era el momento más feliz de mi vida.

El punto culminante de la noche fue un espectáculo sorprendente de fuegos artificiales. Con cada explosión de color y luz, se oían exclamaciones de asombro. Los fuegos artificiales iluminaban el cielo, simbolizando no solo la celebración de una boda, sino el comienzo de una nueva vida juntos.

Más tarde, bien entrada la noche, conseguimos escapar unos minutos del ruido de la fiesta. Nos refugiamos en uno de los jardines alejados de la casa principal. La música llegaba amortiguada entre las palmeras. Adelita se quitó lentamente los zapatos y caminó descalza sobre la hierba húmeda. Nunca la había visto tan feliz.

Me acerqué a ella sin decir nada. Durante unos segundos, permanecimos abrazados en silencio. Después Adelita apoyó la cabeza sobre mi pecho.

—¿En qué piensas? —preguntó.

Tardé en responder. La verdad resultaba demasiado grande para expresarla fácilmente.

—En que tengo miedo.

Ella levantó la vista, sorprendida.

—¿Miedo de qué?

Sonreí levemente.

—De despertar y descubrir que todo esto no existe.

Adelita me observó unos segundos.

Luego acarició lentamente mi rostro.

—Entonces no te duermas todavía.

La boda fue más que una unión de dos personas; fue un evento que unió dos mundos, celebrando el amor por encima de las diferencias sociales y culturales, en una noche que ninguno de los presentes olvidaría jamás.

Capítulo 32

Don Eustaquio, demostrando su emoción y cariño, nos regaló un viaje de novios a Estados Unidos, una oportunidad para que exploráramos el mundo juntos.

Durante nuestro viaje, que duró dos meses, redescubrí mi pasión por las máquinas, fascinado por los avances tecnológicos y la ingeniería que descubrí en Estados Unidos. Esta nueva pasión me abrió un mundo de posibilidades y sueños que nunca había considerado.

Al regresar a Cuba, Adelita y yo vivimos nuestro amor con la intensidad y la alegría que solo el verdadero amor puede brindar. La finca florecía bajo nuestra cuidadosa atención, y nuestra vida juntos era todo lo que habíamos soñado.

En esos momentos de felicidad, sentía que había descubierto definitivamente mi destino. Junto a Adelita, rodeado de la tierra que tanto amaba y con nuevos sueños y pasiones despertando en mi interior, la vida era perfecta, un reflejo de todo lo que había superado y de todo lo hermoso que aún estaba por venir.

Capítulo 33

La noche en La Habana era cálida y vibrante, con el bullicio de la ciudad creando un telón de fondo lleno de vida. Don Eustaquio, Adelita y yo habíamos decidido disfrutar de una cena especial en Chez Maurice, el restaurante donde alguna vez trabajé y donde había descubierto mi pasión por la cocina.

Chez Maurice era un oasis de elegancia donde saborear la mejor gastronomía. El dueño, Mauricio, nos recibió personalmente, mostrando una calidez especial al verme. Recordaba los días en que trabajé bajo su tutela, una época que estuvo a punto de llevar mi vida por derroteros inesperados.

La cena fue un festín para los sentidos. Platos exquisitamente preparados, que combinaban lo mejor de las cocinas francesa y cubana, y con alguna incorporación de platos vascos, herencia de mi paso por el restaurante, desfilaron ante nosotros. Cada uno, una obra de arte culinaria. Conversamos animadamente, compartiendo risas y recuerdos, mientras las luces tenues del restaurante creaban un ambiente íntimo y acogedor.

Mauricio se acercó a nuestra mesa.

—Mírate... Ya casi pareces un señor importante.

Adelita sonrió divertida.

—Ares sigue sintiéndose incómodo cuando le dicen eso.

—Eso significa que todavía puede salvarse —respondió Mauricio.

Don Eustaquio soltó una breve risa mientras encendía un puro.

Después de la cena, decidimos dar un paseo para disfrutar de la noche. Las calles de La Habana estaban llenas de música y alegría, un reflejo de la vibrante vida de la ciudad. Qué lejos quedaba la guerra en aquellos momentos.

Caminábamos lentamente, disfrutando de la tranquila conversación y de las risas que compartíamos. Don Eustaquio contaba historias de su juventud mientras Adelita se aferraba a mi brazo, riendo con cada

anécdota. La felicidad parecía inundar el momento y yo no podía evitar sentirme agradecido por todo lo que la vida me había dado.

Fuimos hacia el puerto, donde la brisa marina nos recibió con su frescura salada. El puerto estaba tranquilo, con el suave balanceo de los barcos amarrados. Nuestros pasos nos llevaron cerca del acorazado Maine, un imponente buque de guerra de Estados Unidos anclado en el puerto. Era una vista impresionante, un coloso de acero flotando tranquilamente en el agua. Nos detuvimos un momento a contemplarlo, impresionados por su majestuosidad y la sensación de poder que emanaba, comentando sobre su tamaño y su diseño.

Entonces ocurrió. Un estruendo monstruoso desgarró la noche. Durante un instante, el mundo entero pareció detenerse. Después llegó la explosión. Una columna gigantesca de fuego y metal surgió desde el puerto, iluminando la bahía con una violencia casi irreal. El suelo tembló bajo nuestros pies. Los cristales de varios edificios estallaron al mismo tiempo. Y después llegaron los gritos. El USS Maine, el orgulloso buque que habíamos estado admirando, se convirtió en un infierno de fuego y destrucción. La noche se iluminó con un brillo naranja y el estruendo de la explosión nos dejó atónitos y sordos por unos momentos. Durante unos segundos, nadie comprendía realmente lo que estaba ocurriendo.

La onda expansiva nos golpeó violentamente. Sentí cómo mi cuerpo salía despedido contra el suelo y el aire desaparecía de mis pulmones. Todo comenzó a zumbir dentro de mi cabeza. Intenté incorporarme. No podía ver bien. Solo sombras moviéndose entre humo y caos. Entonces escuché a Adelita gritar mi nombre.

Me levanté, tambaleándome. Y la vi. Había caído varios metros más allá, junto a unos restos de madera y piedra desprendidos de un almacén cercano. Corrí hacia ella. Tenía sangre en el rostro. Intentaba levantarse.

—Ares...

La ayudé a incorporarse mientras alrededor de nosotros la gente huía presa del pánico.

Entonces escuché otro ruido. Un crujido terrible. Levanté la vista. Parte de una estructura metálica desprendida del muelle caía directamente hacia nosotros. Empujé instintivamente a Adelita hacia un lado. Pero no fui lo bastante rápido. El impacto nos lanzó de nuevo al suelo. Y durante unos segundos el mundo desapareció entre polvo, humo y oscuridad.

Cuando conseguí abrir los ojos, apenas podía respirar. Todo olía a hierro quemado y pólvora. Me arrastré desesperadamente entre los escombros.

—¡Adelita!

Adelita, antes de morir, pudo susurrar en mi oído: «Te quiero».

Luego se hizo el silencio. A nuestro alrededor, la gente gritaba y corría en pánico, tratando de alejarse de la catástrofe que se desplegaba ante nuestros ojos.

La noche en La Habana, que había comenzado con una cena llena de risas y buenos momentos en Chez Maurice, había dado un giro trágico e inesperado. Tras la explosión en el USS Maine, en medio del caos y la confusión, me encontré a mí mismo luchando por mantenerme consciente, sin notar mi cuerpo desgarrado por la fuerza de la explosión.

Adelita, el amor de mi vida, y don Eustaquio, a quien había llegado a respetar y querer como a un padre, se habían ido en un instante. La explosión no solo había destrozado el USS Maine; también había destrozado mi mundo.

La pérdida fue insoportable. Nos encontrábamos en el umbral de eventos que alterarían para siempre el destino de Cuba y marcó un punto de inflexión en mi vida.

Capítulo 34

En la nebulosa de mi despertar, mi cabeza hervía de pensamientos descabezados, de ideas inconclusas, de miedos abstractos, de proyectos indefinidos, de sueños inacabados...

Me dijeron que llevaba quince días inconsciente en el hospital. Mi cuerpo parecía querer recuperarse, pero yo no tenía el menor interés en sanar, pues el dolor en mi corazón parecía una herida perpetua.

Tras la trágica explosión del USS Maine y la devastadora pérdida de Adelita, volví a la vida huérfano de cualquier ilusión, sin ningún deseo, sin ningún ánimo.

Don Rafael, el dueño de la hacienda limítrofe con la de don Eustaquio, en un gesto de bondad y comprensión, me ofreció refugio en su casa de La Habana para mi convalecencia. Estaba cerca del malecón. Era espaciosa y acogedora, rodeada de jardines frondosos que ofrecían un espacio tranquilo para mi recuperación. Era un lugar lleno de recuerdos felices y momentos compartidos con Adelita, que debería ser un santuario de paz para mí, pero yo lo vivía como la cárcel donde purgar los momentos felices con el dolor, la desesperación y la pena. Las mañanas las pasaba en el porche, mirando sin ver los jardines mientras me sumergía en mis pensamientos, tratando de procesar la magnitud de lo que había perdido.

Mi cuerpo estaba roto. Con dificultad conseguía dejar el butacón en que pasaban las horas sumido en mis más tristes pensamientos y presagios.

Don Rafael no me guardaba ningún rencor porque Adelita me hubiera preferido finalmente a mí frente a su hijo Joaquín, y se convirtió en una presencia constante y reconfortante. A pesar de que también estaba de luto por la pérdida de su amigo don Eustaquio, encontraba la fortaleza para ofrecerme palabras de consuelo que yo oía, pero no escuchaba, como si estuviera muerto y tuviera acorchados mis sentimientos en una urna cerrada a cal y canto por mi dolor. Sus historias sobre la finca, sobre Adelita cuando era niña, y sobre los desafíos y alegrías de la vida, eran un bálsamo que más me parecía sal sobre mi alma herida.

Los días se mezclaban con las noches, y el tiempo no podía superar el vacío dejado por Adelita, que parecía crecer en lugar de remitir. A menudo, me encontraba caminando con dificultad por los jardines, al anochecer, recordando los momentos que compartimos, las risas, los sueños y el amor que habíamos cultivado. En esos momentos de soledad, comenzaba a comprender que, aunque Adelita ya no estaba conmigo, los recuerdos y el amor que compartimos permanecerían siempre en mi corazón. Pero nada era suficiente para calmar ese dolor casi físico que me atenazaba.

En las semanas sombrías que siguieron a la tragedia, me encontré sumergido en un mar de desolación, una amargura tan profunda y oscura como las noches sin estrellas de la campiña cubana. La pérdida de Adelita había rasgado el tejido mismo de mi existencia, dejando un vacío que resonaba con el eco de un amor irremplazable.

Cada mañana, al despertar en la vasta y solitaria casa de don Rafael, sentía el peso de un nuevo día, un día más sin Adelita, un día más sin propósito. Mis pensamientos, una vez llenos de esperanzas y sueños compartidos, ahora vagaban como fantasmas en el vasto desierto de su desesperanza. La comida no tenía sabor, las conversaciones eran un murmullo lejano, el mundo parecía ajeno y distante.

En los jardines donde una vez habíamos paseado juntos, deambulaba solo. Mi figura era un reflejo sombrío entre los árboles, que continuaban floreciendo, indiferentes a mi sufrimiento. Miraba el horizonte buscando respuestas en el cielo cambiante, preguntándome por qué el destino había sido tan cruel, por qué me había arrebatado a mi amada Adelita justo cuando la vida parecía prometer todo lo que habíamos soñado.

Mi amargura era como una tormenta que se cernía sobre mi alma, oscureciendo cada pensamiento feliz, cada recuerdo dulce. La risa de Adelita, su sonrisa, la forma en que sentía su mano en la mía; todos esos recuerdos preciosos ahora estaban teñidos con el dolor de la pérdida. Me sentía atrapado en un ciclo interminable de remordimiento y anhelo, una batalla interna con mi incapacidad para dejar ir el pasado.

En las profundidades de mi desesperación, comencé a cuestionar el propósito de mi propia existencia. ¿Qué significado podía tener la vida ahora que Adelita se había ido? ¿Cómo podía encontrar la luz en un mundo que de repente se había vuelto tan oscuro y desolado? Era un alma en tormento luchando por encontrar un resquicio de esperanza en la inmensidad de mi tristeza.

Pasaba mis días en una lucha constante con mi propio corazón herido, en una batalla silenciosa y solitaria contra la marea implacable de mi dolor. Había conocido el amor más profundo y ahora me enfrentaba a la más profunda de las pérdidas, buscando algún sentido a la vida en medio de mi insondable dolor.

Capítulo 35

Don Rafael había respetado mi dolor y mi silencio, pero un día, cuando había transcurrido algo más de un mes desde mi tragedia, me dijo:

—Ares, sé que es muy difícil, pero debes pensar en el futuro. La situación es muy complicada. Los americanos van a ganar la guerra a España y Cuba será una más de sus colonias. Si quieres hacerte cargo de la hacienda, debes reaccionar ya.

Le dije que en esos momentos no tenía ningún interés por la finca ni por nada, que no tenía ninguna ilusión por la vida ni por las cosas. Dejé hablar a mi corazón, destrozado y falto de ganas por seguir viviendo.

—Hay algo que no puedes evitar... —me cortó secamente.

Entonces, don Rafael me contó que don Eustaquio había establecido en su testamento que su heredera universal sería su hija Adelita, siempre que, en el momento de su muerte, la heredera estuviera con vida. En el caso de que Adelita muriera con anterioridad a él y sin hijos, don Eustaquio había establecido que la totalidad de sus bienes fueran a parar al convento de Santa Clara de la Habana. Había consultado a uno de los mejores abogados de La Habana y este le había dicho que seguramente habría una reclamación por parte del convento y que tendríamos que ir a un juicio declarativo para establecer quién había fallecido con anterioridad. Así pues, si don Eustaquio hubiera fallecido primero, yo, como heredero de Adelita, tendría acceso a su fortuna y en especial a la hacienda, pero si fuera lo contrario, la totalidad de los bienes irían al convento de Santa Clara de la Habana. Don Rafael me preguntó si me parecía bien contratar a ese abogado para defender mis intereses, a lo que asentí con poco entusiasmo, pero agradeciéndole mucho todo lo que estaba haciendo por mí.

Pasaron quince días y yo seguía revolcándome en mi dolor y depresión. Don Rafael me observaba sin saber cómo actuar. Me propuso que volviera a la hacienda para hacerme cargo de todo y yo me negué.

—En tal caso, me dijo don Rafael, debo hablarte de la visita de un americano, Richard Spencer, que me ofreció comprar mi hacienda hace

unos días. Estoy seguro de que está interesado también en comprar la de don Eustaquio. Si quieres, puedo pedirle que te haga una oferta a ti.

—Usted es una buena persona, don Rafael, y tengo en usted toda mi confianza. Si considera que la oferta es razonable, por mi parte, estaría dispuesto a ceder la hacienda, siempre que en el juicio se establezca que yo soy el heredero.

—Será una oferta a la baja; evidentemente, quiere aprovecharse de las circunstancias. Yo no venderé la mía, pero viendo tu estado, tal vez fuera aconsejable que tú aceptaras la venta.

No volví a ocuparme de esa conversación, estando como estaba, sumido en mi absoluta desesperación, pero unos días después, don Rafael insistió:

—Tengo una oferta del americano, de 150 000 dólares por la hacienda de don Eustaquio. No es una buena oferta, pero tal vez en la situación en la que estás puede interesarte.

—Sé que la finca vale mucho más, pero si me hace usted el favor, dígame que en 200 000 dólares cerraría el acuerdo, pues estoy pensando en volver a España.

Capítulo 36

La sala del tribunal de La Habana, presidido por la honorable magistrada doña Luisa Fernández, estaba en un silencio expectante. La juez observaba la sala con una mirada aguda, preparándose para presidir uno de los casos más intrigantes de su carrera.

—Llamamos a declarar al señor Ares Zubizarreta.

Con el corazón latiendo fuerte en mi pecho, me acerqué al estrado. El abogado del convento de Santa Clara, un hombre de aspecto severo y traje impecable, se levantó para comenzar el interrogatorio.

—Señor Zubizarreta, ¿es cierto que usted era el marido de la señorita Adelita en el momento de su fallecimiento?

—Sí, es cierto.

—¿Y también es cierto que don Eustaquio no tenía otros herederos directos aparte de su hija?

—Así es. Adelita era su única hija.

El abogado asintió, revisando sus notas antes de continuar.

—Vamos al meollo del asunto. ¿Puede confirmar si don Eustaquio falleció antes o después de su hija durante la tragedia del USS Maine?

Me tomé un momento antes de responder. Recordé aquella noche fatídica, el caos, el pánico y la terrible realidad de encontrar a don Eustaquio y a Adelita.

—Según lo que vi y lo que confirmé más tarde, don Eustaquio falleció inmediatamente.

Un murmullo recorrió la sala. El abogado de mi parte, un hombre más joven pero no menos agudo, se levantó para hacer sus preguntas.

—Señor Zubizarreta, ¿podría explicar al tribunal las disposiciones del testamento de don Eustaquio respecto a la línea de sucesión?

—El testamento estipula que, si Adelita era la única heredera viva, ella heredaría la finca. En caso de su fallecimiento con anterioridad, yo sería el siguiente en la línea sucesoria.

—Entonces, según el testamento y las circunstancias de su fallecimiento, usted sería el legítimo heredero de la finca de don Eustaquio.

—Así es.

La juez Fernández tomó nota de esto; su expresión era imperturbable. El abogado del convento se levantó de nuevo, listo para contrarrestar.

—Sin embargo, señor Zubizarreta, ¿no es cierto que la finca pasaría a ser propiedad del convento de las Clarisas si don Eustaquio muriera después de su hija?

—Es correcto, pero, como ya he dicho, don Eustaquio murió primero.

—¿Cómo puede estar seguro? Estaba usted conmocionado por la explosión...

—Porque mi esposa me dijo algo antes de fallecer.

—¿Que le dijo?

Haciendo un enorme esfuerzo, contesté en voz muy baja:

—Te quiero.

No puede evitar un sollozo sonoro al volver a recordar sus últimas palabras.

La juez Fernández levantó la mano, indicando que había escuchado suficiente por el momento y concluyó:

—Haremos un receso hasta mañana antes de continuar con los testimonios de los testigos.

Mientras me alejaba del estrado intentado controlar mi llanto, sabía que la decisión del tribunal no solo determinaría el destino de la hacienda, sino también el legado de don Eustaquio y Adelita. La tensión en la sala era palpable, un drama legal en el que las emociones y la ley se entrelazaban inextricablemente.

Capítulo 37

Una tarde, durante una pausa del juicio, encontré a don Rafael fumando solo bajo los soportales del edificio. Parecía agotado y mucho más viejo.

—Esto es repugnante —murmuré.

Él expulsó lentamente el humo antes de responder:

—Las fortunas grandes siempre terminan atrayendo lo peor de las personas.

Miró hacia la calle abarrotada antes de continuar:

—El dinero tiene una capacidad extraordinaria para disfrazar la codicia de virtud.

Aquella frase resumía perfectamente todo lo que estaba ocurriendo.

El juicio se prolongó durante semanas.

La Habana entera parecía opinar sobre el caso. Algunos defendían que la fortuna debía quedar en manos de la Iglesia. Otros consideraban que pertenecía legítimamente a Adelita y, por tanto, a mí.

Yo ya no sabía qué deseaba realmente. En el fondo, comprendía algo terrible: ninguna sentencia iba a devolverme lo único que verdaderamente quería.

Las sesiones se reanudaron y se solicitó la presencia de un sobreviviente herido.

El abogado del convento le interrogó:

—Por favor, díganos su nombre y qué estaba haciendo en el momento de la explosión.

—Me llamo Jorge Martínez. Estaba en el puerto, cerca del Maine, esperando un envío.

—Describe lo que vio inmediatamente después de la explosión.

—Fue un caos total. Gente corriendo, gritando. Vi humo y fuego por todas partes.

—¿Observó a don Eustaquio y a Adelita Eustaquio en algún momento?

—Sí, los vi. Los conocía de antes. Estaban juntos. Don Eustaquio parecía proteger a su hija.

—¿Puede afirmar quién falleció primero?

—No, no puedo. Todo sucedió muy rápido y estaba preocupado por mi propia seguridad.

El segundo testigo fue un bombero.

Mi abogado le interrogó:

—Por favor, identifíquese y cuéntenos sobre lo que vio esa noche.

—Soy Carlos López, bombero. Estábamos respondiendo a la emergencia del Maine.

—En el curso de su trabajo, ¿vio a don Eustaquio y a Adelita?

—Sí, los vi. Estaban gravemente heridos entre los escombros.

—¿Basado en lo que vio, puede determinar quién falleció primero?

—No puedo. Había muchas víctimas y estábamos enfocados en salvar a tantas personas como pudiéramos.

A continuación, se llamó a un sacerdote. El abogado del convento le preguntó:

—Padre Vidal, ¿podría describir lo que vio en relación con don Eustaquio y su hija Adelita durante la tragedia?

—Sí. Cuando llegué al lugar, la situación era caótica, pero entre la multitud vi a don Eustaquio y a Adelita. Don Eustaquio yacía inmóvil, claramente sin vida, mientras Adelita, aunque gravemente herida, aún estaba consciente.

—¿Puede proporcionar más detalles sobre el estado de Adelita en ese momento?

—Sí, me acerqué para ofrecer asistencia y oraciones. Adelita estaba débil, pero logró susurrar unas palabras. Dijo: «Ares, ayúdame». Fue un momento muy emotivo y revelador sobre su estado mental y emocional en ese instante.

Mi abogado intervino para asegurar el testimonio:

—Padre Vidal, según su testimonio, ¿puede confirmar que don Eustaquio había fallecido antes de que usted escuchara a Adelita hablar?

—Sí, eso puedo confirmarlo. Don Eustaquio ya había fallecido cuando escuché a Adelita susurrar esas palabras.

Tras estos testimonios, la juez Fernández se tomó un momento antes de hablar.

—A pesar de este último testimonio, dada la naturaleza caótica de los eventos y las declaraciones de los testigos, es difícil determinar con certeza total el orden de las muertes de don Eustaquio y Adelita. No obstante, este tribunal estima que difícilmente podremos tener más información y se retira para dar su veredicto en los próximos días.

A la salida, mi abogado me dijo:

—Con el testimonio del sacerdote, creo que la jueza nos dará la razón.

Yo me sentía agotado y deseando terminar con aquel tema cuanto antes, así que le dije a mi abogado que solicitara una reunión con el abogado del convento y la madre superiora de las clarisas para aquella misma tarde.

Entendía perfectamente lo afirmado por mi abogado: que, con el testimonio del sacerdote, lo más probable es que la jueza me diera la razón. Pero yo quería acabar de una vez.

Capítulo 38

A las cinco de la tarde nos reunimos en el despacho de la superiora del convento de las clarisas en presencia de los abogados de las dos partes. Les propuse darles 75 000 dólares en el momento en que consiguiera vender la finca. Después de consultar en privado con su abogado, la madre superiora me dijo que aceptaba mi propuesta y allí mismo firmamos nuestro acuerdo. Los abogados comunicaron a la jueza el compromiso a que se había llegado y, según me dijeron, esta lo aceptó de buen grado.

Por primera vez, desde la fecha de mi desgracia, me sentí bien. La idea de que el convento recibiera una parte del dinero habría sido del agrado de don Eustaquio.

Conseguí cerrar la venta de la finca en 175 000 dólares, con un contrato de arras que preveía tres meses para el cierre de la operación. Informé del acuerdo al convento y quedé en pagarles los 75 000 dólares acordados en el momento del cierre definitivo de la operación.

Dediqué mi tiempo a liquidar el patrimonio de don Eustaquio; en un mes estuvo todo arreglado. Además de la finca, la fortuna de don Eustaquio incluía muchos otros bienes, como las acciones de Ferrocarriles de Cuba y las cantidades en efectivo que había guardado para momentos de crisis. Cuando acabé de hacer las cuentas, ayudado por don Rafael, había conseguido una fortuna de 250 000 dólares. Era un hombre sin proyectos ni ilusiones, pero rico.

Tenía que despedirme de mi vida en la isla antes de volver a España.

Capítulo 39

Don Rafael intentó hacerme cambiar de idea.

—Estás tomando una decisión demasiado importante en mitad del dolor.

—Precisamente por eso necesito hacerlo ahora.

Él negó lentamente con la cabeza.

—Cuba puede seguir siendo tu futuro.

Miré durante unos segundos la bahía, visible desde su despacho.

—No. Cuba era Adelita.

El silencio que siguió a aquella frase resultó definitivo. Ambos comprendimos inmediatamente que yo ya había tomado la decisión mucho antes de pronunciarla.

La venta de las propiedades ocupó varios meses.

Muchos hombres intentaron aprovecharse de mi estado, pero el dolor no me había vuelto ingenuo. Solo más frío, más cansado.

Don Rafael me ayudó enormemente durante aquel tiempo. Sin él probablemente habría perdido media fortuna entre abogados y comerciantes sin escrúpulos.

Finalmente logré vender todo el patrimonio de don Eustaquio. Además de la hacienda, las propiedades urbanas y las acciones del ferrocarril. Aquello habría parecido un sueño imposible para el muchacho que salió de Cegama años atrás. Y, sin embargo, no significaba gran cosa para mí.

Capítulo 40

Volví a la finca a caballo, alojándome, en el camino, en casas de amigos. El cariño y respeto con que me recibían me sirvió de distracción y sentí un alivio de la amargura que me consumía.

Cuando llegué a la hacienda, en la cena, comuniqué a Shani que le había dejado una parcela de seis hectáreas junto al río, dedicada a la caña de azúcar, que le daría de sobra para vivir. La caña era menos exigente en su cultivo que el tabaco y tendría mucha agua para regar. Le recomendé que buscara un compañero y que se fuera a vivir allí. Me dio las gracias efusivamente y me dijo que ya tenía un compañero. Le dije que el documento que le entregaba estaba hecho ante notario y tenía el valor del título de propiedad, pero solo para ella. Si en cualquier momento su compañero la dejaba o rompía la relación, la propiedad sería exclusivamente suya. Cuando subí a mi cuarto, me encontré que Makena estaba arreglando las sábanas y me propuso quedarse conmigo. Yo estaba como vacío, pero le permití que se echara a mi lado. Dormimos acurrucados toda la noche.

Por la mañana, cuando noté que se despertaba para irse, le dije:

—No te preocupes, que no me he olvidado de ti. Tienes una parcela contigua a la de Shani, con la que igualmente podrás vivir sin problemas, pero igual que le dije a ella, la parcela es tuya y solo tuya. Guarda bien este documento.

Abrí la mesilla y le entregué el título de propiedad. Sus lágrimas de agradecimiento inundaron de ternura, por un momento, mi corazón aún herido. Con un beso, se despidió.

Al día siguiente recorrí toda la finca con Jerónimo, el encargado. Había cuidado bien las cosechas. También para él había previsto una parcela, en este caso, sembrada de tabaco, ya que él conocía bien el negocio.

Le dije:

—Si te va bien con el nuevo propietario, puedes venderla, pero si tienes problemas, siempre podrás dejarlo y ser tu propio dueño.

Llevaba quince días en la finca, dedicados a pasear a caballo todos los días saludando a los empleados y contándoles que habría un nuevo dueño, pero que les iría bien porque yo había establecido que no se podría prescindir de ninguno de ellos. La verdad es que su cara de agradecimiento servía de bálsamo para mi atribulado espíritu.

Capítulo 41

Una madrugada, Shani me despertó diciéndome que estaba abajo el señorito Joaquín, el hijo de don Rafael, que quería verme inmediatamente. Me puse una bata y bajé rápido.

—Los insurgentes vinieron anoche a nuestra casa, nos robaron todas las cosas de valor, y lo peor es que se llevaron a mi padre como rehén. Piden un rescate de 10 000 dólares —me contó en medio de un gran nerviosismo—. Tengo el dinero y voy a pagar, pero me gustaría que me ayudaras; al fin y al cabo, tú tuviste contacto con ellos el año pasado.

—Por supuesto que te ayudaré; voy inmediatamente.

Mientras cabalgábamos hacia su hacienda, acompañados de mi encargado y un empleado muy fornido, me contó que habían sido veinte hombres los que les habían atacado, pero que no habían hecho daño; solo habían robado las cosas de valor y le habían dejado una nota que decía que debía ponerse en contacto con ellos.

Llegamos a la casa de don Rafel. Estaba todo ordenado, y me pareció que se veía mejor, porque había menos cuadros y objetos que la recargaban en exceso.

En el porche, después de la cena, Joaquín, víctima de un exceso etílico visible, dejó salir toda su rabia.

—Me arrebataste a Adelita y luego la dejaste morir. ¡Tú la has asesinado!

Aunque lo intenté evitar, habíamos consumido media botella de coñac... y no se podía razonar con él. Habríamos acabado peleándonos, pero entró un criado y le dio un papel a Joaquín.

—Nos citan para mañana, en la ladera de la montaña grande. Está a unas dos horas a caballo.

Preparamos el rescate en tres bolsas llenas con doblones de oro, y, al día siguiente, temprano, salimos de la hacienda, acompañados de mi capataz y de mi criado fornido. Yo llevaba dos revólveres con cartuchera

que había comprado en Estados Unidos; ellos llevaban escopetas de caza.

Nos detuvieron antes de llegar y nos llevaron ante su jefe.

Mi sorpresa fue enorme al descubrir que era el mismo que estaba al mando de la cuadrilla a la que yo me había unido en la parte oriental de la isla: Capitán.

Capitán estaba rodeado de seis hombres armados que nos apuntaban con sus fusiles. Intentaron desarmarnos. Yo me resistí. El ambiente tenso se relajó un poco cuando el jefe me reconoció. Puse dos sacos con monedas de oro encima de la mesa. El jefe, para mi sorpresa se dio por satisfecho, sin contarlos. Me pregunto si sabría contar. Mantuve la tercera bolsa atada a mi cinturón por detrás. Trajeron a don Rafael. Estaba bien de salud, aunque algo más delgado. Joaquín mostraba mucho nerviosismo, y les dijo que no eran nacionalistas, sino unos bandoleros. La tensión subió cuando Joaquín levanta su escopeta. Yo grité con todas mis fuerzas: «¡Todos quietos!».

Le pedí a Joaquín que levantara las manos; yo las levanté también, y me dirigí a Capitán:

—Déjanos ir en paz, habéis cobrado y no tenemos más que negociar.

—Podéis iros —dijo el jefe—, pero dejando los caballos

—Dejadnos un caballo, al menos, para llevar a don Rafael.

Capitán asintió. Yo les indiqué a los míos que salieran despacio, mientras yo mantenía mis manos en alto.

Al final, me dirigí al jefe y le di la mano. Este me sonrió.

—Español, eres hombre de palabra. Salid todos, quiero hablar a solas con el español.

Cuando nos quedamos solos, me ofreció un vaso de ron, que yo acepté, y me dijo:

—Quiero que sepas que el americano al que has vendido es un testaferro mío. Así que tu finca ya es mía. Quiero que convenzas a ese

mequetrefe de Joaquín de que venda también su hacienda al americano. La independencia de la isla es un hecho y se producirá los próximos meses.

—Tengo que convencer a don Rafael y no estoy seguro de que acepte, pero me comprometo contigo a proponérselo e intentar convencerle. Te confieso que tengo simpatía por vuestra causa de liberación de Cuba, aunque creo que os equivocáis porque vais a cambiar España por Estados Unidos y no creo que os vaya mejor.

—Me caes bien, español, y si quieres unirme a nosotros, tienes las puertas abiertas.

—Mi estancia en Cuba ha terminado, pero os deseo la mejor de las suertes.

—Está bien, español. Podéis ir en paz.

Salí de su choza pensando que podríamos salir con bien. Nos pusimos en camino, vigilados desde todos los rincones de la montaña. Tardamos un día entero en volver a pie a la finca de don Rafael.

Después de asearnos y cenar, nos sentamos en el porche con don Rafael, quien me agradeció la ayuda que les había prestado y me reconoció que tenía cierta inquietud por los comportamientos de Joaquín.

—La situación se está complicando por momentos —expresó—, y también estoy pensando en vender.

Le conté mi conversación con el jefe guerrillero.

—Creo que vender será la mejor solución. Tal vez tú podrías ayudarnos.

—Le debo mucho, don Rafael, pero mi tiempo en la isla ha terminado. —le dije mientras y le daba la bolsa con doblones que no habíamos entregado a los insurgentes—. Le deseo de corazón que todo le vaya bien, y, si algún día va por España, haga lo posible para contactar conmigo, y si puedo ayudarle, lo haré.

Al día siguiente, volví a mi hacienda y empecé a preparar mi equipaje para volver a España.

Capítulo 42

Cuando el nuevo propietario se hizo cargo de la hacienda, poco a poco se fue comprobando que sus métodos eran muy distintos de los que habíamos empleado don Eustaquio y yo. Su exigencia era cada vez mayor; y el trato con los empleados, cada vez más despectivo.

Pasaron unos meses y el ambiente se fue enrareciendo. El ninguneo de Jerónimo, el capataz, se hizo patente. Ya no había forma de mantener esa corriente de cordialidad que había existido antes. Por eso, Jerónimo decidió dejar la hacienda y dedicarse a cuidar la parcela que yo le había regalado. Era una parcela grande, de más de doce hectáreas, y colindaba con las de Mackenna y Shani; por eso les propuso a las dos que le acompañaran a explotar juntos su pequeña nueva propiedad. Avisaron al nuevo dueño y dejaron la hacienda los tres a la vez. Trasladaron sus pocos trastos hacia el sur en un carro tirado por dos mulas que compraron con sus ahorros. En las parcelas que yo les había dejado no había ningún refugio, por lo que su primer trabajo fue construir una choza en la que pasaron los primeros meses. Jerónimo no solo había sido un buen capataz, sino también un buen trabajador. Tenía gran habilidad con las manos y construyó rápidamente una caseta grande relativamente confortable en la que se instalaron los tres.

Las parcelas que yo les había entregado eran de buena calidad y, con la dirección de Jerónimo y el trabajo de Makena y Shani, consiguieron rápidamente ponerlas en producción. Trabajaron tanto la caña de azúcar como la planta de tabaco. Poco a poco consiguieron ir vendiendo su producción directamente, lo que les permitió tener unos ingresos más que suficientes para vivir.

No habían pasado más de siete meses desde que se habían instalado en sus nuevas parcelas, cuando Makena dio a luz a un niño. Jerónimo sabía que no era suyo, pero aceptó criarlo como su hijo. Aunque Makena nunca le dijo quién era el padre, Jerónimo siempre lo supo por la claridad de la piel del recién nacido. Le pusieron Onofre, sin más razón que el gusto por el nombre. Makena y Jerónimo constituyeron una pareja estable. Mientras, Shani, que tenía un compañero, acabó

trayéndolo también a la explotación para ayudar a Jerónimo y a ellos dos, que trabajaban todos los días en el campo.

Onofre, desde el principio, consideró a Jerónimo su padre, y desde muy pequeño se agarró a las faldas de su madre para que lo llevara al campo a trabajar como los demás. Pero además de eso, tuvo la inquietud de aprender a leer y escribir. Jerónimo le educó con los pocos conocimientos que él tenía.

Con el cariño y el respeto que se respiraba en la casa, Onofre rápidamente fue demostrando una personalidad muy positiva. Siempre estaba alegre, siempre estaba dispuesto a trabajar.

Pasaron los años y Makena convenció a Jerónimo para que enviara a Onofre a la escuela. Él se resistió lo que pudo, pero al final aceptó. Para todos fue una satisfacción ver cómo progresaba. La maestra les dijo que era un chico muy inteligente y que tenía muchas ganas de aprender.

TERCERA PARTE

1899 – 1902

Capítulo 43

El lujoso camarote estaba decorado con terciopelos carmesí y madera de caoba, evocando un aire de opulencia que apenas lograba aplacar la inquietud que me había acompañado desde mi partida de La Habana. Me recosté en el diván frente al ventanal, observando el horizonte donde el cielo y el mar se fundían en un azul luminoso.

El golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos.

—Adelante —dije distraídamente.

La puerta se abrió y el camarero entró llevando una bandeja con el desayuno en equilibrio perfecto. Su rostro mostraba una sonrisa profesional, pero sus ojos denotaban algo más, como si me conociera.

—Buenos días, señor. Me alegra volver a verlo a bordo —dijo, dejando la bandeja sobre la mesa con una inclinación ligera.

—¿Volver a verme? ¿Nos conocemos? —pregunté con un tono seco que delataba mi enojo indisimulado.

El camarero no respondió de inmediato. Con movimientos deliberadamente lentos, sacó un paño del bolsillo y limpió, innecesariamente, los bordes de la bandeja, como si estuviera saboreando el momento.

—Oh, claro que sí, señor. Fue hace unos años, en este mismo buque. Era joven, pero tengo buena memoria. Y hay cosas que uno no olvida, ¿verdad?

Note un sudor frío que recorría mi espalda. Mi imaginación viajó al pasado, a esa noche de luna llena cuando, al defender a María, una chica muy joven, mi pelea con el marinero Rodríguez había acabado en tragedia. Y ahora tenía delante al camarero de primera que lo había visto todo.

Me levanté lentamente, acercándome al hombre hasta quedar cara a cara. Aunque el camarero mantuvo la compostura, un ligero titubeo en su mirada reveló que no se sentía tan seguro como intentaba aparentar. Retrocedió un paso, pero su sonrisa no desapareció del todo.

—Ah, disculpe, señor. Si no desea nada más...

No respondí. Me quedé mirando al hombre, que salió del camarote. Una nueva preocupación. Sabía que esto no terminaría ahí.

La tercera noche de travesía decidí salir solo a cubierta después de cenar. El mar estaba tranquilo y la luna iluminaba suavemente el océano. Necesitaba respirar lejos del ruido elegante de los salones de primera clase. Fue entonces cuando, a través de una ventana al comedor, lo vi de nuevo. Seguía moviéndose entre las mesas con aquella discreción casi invisible propia de los camareros veteranos. Pero sus ojos eran los mismos. Salió a la cubierta cuando me vio y se acercó lentamente.

—Buenas noches, señor Zubizarreta.

Su tono era respetuoso. Demasiado respetuoso. Volvía a la carga. Asentí apenas.

—Buenas noches.

Permanecimos unos segundos observando el mar. Después sonrió levemente.

—Quién iba a decirlo, ¿eh?

No respondí. No hacía falta preguntar a qué se refería.

—La primera vez que lo vi en este barco llevaba las manos destrozadas de fregar platos.

Su mirada descendió lentamente hacia mi elegante ropa.

—La vida cambia deprisa.

Sentí inmediatamente una incomodidad difícil de explicar. Algo oscuro comenzaba a moverse bajo aquella conversación aparentemente inocente. El manolito apoyó los codos sobre la barandilla.

—Yo he cambiado poco desde entonces —murmuró—. Sigo aquí. Sirviendo mesas. Viendo cómo otros hombres se hacen ricos.

No respondí. Entonces habló de nuevo. Muy despacio.

—Aunque supongo que algunos hombres tienen más suerte que otros.

Aquella frase terminó de confirmarlo. El pasado acababa de alcanzarme.

Guardamos silencio unos segundos. Después él añadió:

—Nunca olvidé aquella noche.

De nuevo, sentí un frío repentino recorriéndome la espalda. El manolito seguía mirando el mar. Como si estuviera hablando de algo completamente trivial.

—Rodríguez era un hijo de puta. —Su tono resultaba extrañamente sereno—. Muchos pensamos que tarde o temprano acabaría muerto.

Lo miré sin decir nada. Él sonrió apenas.

—Pero no todos tuvimos la oportunidad de verlo caer al mar.

El mundo pareció detenerse durante un instante. Allí estaba. Finalmente, pronunciado en voz alta. El secreto que me había acompañado durante años.

—Fue un accidente —dije.

Él asintió lentamente.

—Claro.

Aquella respuesta condescendiente me irritó. No contenía una acusación directa, solo duda, y la duda puede resultar mucho más peligrosa.

—No lo empujé.

—Por supuesto que no. —Volvió a mirarme entonces, haciendo desaparecer completamente la cortesía. Ahora había algo distinto en sus ojos, algo calculador—. Pero la gente escucha historias extrañas cuando un hombre pobre regresa convertido en millonario.

Comprendí inmediatamente lo que estaba ocurriendo. No buscaba justicia. Buscaba dinero. Sentí una mezcla de rabia y cansancio imposible de describir. Durante años, aquel episodio había permanecido enterrado en alguna parte oscura de mi memoria, y ahora regresaba, precisamente cuando menos fuerzas tenía para soportarlo.

—¿Qué quiere?

El manolito tardó unos segundos en responder, como si disfrutara del momento.

—Nada exagerado. —Aquella frase demostraba hasta qué punto había preparado aquella conversación—. Solo pensé que quizá podría ayudarme a empezar una nueva vida cuando lleguemos a España.

El océano seguía extendiéndose oscuro e inmenso alrededor del barco. Durante unos segundos imaginé arrojarlo por la borda. El pensamiento apareció con una violencia tan repentina que llegó a asustarme. Comprendí entonces algo terrible: el dolor me había vuelto mucho más peligroso de lo que quería admitir.

El manolito debió percibir algo en mi expresión, porque retrocedió ligeramente. Después volvió a sonreír.

—No hace falta enfadarse, señor Zubizarreta. Los dos sabemos que Rodríguez merecía acabar mal.

Aquella frase empeoró todavía más las cosas, porque, en el fondo, una parte de mí seguía preguntándose si tenía razón.

Metí lentamente la mano dentro de la chaqueta. Él observó el gesto con atención. Saqué una cartera de cuero y extraje varios billetes. Mucho dinero para un camarero. Demasiado. El manolito los observó sin disimular la codicia.

—Considérelo una ayuda para empezar esa nueva vida que desea.

Él tomó el dinero lentamente.

—Es usted un hombre generoso.

—No. Solo estoy cansado.

Aquella respuesta pareció desconcertarlo unos segundos. Antes de marcharse, guardó cuidadosamente los billetes dentro del bolsillo interior de la chaqueta. Luego volvió a mirarme.

—No se preocupe. Rodríguez cayó al mar hace muchos años.

Después desapareció lentamente hacia el interior del barco. Yo permanecí solo junto a la barandilla.

La decisión de pagar, aunque pragmática, me dejó con un sabor amargo. Nunca había sido hombre de permitir que me doblegaran, pero ese no era el momento para arriesgarse. El camarero sabía demasiado y un escándalo a mi regreso a España era lo último que necesitaba.

El océano parecía mucho más oscuro que unos minutos antes. La brisa salada de la cubierta golpeaba mi rostro mientras miraba sin ver. La extensión del mar, con sus olas plateadas bajo la luz de la luna, parecía un reflejo de mi propia incertidumbre. Adelita... El nombre resonaba en mi mente como un eco, una sombra permanente, siempre presente. Había dejado atrás muchas cosas en Cuba, pero su ausencia era lo que más me pesaba.

Apoyado en la barandilla, con las manos crispadas sobre el frío metal, dejé que mi mente divagara. ¿Qué haría al regresar a España? ¿Cómo enfrentaría el vacío que me esperaba? Los negocios, mi reputación, todo eso me parecía insignificante en comparación con la pérdida de Adelita.

Mientras el barco avanzaba hacia el horizonte, regresé al camarote.

Unos días después, la nave llegó al puerto de Cádiz. La agitación de los pasajeros llenaba los pasillos y cubiertas mientras los estibadores comenzaban a descargar los equipajes. Yo llevaba mi mejor traje de viaje, y me detuve en la pasarela. El camarero estaba allí, como si me estuviera esperando, con esa sonrisa siempre al borde del descaro.

—Muchas gracias por todo, señor. Un placer haberlo atendido —dijo con un tono cargado de ironía.

Le miré fijamente.

—Espero no volver a verte.

El camarero levantó las cejas, sorprendido, pero no respondió. Continué mi camino descendiendo del barco, olvidando el incidente y pensando qué haría ahora en mi tierra natal. En mi interior, algo comenzaba a cambiar.

Capítulo 44

Pasé unos días en Cádiz, en parte para descansar, en parte porque no sabía exactamente qué hacer con mi vida. Esa ciudad tiene un aire especial, una mezcla de decadencia y vitalidad que me resultó cautivadora. Quizá sea el rumor de las olas rompiendo contra las murallas o los callejones estrechos que parecen esconder secretos en cada esquina.

El primer día, alquilé un coche de caballos para recorrer la ciudad y sus alrededores. Mi cochero, un hombre llamado Gregorio, de bigote espeso y conversación fácil, me llevó primero a las bodegas de Jerez. Fue un viaje breve, pero fascinante. Las descomunales barricas, las catedrales del vino, como las llaman, me impresionaron más de lo que esperaba. Probé un vino fino excelente, aunque no soy un gran entendido. Gregorio insistió en que debía llevarme unas botellas, y al final acepté, pensando en los largos días que me esperaban hasta San Sebastián.

Otro día, decidí que necesitaba un cambio de aire y nos dirigimos hacia las playas de Sancti Petri. La belleza del lugar era indescriptible, con la playa extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista, y el olor a sal que parecía meterse bajo la piel. Caminé un rato solo, los pies en el agua, dejando que el murmullo de las olas y la brisa marina me inundaran la cabeza. Por un momento, me sentí casi en paz. El recuerdo de Adelita, siempre presente, parecía más vago, como si los contornos de su rostro empezaran a desaparecer. Casi dos horas después volví al lugar en que me esperaba el coche, con un Gregorio que empezaba a preocuparse.

Rápidamente caí en la cuenta de que todo eso no era más que un paréntesis. Sabía que no podía quedarme en Cádiz indefinidamente. Fue Gregorio quien, al notar mi indecisión, me propuso una solución que nunca hubiera considerado por mí mismo.

—Señor Ares, si lo que quiere es un viaje largo, ¿por qué no compra un coche? Ahora que hay muchos caminos nuevos en buen estado, seguro que llega a San Sebastián más a gusto, parando donde quiera. Y si me permite sugerirle, tengo a alguien perfecto para acompañarle.

Intrigado, le pedí más detalles. Me habló de Albertito, un chaval de diecisiete años, sobrino de su mujer.

—Es un muchacho listo, con buena mano para los caballos. Muy curioso. Está aprendiendo de todo un poco. Si lo lleva con usted, le aseguro que no se arrepentirá.

Al día siguiente, me trajo a Albertito. Resultó ser un joven despierto, con ojos vivaces y una sonrisa constante. Aunque al principio parecía intimidado por mí, pronto mostró su carácter decidido. Delgado, moreno y extraordinariamente despierto, poseía esa clase de energía imposible de contener, propia de algunos muchachos acostumbrados a buscarse la vida desde demasiado temprano.

Lo primero que llamó mi atención fue su manera de hablar. No permanecía callado ni un instante. Hacía bromas, inventaba historias, imitaba voces, y conseguía arrancar carcajadas a todos. Parecía incapaz de sentirse derrotado por nada.

Acepté la idea sin pensarlo mucho más.

Compré un coche de caballos, un precioso modelo muy elegante y robusto, que había pertenecido nada menos que al duque de Medina Sidonia. Gregorio se ocupó de arreglarlo y de adquirir por mi cuenta dos magníficos caballos.

—Son dos buenos ejemplares. Buenos para el tiro y bien domados. Pueden servir para montarlos si lo desea.

Capítulo 45

Salir de Cádiz al amanecer, con la brisa marina acariciándome el rostro, fue como un prelude prometedor del día que nos esperaba. Albertito, con las manos firmes en las riendas, mostraba una destreza sorprendente para su edad. Mientras recorríamos los caminos que serpenteaban entre los viñedos, no pude evitar maravillarme ante la belleza del paisaje.

Las viñas se extendían hasta donde alcanzaba la vista, con hileras perfectamente alineadas que parecían danzar al compás del viento. Los tonos verdes y dorados se fundían con el azul del cielo, y, de vez en cuando, algún cortijo blanco surgía como un faro solitario entre los campos. Sentí una calma inusual, como si el paisaje tuviera el poder de apaciguar los pensamientos que tantas noches me habían atormentado.

Desde el primer momento comprendí que Albertito poseía un talento extraordinario para espantar la tristeza.

Hablaba constantemente: de Cádiz, de toreros, de marineros, de ladrones y de historias probablemente inventadas a medias. A veces exageraba tanto que resultaba imposible distinguir dónde terminaba la realidad y comenzaba la fantasía. Pero precisamente ahí residía parte de su encanto. El muchacho parecía empeñado en demostrar que incluso la vida más dura puede volverse soportable si uno aprende a reírse de ella. Y, sin darme cuenta, aquella alegría parecía ir rompiendo la coraza de dolor que insensibilizaba mi corazón.

Llegamos a Sanlúcar de Barrameda justo cuando el sol alcanzaba su cenit. La ciudad tenía un aire vibrante, con sus calles animadas y el aroma de pescado frito flotando desde las tabernas. Albertito, que parecía conocer cada rincón de Andalucía, insistió en que probara algo que, según él, era imprescindible.

—Don Ares, no puede irse de aquí sin probar la manzanilla. Es como beber el sol de esta tierra.

En la bodega donde nos detuvimos me sirvieron una copa fresca, con el dorado pálido del vino brillando bajo la luz del sol. El primer sorbo me sorprendió: era ligero, fresco, con un toque de salinidad que parecía llevarme de vuelta al mar. Albertito tenía razón. Compré algunas botellas, pensando en el consuelo que podrían ofrecerme durante las noches en el norte.

Cuando partimos de Sanlúcar, el aire era más cálido y los caminos comenzaron a cambiar, dejando atrás los viñedos para dar paso a una vegetación más exuberante.

El viaje hacia Sevilla transcurrió lentamente entre caminos polvorientos, olivares interminables y pequeñas ventas donde siempre parecía haber alguien dispuesto a discutir de política, jugar a las cartas o exagerar alguna hazaña absurda ocurrida durante la guerra en Cuba.

Albertito escuchaba todo con enorme atención. Luego, me resumía las conversaciones añadiendo detalles completamente inventados.

—Ese hombre ha matado por lo menos a quince franceses.

—Ha dicho que luchó en Cuba.

—Sí, pero seguro que los franceses también estaban por allí molestando.

Aquella clase de razonamientos resultaban tan ridículos que terminaban haciéndome reír.

Capítulo 46

La llegada a Sevilla fue un espectáculo en sí mismo. La ciudad, con su esplendor casi teatral, se alzaba ante nosotros como un recuerdo de tiempos gloriosos.

El coche que había comprado, con su diseño elegante y moderno, no pasó desapercibido. Mientras recorríamos las calles adoquinadas, con Albertito conduciendo con aire profesional, sentía las miradas curiosas de los transeúntes. Sin quererlo, habíamos llamado la atención.

Pero no era solo el coche lo que despertaba interés. Las levitas y los sombreros que había traído de Cuba, con su estilo refinado y un toque exótico, parecían convertir cada paseo en un pequeño desfile. A donde fuera, la gente se detenía, susurrando; algunos incluso inclinando ligeramente la cabeza en señal de respeto o admiración.

Nos alojamos en un hostel cercano a la catedral, desde donde podía escuchar el repicar de las campanas y el bullicio de las calles. Pasé días explorando la ciudad, perdiéndome en el laberinto del barrio de Santa Cruz, maravillándome ante la magnificencia del Alcázar y disfrutando de las noches en los tablaos, donde la pasión del flamenco me hacía olvidar, aunque fuera momentáneamente, las sombras de mi pasado.

Albertito, por su parte, parecía encantado con la aventura. Siempre estaba un paso por delante, asegurándose de que el coche estuviera impecable y de que nuestras rutas estuvieran perfectamente planificadas.

Una noche, Albertito insistió en llevarme a escuchar cantar a una mujer en una pequeña taberna del Arenal. Yo estuve a punto de negarme, pero terminé acompañándolo. Y me alegré de hacerlo. La mujer cantaba como si le estuvieran arrancando algo desde muy dentro. Nunca había escuchado una voz así. Expresaba dolor, rabia, deseo...`Todo a la vez.

Mientras la escuchaba, comprendí algo inesperado. El sufrimiento no desaparece jamás, pero algunas personas consiguen convertirlo en

belleza. Aquella idea permaneció conmigo mucho tiempo después de abandonar la taberna.

La noche previa a nuestra salida, mientras contemplaba la ciudad desde la terraza de mi habitación, me di cuenta de algo: el viaje no era solo un medio para llegar a Cegama. Era, en sí mismo, un respiro necesario, una forma de reencontrarme con algo que creía perdido.

Con esta sensación, dejamos Sevilla al cabo de unos días, preparados para continuar nuestro recorrido hacia el norte, aunque, en el fondo, sabía que cada kilómetro recorrido era un pequeño paso hacia algo desconocido.

Albertito estaba, puntual como siempre, asegurándose de que el coche estuviera listo y reluciente. El amanecer nos sorprendió en la salida de Sevilla, con la Giralda despidiéndonos bajo un cielo teñido de tonalidades naranja y rosa. Partimos temprano, con la intención de alcanzar Córdoba al mediodía, pero el camino tenía sus propios encantos que nos hicieron detenernos más de una vez.

El sol salía con fuerza en el horizonte a mi derecha.

—Casi no deja ver —comenté.

—En mi pueblo había un hombre que siempre se preocupaba de que, si el sol no deja ver, ¿cómo haremos al morir, que todo el mundo dice que lo primero que se ve es una luz incandescente que nos atrae? —dijo Albertito con ganas de conversación. Y prosiguió—: Así que dijo a su familia que, cuando él muriera, debían ponerle unos anteojos ahumados.

—Buena idea —bromeé.

—Lo bueno —añadió Albertito— es que cuando estaba de cuerpo presente, me acerqué al féretro y vi que efectivamente su familia había atendido sus deseos y el difunto tenía puestos unos anteojos ahumados.

Reí con ganas la ocurrencia.

Poco a poco, el paisaje comenzó a transformarse. Los campos abiertos de Sevilla dieron paso a un mar interminable de olivos. Era un espectáculo sobrecogedor: las hileras de árboles, perfectamente alineadas, se extendían hasta donde alcanzaba la vista, cubriendo las colinas como un tapiz verde plateado. El viento soplaba suavemente, haciendo que las hojas brillaran bajo la luz del sol y el aroma de la tierra mezclado con el frescor de los olivos llenaba el aire.

—Don Ares —dijo Albertito con una sonrisa, rompiendo el silencio—, dicen que cada uno de estos olivos tiene una historia. Algunos llevan aquí más de cien años.

Lo miré, sorprendido por su comentario.

—¿Y tú cómo sabes eso, Albertito?

—Lo leí en un libro que me prestó mi tío Gregorio. Siempre me ha gustado aprender cosas sobre el campo —respondió, con un brillo de orgullo en los ojos.

Hicimos una breve parada en Córdoba, donde la majestuosa mezquita me dejó sin palabras. Pasear por sus columnas infinitas y los arcos bicolores fue como adentrarme en un sueño.

Sabíamos que el camino era largo, y tras un almuerzo rápido en una taberna cercana, retomamos la ruta hacia Andújar.

Capítulo 47

Al día siguiente, pedí a Albertito que preparara las monturas para dar un largo paseo a caballo. Fue al pasar por Lopera, un pequeño pueblo blanco a unos veinte kilómetros de Andújar, cuando nos encontramos con algo inesperado. A lo lejos, vi una finca que parecía sacada de un cuadro. Estaba rodeada de una pequeña arboleda, con un río que serpenteaba cerca de la casa principal. El cortijo, de un blanco impoluto y techado de tejas rojas, parecía irradiar una tranquilidad que contrastaba con la intensidad del sol de Andalucía.

Curioso, me acerqué a un trabajador que estaba cerca del camino, ocupado en sus tareas agrícolas.

—Disculpe, buen hombre. Esa finca que veo allí, ¿cómo se llama?
—pregunté, señalando el lugar.

El hombre se quitó el sombrero, miró hacia donde yo señalaba y respondió:

—¡Ah!, eso es El Buñolero, señor. Es una finca preciosa, conocida por tener los mejores olivos de la comarca. Pertenece a una señora de Madrid, doña Josefa Luisa Jurado. Aunque no suele venir por aquí, se preocupa de tenerla muy bien cuidada.

—¿Y quién cuida la finca?

—Un administrador y unos cuantos trabajadores. Pero dicen que la señora viene algunas temporadas cuando quiere alejarse de la corte y de los líos de Madrid.

Albertito sonrió inmediatamente.

—Eso significa que es rica y complicada. Mala combinación.

El campesino soltó una carcajada.

—Las mujeres elegantes siempre son complicadas, muchacho.

Agradecí la información y me quedé un rato contemplando la finca desde la distancia. Algo en ella me atraía, quizá la serenidad que parecía emanar, o la idea de que pudiera ser un lugar donde, algún día, encontrar paz. Pedí al hombre los datos de contacto de la propietaria, pensando en escribirle más adelante.

Al reanudar el viaje, Albertito se mostró más atento que nunca. Cada vez admiraba más a ese muchacho. Era incansable, siempre dispuesto, con una actitud que combinaba respeto y alegría. Se encargaba de los caballos con una destreza que no había visto en otros.

—Albertito, creo que tengo suerte de haberte encontrado —le dije mientras cruzábamos una zona de colinas suaves, con el río Guadalquivir brillando en la distancia.

El muchacho sonrió, halagado por el cumplido.

—Gracias, don Ares. Pero yo creo que la suerte ha sido mía. No todos los días uno encuentra a alguien dispuesto a llevarme a recorrer media España.

Sonreí y, por primera vez en mucho tiempo, sentí una sensación de ligereza, como si el viaje estuviera empezando a sanarme de algún modo. El chaval me recordaba a mí, a mi deseo de descubrir nuevos horizontes cuando tenía su edad.

Al caer la tarde, llegamos a La Carolina, con el cielo teñido de púrpura y el aroma de los campos llenando el aire. Decidimos pasar la noche allí, en una pequeña posada, y planificar la siguiente etapa del viaje. Mientras observaba cómo Albertito se ocupaba de los caballos y el equipaje, me di cuenta de que, aunque no lo hubiera planeado, este viaje estaba convirtiéndose en algo más que un simple traslado: era una aventura.

El amanecer en La Carolina nos recibió con el canto de los pájaros y una bruma ligera que cubría los campos como un velo delicado. Albertito estaba listo, como siempre, terminando de atar el equipaje al coche mientras los caballos se agitaban suavemente, ansiosos por continuar. Yo, con una taza de café en la mano, me detuve un momento a observar el paisaje que rodeaba la posada. Las colinas doradas por los primeros rayos del sol y los olivares interminables parecían susurrar historias de generaciones pasadas.

Al salir del pueblo, Albertito que siempre buscaba la conversación, me dijo.

—¿Sabe, don Ares, que La Carolina se llama así porque se originó con el asentamiento de colonos alemanes, hace años? Fue en el reinado de Carlos III. Por eso verá que aquí hay muchos rubios.

Me fui fijando y hube de darle la razón. Me sorprendió que aquel chaval, con su inquietud por conocer mundo, hubiera leído muchas historias de lugares que no conocía.

Tomamos el camino hacia Madrid atravesando tierras llenas de encanto. Los campos de olivos se sucedían como un mosaico interminable, pero de vez en cuando aparecían pequeñas aldeas que rompían la monotonía con sus casas encaladas y el bullicio de sus mercados. Hicimos una breve parada en una de esas aldeas para comprar pan recién horneado y queso, que Albertito y yo compartimos mientras seguíamos nuestro recorrido.

—¿Sabes, Albertito? He estado pensando mucho en esa finca de El Buñolero —dije, mirando el horizonte mientras él manejaba.

El joven giró la cabeza un instante, curioso.

—¿De verdad, don Ares? ¿Está pensando en comprarla?

—Quizás. Hay algo en ese lugar que me llama. Tal vez sea el río, o la tranquilidad que parecía envolverlo. Pero antes de tomar una decisión, necesito conocer a su dueña.

Albertito asintió con entusiasmo.

—Seguro que a usted le sentaría bien un sitio así. Y si necesita ayuda para cuidar la finca, cuente conmigo. No sé mucho, pero aprendo rápido.

Sonreí ante su sinceridad. Había algo en su energía, su ilusión y su entusiasmo que me hacía querer que realizara sus sueños.

Capítulo 48

Cuando finalmente llegamos a Madrid, la ciudad nos recibió con su vibrante mezcla de bullicio y modernidad. Las calles llenas de carruajes y peatones contrastaban con la calma de los paisajes rurales que habíamos dejado atrás.

Decidí alojarme en uno de los hostales elegantes del centro, un lugar que parecía diseñado para la alta sociedad, con su decoración opulenta y su servicio impecable.

Madrid me era desconocida y fue todo un descubrimiento. Pasé las primeras horas organizando mis asuntos y contactando con doña Josefa Luisa Jurado, la propietaria de El Buñolero. Su respuesta, aunque rápida, no fue del todo alentadora: me invitó a visitarla en su casa, pero dejó claro que no tenía intención de vender la finca.

—Eso no significa que no pueda intentar persuadirla —dije a Albertito esa noche mientras cenábamos en el comedor del hotel.

—Si alguien puede convencerla, es usted, don Ares —respondió con la confianza que siempre parecía tener en mí.

Los días en Madrid fueron un torbellino de actividades. Alternaba entre reuniones con doña Josefa Luisa, paseos por el parque del Retiro y cenas en restaurantes donde probé lo mejor de la gastronomía local. Incluso visité el primer restaurante de España, Lhardy, un templo de la elegancia y el buen comer. Allí entablé conversación con el dueño, Agustín Lhardy, que me contó que la reina Isabel II y el rey Alfonso XII habían sido clientes habituales. La decoración magnífica, que había observado, era obra de Rafael Guerrero, padre de la actriz María Guerrero. La fachada, recubierta de madera de caoba del Brasil, me dio pie para contarle mis aventuras en Cuba y mis pinitos como restaurador en La Habana. Agustín me invitó a una de las *dinners* de Lhardy, donde saboreé los filetes de lenguado a la Orly.

Mantuve varias reuniones con doña Josefa Luisa. Cada encuentro con ella era un duelo de voluntades: por un lado, su apego a la finca; y por otro, mi creciente deseo de poseer ese lugar, que ya sentía como un refugio ideal.

Era una mujer de fuerte carácter, pero también había en ella una chispa de comprensión. Después de una de nuestras conversaciones, me miró fijamente y dijo:

—Don Ares, no sé si lo que quiere es la finca o lo que representa para usted, pero le concederé esto: déjeme pensarlo. Quizás el destino tenga algo que decir en este asunto.

Mientras tanto, Albertito disfrutaba de Madrid a su manera. Exploraba los talleres mecánicos y las caballerizas, siempre aprendiendo algo nuevo. Su energía y su capacidad para encontrar lo positivo en cada situación me recordaban que, aunque yo cargara con mis propios demonios, había algo esperanzador en las generaciones más jóvenes. Tuvo un amorío con una de las camareras de Lhardy que, por un momento, me hizo pensar que no me acompañaría más lejos.

Finalmente, llegó el día en que doña Josefa Luisa me dio su respuesta. No estaba dispuesta a vender, pero me ofreció arrendar la finca por un tiempo.

—Piénselo como una prueba, don Ares. Veamos si El Buñolero le pertenece tanto como usted cree.

Tras la negativa de doña Josefa Luisa a vender El Buñolero, sentí una mezcla de frustración y resignación. Había depositado una inesperada cantidad de esperanza en aquel lugar, como si fuera la llave para abrir una nueva etapa en mi vida. Ahora, al no poder concretar mis deseos, el vacío regresó, más denso y pesado que antes. Decidí que lo mejor era seguir adelante, como siempre, dejando que el camino me mostrara qué hacer. Pero también me reconocí a mí mismo que tal vez la finca de Lopera no era más que una excusa para no llegar a Cegama.

*

Había recibido una invitación a cenar de Agustín Lhardy y se me ocurrió que era una buena ocasión para decir adiós. No sabía entonces que los buenos recuerdos que había guardado de la ciudad se verían eclipsados por lo que ocurrió aquella noche.

Capítulo 49

La condesa de Monte de Arcos era una mujer joven, elegante, esbelta y distinguida, una de las aristócratas de referencia en Madrid. Allí donde aparecía —en un palco del Teatro Real, en una recepción diplomática o paseando por el Retiro envuelta en sedas oscuras y perfumes franceses— despertaba siempre una mezcla de admiración y curiosidad. Se había quedado viuda tres años antes. Su marido, un cabeza loca con una herencia importante que incluía minas de carbón en Asturias y León heredadas de sus padres, era un hombre muy guapo, generoso y derrochador. Tenía fama de mujeriego y posiblemente la había conseguido sin gran esfuerzo.

La condesa, sin embargo, siempre fue discreta. Se enamoró de aquel hombre joven, apuesto y rico, y se casó a pesar de la reputación de su pretendiente. Al principio creyó que su matrimonio sería capaz de domesticar aquel espíritu indómito. Durante los primeros meses vivió aferrada a la ilusión de que el amor bastaría para convertir las noches de fiesta y apuestas de su pretendiente en veladas tranquilas junto a ella. Pero muy pronto comprendió que había sido una unión basada más en el interés de él por asociarse a la nobleza que por un auténtico amor hacia ella. Y ella era una mujer hecha para enamorarse profundamente.

Por eso, cuando empezaron las infidelidades de su marido, algo dentro de ella se quebró silenciosamente. No montó escenas ni buscó el escándalo. Simplemente aprendió a esconder el dolor detrás de una sonrisa elegante y de unos modales irreprochables. También supo encontrar consuelo en otros brazos, aunque jamás permitió que sus aventuras traspasaran los límites de la discreción.

Su marido, César de la Rica, era muy aficionado a la caza, y fue uno de sus compañeros de montería quien, por accidente, le pegó un tiro. Los amigos, crueles en la intimidad de las tertulias masculinas, bromeaban después diciendo que el cazador se había confundido por culpa de los cuernos que la condesa le ponía, tan grandes como los de un ciervo adulto.

La condesa recibió la noticia de la muerte de su marido con una serenidad que sorprendió incluso a sus familiares. Algunos interpretaron aquella calma como frialdad; otros, más observadores, adivinaron en sus ojos un cansancio antiguo, el agotamiento de una mujer que había sufrido demasiado tiempo en silencio. Una vez viuda, mantuvo una vida social muy activa, aunque cuidadosamente controlada. Madrid entero hablaba de ella, pero nadie podía afirmar con certeza quién ocupaba realmente su corazón.

Cuando la sentaron al lado de un hombre atractivo, de piel tostada por el sol y maneras tranquilas, en aquella mesa del reservado de Lhardy, se sintió inesperadamente complacida. El restaurante resplandecía bajo la luz dorada de las lámparas de cristal. Las paredes cubiertas de espejos multiplicaban el brillo de las velas y el murmullo refinado de las conversaciones. Los camareros, impecables con sus chaquetas blancas, se movían con precisión silenciosa entre las mesas, sirviendo consomés humeantes, faisán trufado y vinos franceses traídos expresamente para la ocasión.

El reservado donde cenaban era uno de los lugares más exclusivos de Madrid. Allí el dueño del restaurante tenía por costumbre convocar a lo más granado de la sociedad madrileña: aristócratas, militares condecorados, políticos influyentes y financieros enriquecidos en ultramar. El aire estaba impregnado de aromas de tabaco caro, salsa de vino y perfume femenino. Se escuchaban risas apagadas, el tintinear delicado de las copas de cristal y el rumor lejano de un piano que sonaba desde el salón principal.

A la mesa se sentaban veinte personas; muchas de ellas se conocían desde hacía años, pero yo, el joven indiano, era nuevo. Lhardy me dijo:

—Le he puesto al lado de la condesa porque es una mujer francamente interesante, pero tenga cuidado.

—¿Por qué?

—Porque sabe exactamente el efecto que provoca.

Aquella advertencia, naturalmente, solo consiguió despertar más mi curiosidad.

Durante la cena, la condesa se interesó por mis andanzas en Cuba. Le conté con cierto detalle cómo llegué a La Habana, mis primeros trabajos en la cocina, el olor permanente a azúcar y salitre de los puertos, mi aventura con los guerrilleros y la manera inesperada en que heredé la hacienda de don Eustaquio. Mientras hablaba, la condesa observaba fascinada el contraste entre la rudeza de algunas de mis experiencias y la delicadeza con la que las relataba.

Yo no podía apartar la mirada de ella. Me sorprendía la serenidad elegante con la que sostenía la copa, el modo en que inclinaba ligeramente la cabeza para escucharme y aquella mirada gris, intensa y melancólica, que parecía esconder un secreto antiguo.

La condesa me observaba con interés. Analizaba cada palabra, pero también cada movimiento de mi mano, cada gesto... Y parecía disfrutar desmontando lentamente las defensas de los demás.

—Tiene usted mirada de hombre triste.

Aquella frase me sorprendió.

—¿Tan evidente resulta?

Ella sonrió mientras hacía girar lentamente el vino dentro de la copa. Continué mi relato, pero al llegar al fallecimiento de Adelita, fui breve y conciso. La condesa vio cómo una nube de crispación ensombrecía mis ojos y cambió de tema con naturalidad, haciendo gala de una sensibilidad cómplice. Entonces me relató la muerte de su propio esposo. Lo hizo como quien cuenta la historia de un pariente lejano. Para ella, concluyó, había sido casi una bendición. No tenían hijos y ahora vivía su vida con total tranquilidad.

Pero mientras pronunciaba aquellas palabras, su rostro se contrajo como si sintiera una punzada de vacío. La tranquilidad que describía no era felicidad; era más bien una calma resignada, la paz fría que queda después de una larga tormenta.

Cambiando de tema, sin ninguna pausa, me confirmó que el título pertenecía a su padre y no a su marido, aunque reconoció que la herencia de César había supuesto un capital importante.

De forma gradual, la condesa y yo nos centramos en nuestra conversación, olvidando al resto de los comensales. Los gestos, los guiños, las posturas y las confidencias hacían imposible ocultar la complicidad que nacía entre ambos. La condesa se sorprendió a sí misma riendo con una espontaneidad que creía perdida. Hacía años que ningún hombre lograba despertarle aquella curiosidad tan inmediata, aquella mezcla de curiosidad y ternura.

Terminada la cena, los hombres pasamos a un salón contiguo a fumar. Era una estancia elegante, revestida de madera oscura, con enormes sillones de cuero inglés y cortinas granates que amortiguaban el ruido de la calle. Yo había llevado una caja de puros Fonseca traídos directamente desde Cuba, que fueron muy apreciados. El humo azul ascendía lentamente hacia las lámparas, mezclándose con el aroma del coñac y el café recién servido.

Entre los asistentes, me presentaron a un francés marchante de vinos; alto, elegante y desenvuelto. Hablamos brevemente de vinos y me pareció el típico hombre que siempre está buscando relaciones que algún día pudiera utilizar para sus negocios. Se llamaba Bernard Dupin. En ese momento, no pude ni imaginar la importancia que tendría en mi futuro.

Al interesarme por el marido de la condesa, me contaron que efectivamente había sido un hombre simpático y excelente compañero para las fiestas.

Un engominado petimetre, al que posiblemente la condesa había dado calabazas, se presentó como barón de Escosura y afirmó con cierta amargura que era una pena que César hubiera dejado arrinconada a una mujer tan excepcional.

—Ahora la condesa es una pieza mayor que muchos pretendientes quieren cazar —comentó otro entre risas.

Pero todos sabían que ella dominaba el arte de mantener las distancias. La condesa oía sin escuchar aquellos comentarios desde el salón contiguo mientras sostenía una copa de absenta entre los dedos. Me observaba a través del humo y no ocultaba una peligrosa atracción. Yo

no me parecía a los caballeros de Madrid. Encontraba en mí una naturalidad casi salvaje, una ausencia total de artificio.

Cuando volvimos a reunirnos, la condesa me miró fijamente a los ojos y me dijo:

—Señor Zubizarreta, cuando usted quiera podría acompañarme a casa.

Por unos segundos se hizo un silencio en la sala. Todos comprendieron perfectamente el significado de aquella invitación. Algunos se volvieron sorprendidos; otros sonrieron con malicia. Alguien susurró en voz baja: «La condesa se ha cobrado otra pieza».

Cuando descendimos del restaurante, la noche madrileña estaba húmeda y perfumada por la reciente lluvia. Los faroles de gas iluminaban la calle con una luz amarillenta y elegante. Frente a la entrada esperaba el coche de caballos de la condesa: un carruaje negro y brillante, de líneas refinadas, con el escudo nobiliario pintado en las puertas y los herrajes reluciendo bajo las luces.

Los dos caballos castaños resoplaban suavemente mientras el cochero, impecablemente uniformado, sostenía las riendas con disciplina militar. El interior del carruaje estaba tapizado en terciopelo burdeos y desprendía un tenue aroma a cuero nuevo y perfume femenino.

La condesa me indicó que debía liberar a mi cochero, pues a esas horas le vendría bien que alguien la acompañara en su coche hasta su palacete.

Durante el trayecto, el sonido acompasado de los cascos sobre el empedrado llenó los silencios entre ambos. Madrid desfilaba lentamente tras las ventanillas: calles elegantes, faroles titilantes y sombras de transeúntes apresurados. La condesa apoyó con suavidad su mano sobre la mía y susurró:

—Ambos somos viudos, ambos sabemos lo que es la soledad y apreciamos la buena compañía. ¿No es cierto?

Sentí que el calor de aquella mano atravesaba mi cuerpo. Hacía mucho tiempo que una mujer no me miraba con aquella intensidad. Sin

embargo, también percibía cierto misterio inquietante en ella, como si detrás de su elegancia existiera una tristeza imposible de alcanzar.

No estaba acostumbrado al trato con aquella sociedad madrileña, tan distinta de la que había conocido en Cuba. Dudaba de las verdaderas intenciones de la condesa y me preguntaba si no acabaría siendo objeto de alguna burla refinada propia de la aristocracia.

Llegados al palacete, al final de la Castellana, el cochero bajó y llamó. Poco después se abrieron lentamente los enormes portales de hierro forjado y el carruaje penetró en el interior del recinto.

El palacete era imponente. Una fachada de piedra clara, balcones ornamentados y columnas clásicas se alzaban majestuosos bajo la luz de los faroles. En el patio interior había una fuente de mármol cuyo murmullo se mezclaba con el sonido lejano de la ciudad.

—Fabián —ordenó la condesa a su cochero—, no se retire. Esté pendiente porque luego tendrá que llevar al señor Zubizarreta a su hotel.

Acompañé a la condesa mientras ella subía decidida la gran escalinata de mármol que conducía a la puerta principal. Todavía tenía dudas. No sabía si realmente quería que la acompañara o si todo aquello formaba parte de algún sofisticado juego social. La condesa abrió la puerta con desenvoltura y me dijo:

—Sígame, está usted en su casa.

Entramos en un gran salón de techos altísimos decorados con molduras doradas y enormes lámparas de lágrimas de cristal. Una biblioteca de caoba cubría las paredes enteras y miles de volúmenes perfectamente encuadrados desprendían un leve olor a cuero envejecido. Sobre la chimenea ardía un fuego suave que llenaba la estancia de reflejos anaranjados.

Me sentía algo incómodo y cohibido. Todo aquel lujo me recordaba constantemente que pertenecíamos a mundos distintos. Aun así, la atracción por aquella mujer me hacía hervir la sangre. No podía dominar el deseo que crecía dentro de mí. Después del vino de la cena

y de la copa de armañac servida en la sobremesa, la cercanía de la condesa me perturbaba profundamente.

—Es usted muy atractiva, condesa, pero no me gustaría hacer nada que pudiera incomodarla.

La condesa me observó en silencio durante unos segundos. Aquella prudencia masculina le resultó inesperadamente conmovedora. Acostumbrada a hombres arrogantes y seguros de sí mismos, descubría en mí una timidez que la desarmaba. Sin decir una palabra, se sentó más cerca de mí en el sofá y me besó en los labios.

El beso fue lento, cálido y contenido al principio, pero bastó para romper todas mis resistencias. La tensión acumulada durante toda la noche dio rienda suelta al deseo.

La condesa se levantó, me cogió de la mano y me condujo hasta una estancia contigua. Era un dormitorio enorme, con las paredes cubiertas de telas damasquinadas encuadradas en perfiles de pan de oro. Gruesas cortinas de terciopelo protegían la habitación del frío nocturno y una gran cama con dosel dominaba el centro de la estancia como un trono. La luz tenue de varios candelabros envolvía la habitación en una intimidad casi irreal.

Allí, la pasión desatada no necesitó más palabras. Las prendas fueron cayendo lentamente al suelo mientras ambos nos buscábamos con ansiedad contenida, como si intentáramos llenar de golpe todos los vacíos acumulados durante mucho tiempo.

La condesa parecía sentir una emoción intensa y peligrosa: no solo deseo físico, sino la necesidad desesperada de sentirse viva otra vez. Yo olvidé completamente mis reservas y, bajo aquellas sábanas, dejé de ser el indiano provinciano rodeado de aristócratas y me sentí como un hombre más fuerte y auténtico que todos aquellos petimetres.

Durante algunas horas conseguí apartar de mi mente Cuba, Adelita, la tragedia y el dolor, y caí en un sueño profundo. Cuando desperté, comprendí inmediatamente que aquello no había cambiado nada.

La condesa fumaba junto a la ventana mientras amanecía sobre Madrid.

—¿Se arrepiente? —preguntó sin mirarme.

Negué lentamente.

—No.

Ella sonrió apenas. Una sonrisa cansada.

—Eso significa que todavía no está completamente muerto por dentro.

Quizá tenía razón. Quizá todavía quedaba dentro de mí una pequeña parte capaz de regresar lentamente a la vida.

—Ahora tiene usted que irse.

Su voz era suave, pero firme. Mientras me vestía, todavía aturdido por el sueño, le pregunté:

—¿Nos volveremos a ver?

La condesa me miró durante unos segundos. En sus ojos apareció una tristeza serena, casi resignada.

—Muy probablemente espero que no.

Aquellas palabras me dejaron desconcertado. Comprendí entonces que, para ella, aquella noche debía permanecer encerrada en el mismo lugar secreto donde guardaba todos sus sentimientos.

Terminé de vestirme y me dirigí hacia la puerta despidiéndose con un simple adiós. Cuando el carruaje de la condesa me llevaba de regreso al hotel, contemplé Madrid a través de la ventanilla empañada y sentí una profunda incomodidad, como si hubiese sido utilizado. Jamás querría pertenecer realmente a aquella sociedad tan elegante y exquisita, pero también tan vacía y falsa.

Y, sin embargo, en el fondo de mi memoria, sabía que jamás olvidaría la mirada melancólica de la condesa de Monte de Arcos.

Capítulo 50

Partimos temprano desde Madrid hacia Burgos, ambos mohínos. Madrid había conseguido distraerme con sus restaurantes, su lujo, su bullicio y sobre todo con el encuentro con la condesa. Pero ahora, de nuevo en los caminos silenciosos, el vacío regresaba lentamente.

A veces sorprendía a Albertito, dolido por la separación de su primer amor, observándome de reojo desde el pescante, como si temiera que volviera a hundirme dentro de mí mismo y él no encontrara la forma de animarme.

Atravesamos vastas llanuras sembradas de cereales que parecían extenderse infinitamente. El paisaje tenía una belleza austera, con campos dorados y cielos muy limpios que daban la sensación de estar en un lugar detenido en el tiempo.

Llegamos a Burgos al día siguiente, después de dormir en una posada llena de piojos en el camino. La catedral se elevaba entre el humo de las chimeneas como una visión imposible.

Albertito soltó un silbido.

—Parece construida por gigantes enfadados.

Pensaba permanecer únicamente una noche antes de continuar viaje, pero algo me llevó a cambiar de idea. Tal vez el cansancio, quizá la sensación creciente de que necesitaba detenerme antes de regresar definitivamente a mi pasado. Fue entonces cuando escuché hablar del monasterio de San Pedro de Cardeña, a pocos kilómetros de la ciudad. Intrigado, decidí visitarlo, pensando que un lugar así podría ofrecerme la paz que tanto necesitaba.

El monasterio, de sobrias piedras, silencioso, oculto entre bosques, parecía pertenecer a otro mundo, como si las pasiones humanas quedaran amortiguadas al atravesar sus muros.

Al llegar, fui recibido por el abad, un hombre de rostro sereno y voz pausada que me invitó a recorrer el lugar. Las paredes de piedra, impregnadas de siglos de oración y silencio, parecían guardar secretos que solo podían entenderse viviendo allí.

—¿Qué le trae a San Pedro de Cardeña, don Ares? —me preguntó el abad aquella noche mientras compartíamos una cena frugal en el refectorio.

—Busco respuestas —respondí con sinceridad—. He pasado demasiado tiempo huyendo, pero no sé hacia dónde debo ir.

Le conté con parsimonia mi historia en Cuba, mientras él escuchaba con atención cómo había descubierto por un momento la felicidad y cómo todos mis sueños se rompieron de golpe con la muerte de Adelita. El abad asintió lentamente, como si entendiera perfectamente mis palabras.

—A veces, no es cuestión de encontrar respuestas, sino de aprender a escuchar lo que el silencio tiene que decirnos; pero convertir el dolor en refugio... Eso sí puede destruir a un hombre.

Aquella frase me dejó inmóvil, porque comprendí inmediatamente que estaba describiéndome exactamente.

Decidí quedarme unos días en el monasterio, compartiendo la vida de los monjes. Me levantaba al alba para asistir a los rezos en la capilla, donde los cánticos gregorianos llenaban el aire con una belleza que trascendía las palabras. La cadencia de los cantos gregorianos me permitió compartírselos desde el principio y me producían una gran paz interior. Pasaba las mañanas trabajando en los huertos, sintiendo la tierra entre mis manos como una especie de conexión con algo más grande que yo mismo.

Las tardes las dedicaba a largas caminatas por los alrededores, donde el paisaje parecía reflejar mi estado de ánimo: sencillo, vasto y lleno de posibilidades. En las noches, conversaba con el abad, quien, con su calma infinita, me ayudaba a reflexionar sobre mi vida.

—Usted carga con muchas cosas, don Ares —me dijo una noche mientras el viento soplaba suavemente a través de los arcos abiertos del claustro—, pero quizás no necesita tanto como cree para encontrar paz.

Al final de mi estancia, me sentía cambiado, aunque no podía decir exactamente cómo. Había algo en la sencillez de la vida en el

monasterio que me había obligado a enfrentarme a mí mismo de una manera que nunca antes había hecho. Cuando llegó el momento de partir, el abad me despidió con una sonrisa tranquila.

—Recuerde, don Ares, el camino no siempre tiene que ser claro desde el principio. A veces, solo necesitamos dar el siguiente paso.

Con esas palabras en mente, dejé Burgos y retomé el viaje hacia el norte. Esta vez, llevaba conmigo algo que no tenía antes: una pequeña chispa de claridad y una disposición a encontrar mi destino, dondequiera que estuviera.

Capítulo 51

El aire fresco del norte comenzó a hacerse notar a medida que nos alejábamos de Burgos. El frío continuaba endureciendo los caminos, pero algo dentro de mí había cambiado ligeramente después de los días en Cardeña. No era felicidad. Ni siquiera verdadera esperanza todavía. Más bien, una especie de calma sosegada. Como si hubiera dejado de luchar constantemente contra el dolor. Y eso, de algún modo extraño, me permitía respirar mejor.

Dejé que Albertito eligiera la ruta, y no tardó en sugerir un desvío hacia Santander.

—Don Ares, dicen que Santander es un lugar muy bonito y estamos lo suficientemente cerca como para no perdérselo. Además, el camino debe ser interesante entre las montañas.

Acepté sin dudar. Entendí que al igual que mi acompañante no tenía prisa en terminar nuestro largo viaje. La serenidad que había ganado durante mi estancia en San Pedro de Cardeña parecía haberme dado un nuevo aprecio por el viaje en sí, por las pequeñas vivencias que descubría al moverme sin prisa.

Albertito, con su entusiasmo y su curiosidad, era una compañía excepcional. Aunque apenas tenía diecisiete años, su inteligencia y vivacidad hacían que las largas horas en el coche pasaran rápidamente. Cada día hacía valer su don para contar historias, anécdotas de su vida en Cádiz y de las gentes que había conocido, siempre salpicadas de un toque de humor que arrancaba mi sonrisa.

—¿Sabe, don Ares, que el primer dueño de este carruaje estuvo a punto de plantear la independencia de Andalucía?

Escuché durante un largo rato como contaba lo que había sido el sueño del duque. Mientras, el paisaje era una distracción permanente. Atravesamos colinas cubiertas de un verde vibrante, con pequeños pueblos que se apiñaban alrededor de iglesias de piedra. De vez en cuando, el carruaje se detenía para dejar paso a algún pastor con su rebaño.

—Es curioso, Albertito —le dije mientras contemplábamos el río Besaya desde un alto—, cómo los lugares que uno no planea visitar a menudo resultan ser los que más nos impresionan.

—Es que a veces, don Ares, las mejores cosas son las que se encuentran por casualidad —respondió con una sabiduría que parecía impropia de alguien tan joven.

Llegamos a Santander al atardecer. La ciudad nos recibió con una vista que me dejó sin palabras. La bahía, una de las más bellas que había visto, reflejaba en el agua el tono rosado de los últimos rayos de sol, mientras varios buques se cruzaban silenciosamente a lo lejos. Las calles tenían una energía diferente, un equilibrio entre la elegancia de sus edificios y la frescura del aire marítimo que hacía que uno se sintiera inmediatamente bienvenido.

Decidí alojarme en un hostel cercano a la playa del Sardinero, cuya arena dorada y olas suaves me recordaban, de alguna manera, a mi tiempo en Cádiz, pero también a mi añorada Concha de San Sebastián. Pasé los días explorando la ciudad, disfrutando de su ritmo pausado y de los paseos junto al mar. Albertito, siempre curioso, aprovechó para conocer las lonjas del puerto y hacer amigos entre los pescadores, quienes le enseñaron un par de trucos sobre nudos y redes que luego me mostró con orgullo.

Permanecimos varios días en Santander. Sin prisas, sin objetivos concretos. Simplemente viviendo; algo que yo casi había olvidado cómo hacer.

Por las mañanas, caminábamos junto al paseo marítimo mientras Albertito comentaba la vida de todos los desconocidos que se cruzaban con nosotros.

—Ese señor engaña a su mujer, seguro.

—¿Por qué?

—Porque lleva un sombrero demasiado elegante para esta hora.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Precisamente por eso suele funcionar.

A veces el muchacho parecía inventarse teorías enteras únicamente para entretenerse a sí mismo, pero conseguía algo extraño: obligarme constantemente a regresar al presente.

Una tarde, mientras caminaba por la península de La Magdalena, entendí por qué Santander era tan especial. Había algo en su paisaje, en la forma en que las montañas y el mar se encontraban, que transmitía una sensación de plenitud. Era como si el lugar mismo respirara tranquilidad y armonía.

Esa noche, mientras cenábamos en una pequeña casa de comidas con vistas al puerto, me di cuenta de que estaba disfrutando del viaje más de lo que había imaginado. No era solo por los lugares, sino por la experiencia en sí: el camino, las conversaciones con Albertito, los momentos de descubrimiento inesperado. Revivía, en aquel chico, mis ilusiones de no hacía mucho tiempo.

—Albertito, creo que este desvío ha sido una de las mejores decisiones que hemos tomado —dije levantando mi copa.

El joven sonrió, satisfecho.

—Me alegra que lo piense, don Ares. Pero todavía nos queda San Sebastián, y dicen que es incluso más impresionante.

—Lo es. Yo lo conocí antes de irme a Cuba. Era un poco más joven que tú ahora.

—Cuéntemelo, don Ares, por favor.

Y le conté, con todo detalle, mis ansias de ver mundo y las aventuras que había pasado en Cuba. Me escuchaba embelesado, como si viviera conmigo todas las cosas que me habían pasado. Al llegar a mi boda con Adelita, dejé el relato.

—Mañana seguiré contándote cosas en el viaje. Sigamos disfrutando del camino —respondí, consciente de que no estaba apresurado por llegar a ningún lado.

Al dejar Santander, le dije:

—Nos quedaremos unos días en Bilbao antes de ir a San Sebastián.

Capítulo 52

Llegar a Bilbao fue casi como entrar en un mundo distinto al que había atravesado en el resto de mi viaje. La ciudad bullía de actividad, con un dinamismo palpable en sus calles y en las fábricas que rodeaban la ría. No era la elegancia serena de Santander ni la nostalgia que me esperaba en San Sebastián; Bilbao era puro progreso, una ciudad que parecía latir al ritmo de la industrialización.

Al principio, pensé que sería una parada breve, un descanso antes de continuar mi camino, pero algo en el ambiente me atrapó. Había energía en el aire y una oportunidad que, aunque no pude definir de inmediato, sentía que debía explorar.

Me alojé en el hotel Términus, un alojamiento de lujo que, según decían, podía competir con los mejores de Europa. Ocupaba un edificio de cinco plantas y adelantos espectaculares, como sus ascensores eléctricos. Se notaba en las calles el bullicio de una ciudad en crecimiento. Desde mi ventana, podía ver las gabarras moviéndose lentamente por la ría, cargadas con mercancías que hablaban de un comercio vibrante. Fue entonces cuando decidí quedarme unos días más.

Tuve ocasión de conocer a uno de los dueños del hotel, el señor Victoria. El destino, o quizá la casualidad, quiso que, durante una cena en un café cercano, el señor Victoria me introdujera en la tertulia que habitualmente tenían los próceres de la zona, los hombres que estaban moldeando el futuro de la región. Industriales, banqueros y comerciantes se reunían allí para discutir ideas, proyectos y, sobre todo, inversiones. Fue en ese ambiente donde escuché por primera vez iniciativas que me intrigaron profundamente.

Aquellos hombres hablaban del futuro con una seguridad casi agresiva. Ferrocarriles, siderurgia, banca, seguros, electricidad... El país entero parecía estar cambiando delante de nuestros ojos. Y por primera vez desde Cuba sentí nuevamente aquella vieja sensación: la intuición de que existían oportunidades enormes para quien supiera verlas antes que los demás.

Don Pablo Epalza, al conocer mis orígenes, se avino a contarme el desarrollo que estaba teniendo la institución financiera Banco de Bilbao. Era un hombre de visión clara y ambición desbordante. Me explicó cómo la ciudad necesitaba una institución financiera que pudiera canalizar el capital hacia las industrias que estaban surgiendo.

—Don Ares, Bilbao está creciendo más rápido de lo que cualquiera de nosotros imaginó. Este banco no será solo una empresa; será el corazón económico de la región.

Había algo en su convicción que resonó en mí. No soy hombre de dejarme llevar por los entusiasmos ajenos, pero sentí que este proyecto no solo tenía un futuro prometedor, sino que también podía ser la manera de formar parte de algo más grande. Decidí invertir y convertirme en socio.

Epalza me presentó a don Darío Arana, que formaba parte de un grupo que estaba impulsando la creación de una aseguradora. Me hablaron de cómo, con el crecimiento de la industria y el comercio, había una necesidad urgente de proteger los bienes y el capital de los riesgos inevitables de una economía en expansión.

—Imagine, don Ares, una aseguradora que cubra desde los barcos que navegan por la ría hasta las fábricas que producen hierro. Eso es lo que queremos construir con Seguros Aurora.

La lógica era impecable. Era una oportunidad de inversión, y también de estabilidad para una ciudad que apostaba todo al progreso. Una vez más, decidí formar parte del proyecto, invirtiendo una suma considerable.

El último de los proyectos que captó mi interés fue el más ambicioso de todos: la creación de Altos Hornos de Vizcaya. Pedro Gandarias, una vez superada su reserva inicial, también me aceptó como socio. Era imposible no ver el impacto del hierro en la región. Las minas cercanas eran una fuente inagotable de riqueza, pero los empresarios querían dar un paso más: transformar esa materia prima en acero, y hacerlo allí, en Bilbao.

—Señor Zubizarreta, no estamos hablando solo de fábricas. Estamos hablando de construir el futuro de España, de convertir a Bilbao en el motor de la industria nacional.

Recuerdo perfectamente la primera vez que visité las instalaciones siderúrgicas. El espectáculo resultaba casi sobrecogedor: fuego, hierro líquido, chispas iluminando la oscuridad, máquinas gigantescas, hombres trabajando entre humo y acero como si estuvieran construyendo un mundo completamente nuevo.

Era una nueva clase de poder. Más frío, más moderno. Y quizá mucho más grande.

Me dejé llevar por mi instinto. La magnitud del proyecto y su potencial eran irresistibles. Firmé los acuerdos necesarios y me convertí en socio de la nueva compañía. Lo que había comenzado como una parada breve se convirtió en más de un mes en Bilbao. Cada día, las reuniones con los industriales bilbaínos y los debates sobre el futuro de la ciudad me absorbían por completo. Albertito, siempre a mi lado, se encargaba de las tareas prácticas, asegurándose de que el coche estuviera listo y de que yo tuviera todo lo necesario para moverme con comodidad.

Volví a sentir entusiasmo, un entusiasmo auténtico; la posibilidad de construir, invertir y crecer. Y yo quería formar parte de algo enorme. Durante unos segundos incluso sentí culpa, como si recuperar la ambición significara traicionar de algún modo el recuerdo de Adelita.

Una noche, mientras cenábamos en un elegante restaurante de la Gran Vía, Albertito comentó con una sonrisa:

—Don Ares, creo que ya se está haciendo más bilbaíno que cubano.

Reí, pero sabía que había algo de verdad en sus palabras. Me sentía parte del pulso de la ciudad, de su ambición y su empuje. Al final de mi estancia, me despedí de los hombres con quienes había compartido tantas ideas y firmado tantos acuerdos, con la certeza de que había tomado decisiones importantes no solo para mi fortuna, sino para mi vida.

Cuando finalmente dejamos Bilbao y tomamos el camino hacia San Sebastián, sentí que el viaje estaba alcanzando su verdadero propósito. No solo estaba moviéndome de un lugar a otro; estaba, por primera vez en mucho tiempo, construyendo algo para el futuro.

Capítulo 53

El viaje desde Bilbao hasta San Sebastián estuvo marcado por un cambio sutil pero profundo en mi ánimo. El entusiasmo que había sentido al explorar nuevos paisajes comenzaba a dar paso a una inquietud que no podía explicar del todo. Albertito, siempre atento, notó mi cambio de humor, pero no dijo nada. Era demasiado perspicaz para invadir mi espacio cuando sabía que necesitaba silencio.

San Sebastián apareció ante nosotros como una joya escondida entre las montañas y el mar. La bahía de la Concha, con su forma perfecta, era incluso más impresionante de lo que recordaba. Había estado allí de niño, en un verano lejano que mi memoria apenas podía reconstruir, pero una imagen permanecía clara: el Hotel de Londres y de Inglaterra, imponente junto a la playa, con su fachada señorial que parecía mirar al mar con orgullo eterno.

Decidí alojarme allí sin dudarlo. Mientras atravesábamos el vestíbulo, me invadió una sensación extraña, como si estuviera cumpliendo un ciclo que había comenzado muchos años atrás. La habitación que me asignaron tenía un balcón que daba directamente a la bahía. Desde allí, podía ver las olas romper suavemente contra la playa, una inmensa llanura de un precioso color caramelo.

—Albertito, creo que este será nuestro hogar por un tiempo —le dije mientras descargaba nuestro equipaje.

El muchacho asintió, satisfecho. Parecía tan emocionado por estar en San Sebastián como yo lo había estado al llegar la primera vez.

Pasé los primeros días explorando la ciudad, disfrutando de su elegancia discreta, sus calles llenas de vida y el ambiente casi mágico que parecía envolverlo todo. Pero algo persistía, una incomodidad que no podía ignorar.

La Concha seguía siendo exactamente igual a como la recordaba: el mar susurrando junto al paseo, las barandillas blancas, los edificios señoriales y las montañas abrazando la ciudad. Todo parecía inmóvil, como si el tiempo hubiera decidido respetar aquel lugar. Y precisamente por eso sentí un dolor inesperado. Porque comprendí

inmediatamente que el único que ya no pertenecía realmente allí era yo.

Había planeado visitar Cegama, el pueblo de mi familia, desde el inicio del viaje. Había imaginado ese momento una y otra vez, soñando con volver a las raíces que creía perdidas, con reconectar con los lugares y las personas que alguna vez fueron mi hogar. Pero ahora que estaba tan cerca, algo me detenía.

Cada vez que pensaba en partir hacia Cegama, me invadía una extraña inmovilidad. No era miedo exactamente, sino una especie de parálisis emocional, como si enfrentarme a ese regreso fuera más de lo que podía soportar.

Una tarde, mientras paseaba por la playa, traté de analizar mis sentimientos. Había deseado tanto volver, tanto construir esa idea de «casa» en mi mente, que ahora me aterraba descubrir que tal vez no existía. O peor, que yo ya no encajaba allí.

Albertito, siempre atento, me preguntó un día por qué retrasaba la visita.

—Don Ares, ¿no tenía muchas ganas de volver a ver a su familia?

Lo miré, intentando encontrar una respuesta que tuviera sentido.

—Es complicado, Albertito. A veces, uno desea tanto algo que, cuando lo tiene al alcance, no sabe qué hacer.

El muchacho me observó con seriedad, pero no insistió. En lugar de eso, se dedicó a sus tareas habituales, visitando cada día el establo en el que alojamos los caballos y el estado de nuestro carruaje y asegurándose de estar siempre disponible por si lo necesitaba.

Decidí quedarme en el Hotel de Londres indefinidamente. Me refugié en la rutina de la ciudad, en los paseos por la Concha, en las cenas solitarias en las casas de comida del casco antiguo. Era como si estuviera esperando algo, aunque no sabía exactamente qué.

Desde el balcón de mi habitación, miraba cada noche el horizonte, tratando de encontrar las respuestas que no podía formular. El regreso

a Cegama podía esperar, o quizá nunca sucediera. Por ahora, San Sebastián, con su belleza serena y su ritmo pausado, era suficiente para mí.

Aunque cada día San Sebastián se presentaba ante mí con la misma elegancia que recordaba de mi juventud, con la playa de la Concha bañada por la luz del atardecer y las calles bulliciosas con aromas de asados y vinos, nada de esto parecía iluminar el oscuro pozo de melancolía en el que volvía a estar sumido.

A pesar del inconfundible lujo que el Hotel de Londres y de Inglaterra me prestaba, donde me refugiaba con quienes buscaban consuelo en la opulencia, desde mi suite que daba al mar apenas reparaba en las vistas. Para mí, eran solo un recordatorio cruel de lo que había perdido, de la maravilla que podría haber sido si Adelita estuviera a mi lado.

Pero la soledad era un enemigo al que no podía enfrentarme indefinidamente. Pronto, comencé a frecuentar el casino al otro lado de la plaza, un lugar donde las luces deslumbrantes y el ruido constante ahogaban los pensamientos que me atormentaban.

Noche tras noche, me sentaba en las mesas de ruleta y póker, arrojando fichas como si así pudiera deshacerme de mis propios fantasmas. Los camareros conocían bien mi preferencia por el ron añejo, que fluía sin descanso mientras yo observaba las bolas rodar, esperando que el azar me otorgara algo más que una simple ganancia; tal vez una señal de que la suerte podía cambiar.

Sin embargo, lo único que conseguía era hundirme más. Las risas falsas de las compañías pasajeras y las miradas codiciosas de quienes me rodeaban no lograban distraer el dolor profundo que me consumía. Para ellos, era simplemente un hombre rico y aburrido, un benefactor temporal de su propia desgracia.

Las noches comenzaron a confundirse unas con otras. Como en un caleidoscopio aparecían el ron, la ruleta, el humo de los cigarros, las cartas... Y risas demasiado fuertes y madrugadas borrosas.

Algunas veces ganaba cantidades absurdas de dinero. Otras, perdía fortunas enteras sin sentir prácticamente nada. El dinero había dejado de impresionarme hacía tiempo.

Una madrugada, tras perder una suma considerable en el póker, salí del casino tambaleándome. La brisa fría de la bahía me golpeó el rostro, pero no consiguió despejarme. Caminé por el paseo marítimo hasta llegar al borde del agua. Me quedé allí, mirando las olas romper suavemente contra la arena.

Una vez más pensé en Adelita. No en su ausencia, sino en su risa, en su forma de hablar de la vida como si siempre hubiera un mañana mejor. La melancolía cedió por un momento a una sensación extraña: una mezcla de remordimiento y esperanza.

Sabía que no podía seguir así, que el vacío no se llenaría con cartas ni con botellas, pero la pregunta seguía siendo la misma: ¿qué haría ahora?

Capítulo 54

Era una noche como tantas otras en el elegante comedor del Hotel de Londres. Las lámparas de araña proyectaban una luz cálida sobre las mesas perfectamente dispuestas, mientras el sonido de las conversaciones y el tintineo de las copas llenaban el aire. En mi rincón habitual, bebía lentamente una copa de ron añejo mientras veía a los demás comensales con desinterés. Pero algo llamó mi atención.

En una mesa cercana, una pareja cenaba en un silencio tenso. Ella, una mujer muy joven, con un vestido de seda azul que realzaba su figura delicada, evitaba mirar a su acompañante, concentrándose en el plato frente a ella. Él, un hombre de mediana edad con aire de superioridad y un anillo de oro ostentoso en su dedo anular, hablaba en un tono bajo, pero su expresión denotaba irritación.

De pronto reconocí a la mujer. Era María, la joven que había viajado conmigo en el mismo barco hacia Cuba años atrás. Entonces era una muchacha de rostro fresco y ojos llenos de curiosidad, que observaba el mundo como si todo estuviera por descubrir. Ahora, aunque su belleza seguía intacta, algo en su mirada había cambiado. Había un velo de tristeza, un indicio de que los sueños de antaño se habían desmoronado.

La revelación me sacudió más de lo que esperaba. ¿Qué hacía ella aquí, en San Sebastián, en compañía de un hombre que parecía tan opuesto a la vitalidad que recordaba en ella? Observé con discreción mientras María jugueteaba con el tenedor, apenas probando bocado, mientras su pareja continuaba hablando sin apreciar su inquietud.

Tras unos minutos, María levantó la mirada y, por un instante, sus ojos se encontraron con los míos. Fue un reconocimiento inmediato. La sorpresa se reflejó en su rostro, seguida de una leve sonrisa que apenas logró ocultar la melancolía que la envolvía. Incliné ligeramente la cabeza en un gesto de saludo, pero no intenté acercarme.

Más tarde, cuando su pareja se levantó para marcharse, noté cómo el hombre la tomaba del brazo con un gesto autoritario, casi posesivo. María, sumisa, lo siguió sin oponer resistencia, pero antes de salir del

comedor volvió a mirarme como si quisiera decir algo, como pidiendo ayuda, pero sin atreverse a saludarme.

Esa noche, mientras jugaba en el casino, la imagen de María no me abandonó. Recordé el brillo de sus ojos en aquel viaje hacia Cuba, la forma en que había hablado de sus sueños de viajar y vivir aventuras. Ahora, parecía atrapada en una jaula dorada, acompañando a un acaudalado propietario de Puerto Rico que seguramente la veía más como un trofeo que como una compañera.

Sumido en mi propio vacío, sentí un impulso inesperado: el deseo de saber más. No por simple curiosidad, sino porque en los ojos de María había reconocido un reflejo de mi propia soledad. Quizás, pensé, ayudarla podría ser una forma de redimirme a mí mismo.

Capítulo 55

La brisa marina se colaba por las ventanas del comedor aquella noche, impregnando el ambiente de frescura. Llegué más tarde de lo habitual, con la intención de cenar rápido antes de dirigirme nuevamente al casino. Pero al entrar, mi atención se desvió de inmediato.

María estaba allí, sentada sola en una mesa junto a una ventana. Su vestido blanco destacaba contra las sombras suaves del comedor, y sus cabellos recogidos dejaban al descubierto un cuello grácil que parecía haber sido esculpido por un artista. Había un libro abierto junto a su copa de vino, pero sus ojos estaban ausentes, como si leyeran más en sus pensamientos que en las páginas frente a ella.

Me detuve un momento antes de decidirme. Con pasos medidos, me acerqué a su mesa, inclinándome ligeramente para no invadir su espacio.

—Buenas noches, María. Espero no ser inoportuno, pero... ¿te importaría si te acompaño? —pregunté con una voz tranquila, aunque cargada de intención.

María levantó la vista, sorprendida al principio, pero luego me dedicó una pequeña sonrisa, discreta, pero suficiente para iluminar su rostro.

—Ares... Claro que no; siéntate, por favor.

No necesité más invitación. Llamé al camarero para pedir mi cena y, durante unos minutos, hablamos de banalidades, como viejos amigos reencontrándose por casualidad. Sin embargo, pronto la conversación se tornó más personal.

—Tu pareja no está esta noche —comenté con un tono medido, intentando que sonara casual.

María suspiró, y el leve endurecimiento de su expresión delató la incomodidad del tema.

—Tuvo que viajar a Bilbao por negocios. Quiere comprar barcos mercantes que desde la independencia de la isla han quedado inservibles para los españoles. Pero... prefiero no hablar de él, ¿te parece? Esta noche quiero pensar en otra cosa.

Cambié rápidamente de tema, preguntándole por los libros que le gustaban, los lugares que había visitado... Poco a poco, María comenzó a relajarse, y su risa, suave y auténtica, apareció por primera vez en la noche. Para mí, era como si estuviera redescubriendo a la muchacha curiosa y vivaz que recordaba del viaje en barco.

—Es curioso —dijo ella en un momento, mirándome fijamente—. No pensé que volvería a encontrarte después de aquel viaje. Y mucho menos aquí, en San Sebastián.

—El destino tiene sus maneras —respondí con una media sonrisa—. Aunque no sé si lo que me trajo aquí fue el destino o la desesperación. María inclinó la cabeza, intrigada.

—¿Desesperación?

Por un momento guardé silencio, pero finalmente decidí ser honesto.

—Dejé algo importante en Cuba. Algo que nunca podré recuperar. Desde entonces, he estado intentando llenar el vacío con cosas que no significan nada. —Le conté sin prisas mi desgracia, con todo detalle, como si vaciara mi corazón.

María asentía lentamente, como si entendiera perfectamente todo lo que quería decir.

—A veces pienso que la vida tiene una forma cruel de darnos lo que queremos, solo para arrebatárnoslo después.

El silencio que siguió estuvo cargado de emociones que ambos reconocimos, pero ninguno quiso nombrar. La atracción entre nosotros era palpable, un magnetismo que parecía conectarnos incluso en los momentos de pausa.

Cuando terminamos la cena, me levanté primero.

—Gracias por permitirme acompañarte, María. Ha sido la primera noche agradable que recuerdo en mucho tiempo.

—Gracias a ti, Ares. Y por favor, no me hables como si fuera una desconocida.

—Buenas noches, María.

Mientras salía del comedor, noté que algo había cambiado. María no era solo un reflejo de su propia melancolía; era una chispa, una posibilidad de resucitar...

Capítulo 56

Al salir, cambié mi plan de casino y preferí ir al paseo de la Concha. La noche era fresca y tranquila cuando salí del hotel. Caminaba despacio, siguiendo el contorno de la bahía iluminada por las farolas que se reflejaban en el agua como un collar de perlas. El sonido del mar acompañaba mis pasos, mezclándose con el murmullo lejano de la ciudad.

Me sorprendí al notar que alguien me tomaba del brazo. Fue solo un momento, hasta que vi que era María.

—Espero que no te moleste que te acompañe en tu paseo.

—Nada podía serme más agradable —contesté con una sonrisa.

Durante un rato caminamos en silencio, como si la conversación fuera innecesaria. Ambos suponíamos lo que el otro sentía, y esa comprensión tácita creó un ambiente de placer que no necesitaba palabras.

Entonces María me contó su historia. Al llegar a Puerto Rico, sus tíos la recibieron muy bien. Su vida transcurría feliz, visitando a sus nuevas amistades y dando clases de piano. Pero un día les visitó don Eulogio, un hombre rico amigo de su tío. Desde el primer momento quedó prendado de María. La diferencia de más de veinte años entre ambos y la reputación de vividor de Eulogio no fueron óbice para que se convirtiera en un habitual de la casa y, pasados tres meses, pidió su mano. Su tío no la obligó, pero sí le aconsejó que no dejara pasar la oportunidad. Y María aceptó y se casó con Eulogio cuando solo tenía diecisiete años.

Pronto pudo ver que Eulogio solo quería tener un trofeo más. Nunca hubo amor ni ternura. Y María, tras solo unos meses, comprendió su equivocación.

Yo la escuchaba con pena y con indignación hacia aquel ser despreciable que le había arrancado de cuajo su juventud y sus ilusiones. Anduvimos un largo rato en silencio. Yo no sabía qué decir y no quería añadir más dolor a su sufrimiento.

—Nunca debí casarme con él.

Su voz no sonaba dramática ni amarga. Peor aún, sonaba cansada. La miré sin responder. Ella sonrió levemente.

—No pongas esa cara. Los hombres ricos no suelen enamorarse. Solo adquieren costumbres caras.

Aquella frase encerraba demasiada tristeza para ser simplemente una broma.

—No recuerdo la última vez que me sentí en paz, ni siquiera por un momento —confesó María, rompiendo el silencio.

Asentí, mirando el horizonte oscuro.

—Lo entiendo. Yo tampoco. Es como si lleváramos una carga invisible que no nos dejara respirar.

Ella se detuvo y me miró a los ojos.

—A veces pienso que no hay salida, que estamos atrapados en vidas que no elegimos.

Sostuve su mirada, sintiendo un nudo en el pecho.

—Quizás no haya salida..., pero esta noche, al menos, no estamos solos.

María bajó la vista, pero una leve sonrisa asomó en sus labios. Luego, sin decir nada, retomó el paseo junto a mí. Nuestros pasos eran cada vez más sincronizados, como si encontráramos consuelo en la cercanía del otro.

Cuando regresamos al hotel, la atmósfera entre nosotros había cambiado. Era como si hubiéramos rescatado un trocito amable de nuestro pasado. La tensión que había surgido durante la cena se había transformado en algo más profundo, más íntimo. Al llegar al pasillo donde estaban nuestras habitaciones, me detuve frente a la puerta.

—María... —dije, con una voz que intentaba ocultar mi nerviosismo—, ¿te gustaría entrar?

Ella me miró durante unos segundos que me parecieron eternos. No había vacilación en sus ojos, solo una aceptación tranquila, casi resignada, de lo que ambos sabíamos que sucedería.

—Sí —respondió simplemente.

Dentro de la habitación, las palabras sobraban. El deseo que habíamos contenido durante toda la noche finalmente se desbordó. La tomé entre mis brazos y nuestros labios se encontraron en un beso lleno de urgencia, como si ambos buscáramos borrar con cada caricia las cicatrices aún sin curar.

La ropa cayó al suelo en desorden, dejando al descubierto dos cuerpos sorprendentemente jóvenes, sin marcas del tiempo ni la melancolía. En la penumbra del cuarto, iluminado solo por la luz tenue que entraba desde la calle, hicimos el amor con una intensidad que era más que física. Era una búsqueda desesperada de alivio, de consuelo, de algo que llenara el vacío que cada uno llevaba dentro. Y aun así no fue una noche salvaje, ni romántica, ni luminosa, sino algo mucho más humano: dos heridas reconociéndose en silencio.

Después, quedamos tendidos en la cama, enredados entre las sábanas, disfrutando del contacto y del calor tenue de nuestros cuerpos. Ninguno de los dos dijo nada. No hacía falta. La unión que habíamos compartido hablaba por sí sola.

María giró la cabeza para mirarme.

—Gracias —murmuró, con una voz casi inaudible.

Acaricié su rostro y noté cómo la tensión comenzaba a abandonar sus facciones.

—No me des las gracias —respondí, casi en un susurro—. Solo quédate.

Esa noche, por primera vez en mucho tiempo, ambos logramos dormir, no porque hubiéramos encontrado la felicidad, sino porque al menos, por unas horas, habíamos dejado de sentirnos tan solos.

La mañana llegó lentamente, con la luz del sol colándose a través de las cortinas de la habitación. María fue la primera en despertar, pero permaneció inmóvil, mirando mi rostro mientras dormía. En la tranquilidad de mi expresión, vio algo que la conmovió: un hombre cansado, marcado por su pasado, pero también alguien capaz de una intensidad que ella no había conocido.

Pero mientras más me observaba, más se sentía invadida por una mezcla de emociones contradictorias. Por un lado, estaba el alivio de haber compartido algo auténtico, algo que rompía con la monotonía asfixiante de su vida. Por otro, estaba el peso del remordimiento, la conciencia de que aquel instante robado no cambiaría las circunstancias que nos rodeaban.

Desperté poco después. Cuando abrí los ojos, la encontré mirándome. Me dedicó una sonrisa ligera, cargada de una calidez que me inundaba.

—Buenos días —murmuré, con voz ronca por el sueño.

—Buenos días —respondió María, intentando mantener su tono jovial.

Hubo un momento de silencio antes de preguntarle:

—¿Estás bien?

María desvió la mirada, buscando las palabras adecuadas.

—No lo sé. Esto... Esto fue hermoso, Ares. Pero al mismo tiempo...

Entendí perfectamente a lo que se refería.

—No tiene que significar nada más de lo que fue, María. Ninguno de los dos está buscando promesas vacías.

Ella volvió a mirarme, agradeciendo mi sinceridad.

—Lo sé. Pero eso no lo hace más fácil.

Me incorporé, apoyándome en el cabecero mientras la observaba con una expresión pensativa.

—Quizás no se trata de que sea fácil, sino de que podamos encontrar algún tipo de paz, aunque sea por un momento.

María sonrió débilmente, pero sus ojos traicionaban una tristeza que no podía ocultar.

—Y luego volvemos a nuestras vidas, como si nada hubiera pasado.

Extendí mi mano y la coloqué sobre la de ella, un tacto firme, reconfortante.

—No puedo prometerte nada, María. Pero si alguna vez necesitas escapar, estaré aquí.

Ella sostuvo mi mirada durante unos segundos antes de asentir.

—Gracias, Ares. Eso significa, para mí, más de lo que crees. Podría irme contigo.

Aquella frase me dejó inmóvil. La miré lentamente e inmediatamente comprendí algo terrible: yo no podía salvarla, porque ni siquiera podía salvarme a mí mismo.

Negué muy despacio con la cabeza. María sostuvo mi mirada unos segundos. Y entonces sonrió con la serenidad triste de alguien que ya conocía la respuesta antes de formular la pregunta.

—Lo sé —susurró.

El mar lamía la playa unos metros más abajo.

Algunas personas llegan a nuestras vidas no para quedarse..., sino para recordarnos cuánto daño seguimos llevando dentro.

Capítulo 57

El resto del día transcurrió en una extraña calma. Nos separamos tras el desayuno. Cada uno volvió a sus respectivas rutinas, pero con un peso nuevo que cargaba junto a su melancolía habitual. Para mí, el recuerdo de María era como un faro en la oscuridad, algo que me daba un propósito, aunque no supiera exactamente cuál. Para María, nuestro encuentro había sido un recordatorio de lo que había perdido y, al mismo tiempo, de lo que todavía podía sentir.

Pero la vida no se detiene. Dos días después, Eulogio regresó, y con él, la barrera invisible que volvía a separar nuestros mundos. Sin embargo, ambos sabíamos que lo que habíamos compartido esa noche no desaparecería. Era un secreto que guardaríamos no solo el uno del otro, sino también de nosotros mismos, como una grieta en nuestras corazas que nos recordaba que, a pesar de todo, seguíamos siendo capaces de tener ilusiones.

Capítulo 58

Volver a la soledad tras la partida de María fue como caer de nuevo en mi pozo sin fondo. Había jurado no regresar a mis viejos hábitos, pero el vacío que tenía en mi vida era demasiado grande para llenarlo con algo. Me encontraba perdido, desorientado, como si cada paso que daba fuera en dirección contraria a donde realmente quería estar.

Al principio intenté mantenerme ocupado. Salía a pasear por las mañanas, empecé a leer esos libros que María me había dicho que me harían bien, pero nada funcionaba. Las noches eran las peores. El silencio se volvía ensordecedor y mi mente no paraba de torturarme con recuerdos mezclados de ella y de Adelita.

Una noche, después de varios días sin apenas dormir, me encontré frente al espejo del baño. Mis ojos estaban hundidos y mi rostro reflejaba a un hombre que no reconocía. Fue entonces cuando la idea comenzó a rondar mi cabeza: «Una copa no me hará daño. Solo una para calmar esta ansiedad».

Esa copa se convirtió en dos, luego en tres, y antes de darme cuenta estaba de pie frente a las puertas del casino. Las luces brillantes y los sonidos de las máquinas tragamonedas me dieron una bienvenida cálida, como si fueran viejos amigos esperando mi regreso. En el fondo sabía que no debía estar allí, pero era más fácil rendirme a la tentación que enfrentar el dolor que llevaba dentro.

Esa primera noche perdí una pequeña fortuna. Esta vez, de alguna manera, el cosquilleo de la apuesta y el ardor del alcohol me hicieron sentir vivo. Era una sensación momentánea, lo sabía, pero era mejor que la nada. Así que volví, noche tras noche, apostando una y otra vez, intentando llenar el vacío con cartas, fichas y bebidas exóticas.

La culpa siempre venía después, cuando me encontraba tambaleándome hacia mi habitación, al amanecer. Me juraba que esa sería la última vez, que nunca más volvería, pero no podía detenerme. Era como si cada vez que intentaba escapar, algo me empujara de vuelta a ese lugar.

María... No había manera de que ella volviera a mi vida si supiera lo bajo que había caído. Igualmente, en el fondo, una parte de mí todavía la esperaba; todavía quería creer que había una salida de este nuevo infierno en el que yo mismo me había metido.

Cada día era una lucha entre el deseo de cambiar y la fuerza de mis demonios. Y así seguía, atrapado en un ciclo que no sabía cómo romper.

Una noche, Albertito me acompañó al casino. No jugaba, solo estaba detrás de mí, como para cuidarme. Aposté veinte pesetas al dieciséis, y salió el dieciséis. Yo estaba ya borracho y no me di cuenta de que el *croupier* se llevaba mis dos fichas, pero Albertito señaló con firmeza: «Aquí hay un pleno». El *croupier* entonces reaccionó y puso fichas por setecientas pesetas en mi apuesta. Después, Albertito cobró las ganancias y me acompañó a mi habitación y me acostó. Cuando desperté, al día siguiente, allí estaba. Había dormido en un sillón. Pidió desayuno para dos y mientras lo tomábamos en la terraza de la habitación, cara a la Concha, comprendí lo absurdo de mi comportamiento y le dije:

—Mañana prepáralo todo. Iremos a Cegama.

Albertito asintió en silencio, sin emitir juicio alguno, pero en su mirada había una mezcla de alivio y determinación. Sabía que aquella decisión significaba algo más que un simple cambio de destino; era un intento de empezar de nuevo, de dejar atrás noches como la anterior y los demonios que me perseguían.

Pasamos el día en San Sebastián como si el futuro estuviera en pausa. Caminamos por la playa de la Concha, donde la brisa del mar parecía aliviar mi cabeza pesada y mi corazón inquieto. Albertito apenas hablaba, pero su presencia constante y tranquila me daba una extraña sensación de seguridad. Él siempre había estado ahí, sosteniéndome cuando tambaleaba, como la noche anterior.

Al anochecer, regresamos al hotel. Mientras el joven organizaba nuestras cosas para el viaje, me asomé nuevamente a la terraza. Las luces de la ciudad brillaban en el reflejo oscuro del agua, y me pregunté cuánto tiempo más podría soportar este ritmo de excesos y huidas.

«Mañana —me dije— todo cambiará». Pero ¿era verdad? ¿O era solo otra promesa vacía que me hacía a mí mismo?

CUARTA PARTE

1903 – 1923

Capítulo 59

Por la mañana, partimos temprano. Albertito había preparado el coche con precisión militar, como siempre lo hacía. Salimos de San Sebastián mientras el sol se levantaba, tímido, entre las montañas. El camino hacia Cegama era serpenteante, rodeado de verdes colinas y un aire fresco que limpiaba los pulmones. Era un paisaje que invitaba al sosiego, a la introspección.

Cada curva del camino parecía despertar mis recuerdos. Los olores, las voces, la lluvia golpeando el molino, el sonido de los arroyos... y la sensación olvidada de haber pertenecido completamente a un lugar.

Durante el trayecto, Albertito rompió su silencio.

—Don Ares —comenzó, llamándose como solía hacerlo cuando quería hablar en serio—, usted tiene suerte de estar vivo, ¿sabe? He visto a muchos perderlo todo en las mesas, pero usted... Usted todavía tiene algo que salvar.

No respondí de inmediato. Sus palabras me golpearon con más fuerza de la que esperaba. Me quedé mirando la carretera, preguntándome si realmente tenía algo que salvar. Albertito tenía razón, claro. Pero reconocerlo no me era fácil.

Llegamos a Cegama al mediodía y durante unos segundos sentí miedo, el miedo de enfrentarme finalmente al muchacho que había abandonado aquel valle soñando con conquistar el mundo.

El pueblo apenas había cambiado. Las mismas calles estrechas, la misma humedad pegada a las piedras, las mismas montañas cerrando el horizonte; incluso algunas personas parecían haberse detenido dentro del tiempo. Pero yo no. Yo regresaba convertido en alguien completamente distinto. Y eso hacía que todo resultara extrañamente irreal.

El aire puro de aquel pequeño pueblo me pareció un bálsamo. Allí, entre montañas, en un silencio casi absoluto, sentí por primera vez en mucho tiempo algo parecido a la paz.

Le dije a Albertito:

—Tienes razón. Es hora de empezar de nuevo.

Él me miró con una leve sonrisa. No dijo nada, pero su aprobación estaba clara. Sabía que este viaje a Cegama era más que una salida; era un intento desesperado por encontrarme a mí mismo.

Capítulo 60

El reencuentro con mi amá y mis hermanos en Cegama fue algo que no había planeado del todo. Sabía que estaban allí, claro, pero no tenía claro cómo sería recibido después de tantos años. Mi relación con ellos había sido siempre un vaivén de reproches y ausencias. Sin embargo, algo me decía que este viaje debía incluirlos.

Al llegar a la vieja casona familiar, frente a la iglesia, sentí una mezcla de nostalgia y nerviosismo. La fachada de piedra seguía igual, aunque los años habían dejado sus marcas: la pintura descascarada, las tejas algo vencidas, el jardín más descuidado de lo que recordaba. Pero cuando crucé el umbral, los olores de siempre me dieron un golpe directo al corazón: el aroma del guiso de mi amá, el de la madera vieja, el de la leña ardiendo en la chimenea.

Mi amá apareció en la puerta de la cocina. Su cabello, ahora completamente blanco, estaba recogido en un moño apurado, y llevaba un delantal manchado de harina. Por un instante, pareció que no me reconocía, pero cuando nuestros ojos se encontraron, su expresión cambió. Su rostro, curtido por los años y el trabajo, se iluminó con una mezcla de sorpresa y emoción.

Durante unos segundos ninguno de los dos se movió. Y entonces ella comenzó a llorar con ese llanto silencioso y contenido de las mujeres que han esperado demasiado tiempo.

Corrí hacia ella y cuando la abracé sentí algo que no experimentaba desde hacía años. Hogar. Verdadero hogar.

—¡Ares! —exclamó con una voz temblorosa antes de abrazarme con fuerza.

Ese abrazo me desarmó por completo. Era el tipo de cariño que hacía años no sentía, un calor que ninguna copa de licor ni ninguna victoria en el casino podían igualar. La fragilidad de sus brazos no ocultaba la intensidad de su amor. Sentí un nudo en la garganta, pero me las arreglé para no quebrarme. No aún.

Mis hermanos, Jacinto y Damian, llegaron poco después, atraídos por el alboroto. Sus reacciones fueron más contenidas, pero no menos significativas. Jacinto, el mayor, me estrechó la mano con fuerza, como si quisiera transmitirme algo más que palabras. Damián, más joven y más reservado, me dio una palmada en la espalda, aunque sus ojos no podían ocultar la sorpresa.

El reencuentro con mi familia en Cegama fue mucho más intenso de lo que imaginé. Habían pasado años desde la última vez que nos habíamos visto, y no estaba seguro de cómo me recibirían, pero de pronto todo fue natural.

La mesa del comedor se llenó de platos y copas. Mi amá, a pesar de sus protestas de que no tenía nada preparado, improvisó un festín con lo que tenía a mano. Mientras comíamos, todos me miraban con curiosidad, como si intentaran descifrar en qué me había convertido.

Al preguntar por mi *aita*, me dijeron con tristeza que había fallecido unos meses atrás.

—Te escribimos, pero nos devolvieron la carta. Tú ya habías salido de Cuba.

Cuando pasó el momento, mencioné mi buena fortuna. Noté que todos intercambiaban una mirada rápida, casi imperceptible.

—Vaya, Ares, parece que no te ha ido tan mal —dijo Jacinto, con un tono en el que se mezclaban la envidia y una admiración contenida.

Damián, más directo, añadió:

—¿Y qué piensas hacer con tanta fortuna?

La pregunta me tomó por sorpresa. Era cierto que había conseguido una fortuna importante, pero no me había detenido a pensar en su verdadero propósito. Esa noche, en aquella mesa, entendí que el dinero no significaba tanto como creía. Lo que valía la pena era sentirme rodeado de ellos, de ese cariño que había echado de menos durante años.

—No lo sé aún —admití, mirando a mi amá, cuyos ojos estaban vidriosos—, pero algo me dice que lo que importa no se compra con dinero.

Me contaron que Jacinto se había hecho cargo del molino, que el negocio no era boyante, no le iba mal; y que Damián se había casado con la hija de nuestro vecino y ahora disfrutaba de una posición acomodada.

—¿Dónde está Prisca?

—Luego vendrá.

No dieron más explicaciones. El silencio que siguió fue incómodo. Algo había pasado a mi hermana que preferían no contar.

Volvimos a contarnos nuestras experiencias de tanto tiempo. Allí, frente a ellos, sentí, por primera vez en mucho tiempo, que estaba exactamente donde debía estar.

Hablamos de muchas cosas: de los años que habían pasado, de los cambios en el pueblo, de sus vidas. Intentaron no preguntar directamente por mí, pero el tema salió inevitablemente cuando mencioné mi buena fortuna y algo cambió en el ambiente. Jacinto levantó una ceja y sonrió apenas.

—Parece que tienes buena estrella, ¿eh? —dijo con un tono que mezclaba la broma y la incredulidad.

Damián insistió:

—¿Y qué piensas hacer ahora? ¿Volverás a tu vida de siempre o es este el final del camino?

Me quedé callado un momento, sintiendo el peso de la pregunta. Sabía que lo que ellos querían no era una respuesta superficial, sino una señal de que algo en mí había cambiado. Miré a mi amá, que había permanecido en silencio durante toda la conversación, solo observándome con esos ojos llenos de un amor que nunca dejó de ser.

—No lo sé aún —repetí finalmente, con una sinceridad que me sorprendió—, pero creo que estoy aquí para averiguarlo.

Mi amá me tomó la mano, y su tacto me recordó lo que había perdido por mi deseo de ver mundo. En su mirada no había reproches, solo cariño.

Esa noche, mientras el fuego de la chimenea iluminaba la sala, entendí que muchas de las preguntas que me había hecho habían encontrado la respuesta en aquella mesa. Había redescubierto algo que creía perdido: que la calidez de mi familia podía ser mi refugio.

Capítulo 61

Después de unos días, mi amá me contó algo que me dejó sin palabras. Prisca, mi hermana, había quedado embarazada hacía algunos años. Para evitar la vergüenza que eso supondría en nuestro pequeño pueblo, decidió mudarse a Beasain. Allí vivía con su hija, que ahora tenía ya dos años.

Al principio, no supe cómo procesar la noticia. Prisca siempre había sido reservada, pero jamás imaginé que ocultara algo tan importante. Una parte de mí se sintió herido por no haber sabido nada, pero otra parte comprendía que debía ser difícil para ella cargar con ese secreto.

Decidí ir a verla. El viaje a Beasain fue largo, y mi mente no dejó de dar vueltas a lo que le diría. ¿Estaría molesta conmigo por aparecer de improviso? ¿Me culparía por no haber estado ahí para ella?

Cuando llegué, toqué a su puerta con cierta timidez. Al abrir, Prisca me miró con una mezcla de sorpresa y nerviosismo.

—¿Tú? —dijo, su voz temblando ligeramente.

—Soy yo, Prisca. Tenía que verte.

Me invitó a pasar. La tensión en el aire era palpable.

Su hogar era modesto pero cálido, con juguetes esparcidos por el suelo y una pequeña mesa llena de dibujos infantiles. Al instante, supe que su hija era el centro de su mundo.

Nos sentamos en la mesa de la cocina y, después de un silencio incómodo, Prisca habló:

—¿Cómo te enteraste?

—La amá me lo contó. —Intenté que mi tono sonara comprensivo, aunque mi curiosidad me traicionaba—. ¿Por qué nunca dijiste nada?

Suspiró profundamente, como si hubiera esperado esa pregunta durante años.

—Porque no sabía cómo. Todo pasó tan rápido... y tan mal. No quería que me juzgaran, ni a mí ni a mi hija. Aquí en Beasain nadie me conoce, nadie sabe mi historia. Es más fácil así.

Vi la tristeza en sus ojos, pero también una fortaleza que no había notado antes.

—¿Y el *aita*? —pregunté con cautela.

Ella bajó la mirada.

—No está. Nunca estuvo realmente. Pero no importa. Tengo a mi hija y eso me basta.

En ese momento, una niña pequeña apareció corriendo desde la otra habitación, con una sonrisa que iluminaba toda la estancia. Prisca la tomó en brazos y me la presentó:

—Ella es Amaia.

La niña me miró con curiosidad, y de repente, toda mi preocupación pareció disiparse. Extendí una mano para saludarla, y ella, tímida al principio, terminó tirándose en mis brazos.

—Es preciosa, Prisca —dije con sinceridad.

Mi hermana me miró y, por primera vez desde que yo había llegado, sonrió de verdad.

Pasamos un rato hablando mientras Amaia jugaba a nuestro lado construyendo torres con unos bloques de colores. La tristeza en los ojos de Prisca comenzó a suavizarse, pero aún percibía su resistencia, una barrera invisible que la protegía de todo lo que había dejado atrás.

Finalmente, tomé aire y me decidí.

—Prisca, tienes que volver a casa.

Ella dejó la taza de té que sostenía en la mesa y me miró con incredulidad.

—¿Qué dices? Eso no es una opción. No podría soportar las miradas, los cuchicheos... No quiero que Amaia crezca rodeada de eso.

—Escúchame. —Mi voz salió más firme de lo que esperaba, incluso yo mismo me sorprendí—. No puedes esconderte para siempre. No tienes por qué hacerlo. Eres fuerte, Prisca. Lo has sido todo este tiempo,

criando sola a Amaia y construyendo tu vida aquí, pero no tienes que seguir enfrentándolo sola.

Ella negó con la cabeza, mordiéndose el labio como solía hacer cuando estaba nerviosa.

—No lo entiendes... En Cegama nadie perdona, nadie olvida.

—¿Y qué? —respondí, inclinándome hacia ella—. No necesitas su olvido, y mucho menos su perdón. Tú no has hecho nada malo, Prisca. Amaia no es una vergüenza; es una bendición. Si alguien no puede ver eso, es su problema, no el tuyo.

Ella parpadeó rápidamente, como si mis palabras hubieran tocado algo profundo en su interior.

—No quiero que le hagan daño... —susurró, acariciando el cabello de Amaia mientras jugaba, ajena a nuestra conversación.

—No lo harán, porque estaremos contigo todos los que te queremos. —Me incliné más, buscando su mirada—. Prisca, no tienes que volver con la cabeza baja. Vuelve con la frente en alto, porque no tienes nada de qué avergonzarte.

Por un momento, el silencio llenó la habitación. Prisca miró a Amaia, luego a mí, y de nuevo a Amaia. Sus ojos brillaban con lágrimas que no dejó caer.

—¿De verdad crees que puedo hacerlo? —preguntó, su voz apenas un susurro.

—No tengo ninguna duda —respondí con una sonrisa.

Pasaron unos minutos antes de que dijera:

—Tal vez...

En ese momento, Amaia levantó la vista de sus bloques y preguntó, con la inocencia de una niña pequeña:

—¿Adónde vamos, mamá?

Prisca la tomó en brazos y, por primera vez, la vi reírse de verdad, con una ligereza que hacía tiempo no veía en ella.

—A ningún sitio, cariño.

Capítulo 62

El día que regresamos a Cegama fue memorable. Prisca, con Amaia en brazos, subió conmigo a mi espléndido carruaje. Había insistido en que viajáramos cómodamente, no solo por ellas, sino también porque quería que el regreso fuera una declaración. No éramos dos personas escondiéndose; éramos dos almas enfrentando al mundo con dignidad.

Durante el trayecto, Prisca apenas hablaba, pero poco a poco su postura se fue relajando. Observaba el paisaje desde la ventana, quizás recordando los días de su infancia en el pueblo, mientras Amaia jugaba con las cintas de su vestido.

—Te acostumbrarás, ya verás —le dije, rompiendo el silencio.

Ella asintió, aunque su mirada seguía llena de incertidumbre.

—No sé cómo me recibirán...

—Eso no importa, Prisca. Lo que importa es que estás aquí, que no tienes nada que esconder. El resto es ruido.

Al llegar a casa, la amá salió a recibirnos con los brazos abiertos. Era como si todo el peso del pasado se desvaneciera en ese abrazo entre las dos. Amaia, tímida al principio, pronto se soltó y empezó a explorar el jardín, fascinada con las flores y los pájaros.

Decidí que no solo las traería de vuelta, sino que también me aseguraría de que vivieran con comodidad y sin preocupaciones. Les asigné una suma mensual suficiente para que no tuvieran que preocuparse por nada, al menos en términos materiales.

—Esto no es un regalo, Prisca —le dije cuando me miró con recelo al explicarle mi plan—. Es lo que mereces. Es lo que necesitas para empezar de nuevo.

Al principio, parecía reacia a aceptar, pero con el tiempo, comenzó a verlo como una oportunidad, no como una caridad. La amá, siempre práctica, se aseguró de integrarla rápidamente en la vida del hogar. Entre ambas se encargaban de Amaia, de la casa, y de pequeños proyectos que inventaban para mantenerla ocupada.

Lo que más me alegraba era ver cómo Prisca recuperaba poco a poco su confianza. Los paseos por el pueblo, que al principio hacía con pasos apresurados y la mirada baja, se transformaron en caminatas tranquilas, con Amaia saltando a su lado. Comenzó a hablar con algunos vecinos, a retomar amistades que creía perdidas.

Un día, mientras regresaba del mercado, me encontré con ella en la plaza. Amaia corría tras unas palomas, riendo a carcajadas. Prisca, de pie bajo la sombra de un árbol, la observaba con una sonrisa serena.

—Te veo bien —le dije al acercarme.

Ella me miró, y por primera vez, vi en sus ojos algo que no había visto desde que llegó: paz.

—Gracias por no dejarme quedar en Beasain —respondió. En su voz no había rastro de duda.

Capítulo 63

Me instalé en la gran casa haciendo un despacho de una amplia habitación. Era un espacio sencillo y elegante, con estantes llenos de libros y papeles perfectamente ordenados. Desde allí, atendía mis asuntos y administraba las finanzas, en especial mis inversiones en Bilbao, que marchaban viento en popa.

Una tarde, mientras revisaba unos documentos junto a la ventana que daba al jardín, alguien llamó a la puerta. Al abrir, me encontré con Iñaki, un viejo conocido del pueblo. No lo había visto en años. Vestía con sencillez, pero en su rostro se notaba el peso del tiempo y de algo más: una inquietud que no podía ocultar.

—¿Puedo pasar? —preguntó con voz tensa.

Le hice un gesto para que entrara y le ofrecí asiento. Noté que se retorció las manos, como si estuviera reuniendo el valor para hablar. Finalmente, tras un profundo suspiro, soltó lo que llevaba dentro:

—Vengo a hablarte de Amaia.

El nombre de mi sobrina me hizo tensarme de inmediato. Lo miré fijamente, esperando que continuara.

—Soy su *aita* —dijo, casi en un susurro.

Las palabras flotaron en el aire, pesadas, y me tomó unos segundos procesarlas.

—¿Tú? —pregunté con incredulidad.

Asintió mirando al suelo.

—Prisca y yo... estábamos juntos antes de que ella se fuera. Cuando supe que estaba embarazada, le propuse casarnos, pero... —hizo una pausa, como si le costara decir lo siguiente— fue ella quien no quiso.

—¿No quiso? —repetí, confundido.

—Sí. Pensó que lo hacía por lástima, por obligación, y no porque la quisiera de verdad. Intenté convencerla de que no era así, pero no quiso escucharme. Poco después, se marchó sin decirme nada más. A pesar de mi insistencia, tu amá nunca me dijo dónde se había ido.

Le observé detenidamente, tratando de descifrar si decía la verdad. Había algo en su tono, en su mirada, que no me permitía dudar de sus palabras.

—¿Por qué vienes ahora? —pregunté.

—Porque ahora ha vuelto y yo no puedo seguir viviendo con esto dentro. Después de que ella se fue, me mudé a Lezo, conseguí trabajo en una papelería y traté de seguir adelante, pero nunca dejé de pensar en ella ni en mi hija. Y ahora que sé que han vuelto, quiero hacer lo correcto. Quiero ser parte de la vida de Amaia.

El peso de lo que decía era enorme. No sabía cómo reaccionaría Prisca al enterarse de esta visita, pero algo en mí me decía que debía darle una oportunidad.

—Esto no será fácil —dije al fin. Mi tono era firme pero no hostil—. Prisca ha pasado por mucho, y su prioridad siempre ha sido proteger a Amaia. Si realmente quieres ser parte de sus vidas, tendrás que demostrarlo, no con palabras sino con hechos.

Iñaki asintió con la expresión de alguien que estaba dispuesto a enfrentar cualquier desafío.

—Lo haré —dijo con determinación.

Mientras lo acompañaba hasta la puerta, sentí que aquel encuentro sería el comienzo de algo importante, algo que quizás cambiaría sus vidas para siempre.

Pocos días después de la visita de Iñaki, decidí que lo mejor era acompañar a Prisca a Lezo. Ella dudó al principio, insegura y temerosa de lo que podría pasar, pero logré convencerla. Le expliqué que no podíamos seguir viviendo entre dudas y silencios, que era hora de enfrentar el pasado para poder avanzar.

El viaje fue tenso. Prisca apenas dijo una palabra durante el trayecto, y su mirada permanecía fija en el paisaje, como si estuviera preparando su corazón para lo que estaba por venir. Al llegar a Lezo, el sonido de la fábrica papelería llenaba el aire, y el pequeño pueblo parecía envuelto en un perpetuo ajetreo.

Iñaki nos esperaba fuera de su casa, con las manos en los bolsillos y una expresión seria. Cuando vio a Prisca, su rostro cambió: los nervios se mezclaron con una calidez que no podía ocultar. Nos invitó a pasar, y una vez dentro, comenzó a hablar con franqueza.

—Prisca, he esperado este momento desde que te fuiste —dijo mirándola directamente a los ojos—. Nunca dejé de quererte y nunca dejé de pensar en nuestra hija. Sé que cometí errores, pero lo único que quiero es estar contigo y con Amaia, como una familia.

Prisca se quedó en silencio, cruzando los brazos como si quisiera protegerse. Su mirada estaba llena de emociones encontradas: nostalgia, miedo, esperanza.

—No quise casarme porque pensaba que lo hacías por piedad —dijo finalmente, su voz temblorosa—. No podía soportar la idea de que te ataras a mí solo por obligación.

Iñaki dio un paso hacia ella, decidido.

—No es por obligación, Prisca. Nunca lo fue. Te quiero, siempre te he querido, y lo único que deseo es pasar mi vida contigo y con nuestra hija. Por favor, dame la oportunidad de demostrarlo.

El silencio que siguió fue abrumador, roto solo por el sonido de una máquina a lo lejos.

—Prisca, me han hecho encargado y podré daros una vida desahogada —insistió Iñaki.

Prisca bajó la mirada, y yo pude ver que sus defensas comenzaban a derrumbarse. Finalmente, dejó escapar un suspiro profundo y asintió, con lágrimas en los ojos.

—Está bien, Iñaki. Lo intentaremos.

Capítulo 64

Unas semanas después, la iglesia parroquial de Cegama se llenó como nunca antes. Me aseguré de que la boda de Prisca fuera una celebración inolvidable. No escatimé en detalles: las flores más hermosas adornaban el altar, la música del órgano llenaba el espacio con una calidez especial y cada invitado fue tratado como si fuera parte de nuestra familia.

El pueblo entero acudió al festejo, no solo por curiosidad, sino porque Prisca había logrado recuperar su lugar en sus corazones. Mientras la veía caminar hacia el altar, con Amaia sosteniendo el pequeño ramo de flores a su lado, supe que todo lo que había pasado, todo el dolor y la incertidumbre, había valido la pena. Prisca volvía a sonreír, y era una sonrisa llena de vida, como si finalmente hubiera soltado el peso del pasado.

Cuando los recién casados salieron de la iglesia, una lluvia de pétalos de flores los cubrió, y las risas y los vítores del pueblo resonaron en el aire. Prisca e Iñaki se miraban como si fueran los únicos en el mundo, y Amaia, tomada de sus manos, no dejaba de reír.

Aquella noche, mientras el baile y las risas llenaban el patio de la casa, observé a Prisca desde lejos. Por primera vez en años, parecía completamente feliz. Había recuperado no solo su sonrisa, sino también su lugar en el mundo.

Y yo, por mi parte, me sentí en paz, sabiendo que había cumplido mi promesa de traerla de vuelta con la cabeza en alto y con un futuro lleno de esperanza.

Capítulo 65

En la lejana Cuba, desde muy joven, Onofre sentía que la pequeña hacienda en la que estaban trabajando sus padres se le quedaba pequeña. Deseaba ver mundo. La escuela le había abierto los ojos.

—Quiero viajar, madre —le dijo a Makena—; quiero conocer otras cosas, otros mundos.

Todos intentaron convencerle de que esperara un poco, pero no fue posible.

Tenía poco más de dieciséis años cuando, un día, decidió salir de su casa para conocer mundo. Su madre le dijo que conocía bien al antiguo propietario de la hacienda grande, que ahora estaba en España; que no sería fácil de localizar, pero si lo conseguía, ella estaba segura de que él le ayudaría. Le entregó una carta que yo le había remitido desde San Sebastián; yo siempre había sido bueno con ella. Y así fue como Onofre salió de la pequeña hacienda: con un hatillo y muchas ganas de volar.

Quiero creer que Makena nunca me olvidó, pero llegó a querer profundamente a su compañero, Jerónimo. Ambos sintieron un gran dolor con la salida de Onofre, que había sido su hijo mayor. Se consolaron porque, cuando Onofre se fue, tenían otros dos hijos que llenaban sus vidas.

Con los deseos de todos por que le fuera bien en su gran aventura, Onofre embarcó para España dos meses después, el 15 de junio de 1914.

Capítulo 66

Decidí quedarme en Cegama. Dije a Albertito que guareciera el carruaje y me paseaba a caballo por el pueblo y sus alrededores sin rumbo fijo. Llegué al molino casi por casualidad, como quien sigue el sonido del agua porque no tiene un destino concreto. Era temprano; el sol apenas asomaba entre las montañas que rodean el lugar. El viejo molino seguía girando con la corriente del río, incansable, como lo había hecho durante generaciones. Me quedé allí, observando el agua deslizarse bajo la rueda, hipnotizado por la fuerza constante y rítmica del movimiento.

De repente, me vino a la mente algo que había visto en Estados Unidos. Durante mis meses allá, vi como aprovechaban la fuerza de los ríos para generar electricidad instalando pequeñas turbinas en lugares como este. Me quedé pensando: «¿Por qué no hacer lo mismo aquí? Este río tiene fuerza de sobra, no solo para mover la rueda del molino, sino para darle electricidad a todo el pueblo». Había también un torrente que caía cerca del molino y que pensé podría ser canalizado para aumentar el flujo de agua.

La idea me encendió por dentro. Cegama es un lugar precioso, pero yo lo veía como si estuviera atrapado en el tiempo. La gente todavía dependía de velas y lámparas de queroseno cuando caía la noche. ¿Y si pudiera cambiar eso? ¿Y si el molino pudiera ser más que un lugar para triturar trigo?

Al día siguiente, fui a la biblioteca de San Sebastián. No esperaba encontrar mucho, pero entre los estantes polvorientos descubrí un par de libros viejos de ingeniería. Me senté en una mesa junto a la ventana y empecé a hojearlos. Las páginas hablaban de turbinas, de generadores, de energía limpia. Con un cuaderno en mano, comencé a garabatear ideas, esbozando cómo podría instalar una turbina sin dañar el molino.

La emoción me recorrió como un torrente. ¿Funcionaría? No lo sabía, pero algo me decía que valía la pena intentarlo.

Llegué al molino con la idea revoloteando en mi cabeza, como si el sonido del agua que movía la rueda me hubiera susurrado algo. Jacinto estaba allí, como siempre, ajustando algo en la rueda, con la camisa remangada y las manos cubiertas de polvo de trigo.

—¿Ya has terminado de pasear por el pueblo, soñador? —me dijo sin levantar la vista.

—Todavía no, pero vine porque se me ocurrió algo —le respondí.

Jacinto se detuvo y me miró de reojo.

—Nos conocemos demasiado bien; cuando tengo una idea en la cabeza, no paro hasta que alguien me escucha.

—A ver, ¿qué locura traes ahora? —dijo, limpiándose las manos en un trapo.

Le señalé la rueda del molino, que perseveraba girando gracias a la fuerza del río.

—¿Te has dado cuenta de que el agua mueve todo esto con una fuerza increíble? —le pregunté.

—Claro que me doy cuenta. Es lo que lleva haciendo desde antes de que el *aita* nos enseñara cómo funciona. ¿A dónde quieres llegar?

Sonreí. Sabía que esto iba a ser complicado.

—En Estados Unidos vi algo parecido. Usan la fuerza del agua para mover turbinas y generar electricidad. Aquí podríamos hacer lo mismo: instalar una turbina pequeña que dé luz a todo el pueblo.

Jacinto me miró fijamente, como si tratara de leer en mi cara si hablaba en serio o si estaba bromeando.

—¿Y el molino? —preguntó al fin.

—El molino seguirá funcionando igual. No, mucho mejor. Haremos que la rueda se mueva por electricidad. Podrás moler el grano cuando tú desees, sin más que apretar un interruptor. Imagínate, Jacinto: electricidad en todas las casas. La gente podría trabajar de noche, los niños estudiar sin velas, y tú podrías moler más trigo porque tendrías mucha más potencia.

Se quedó en silencio un buen rato, mirando la rueda girar. Por un momento pensé que iba a decirme que estaba loco.

—Bueno, siempre fuiste el ingenioso de la familia —dijo al fin, con una media sonrisa—. Si puedes demostrarme que esto no va a destruir el molino, podemos intentarlo. Pero quiero verlo en papel.

Eso era todo lo que necesitaba. Me pasé las noches siguientes dibujando planos, revisando cálculos y buscando información en los libros y revistas de ingeniería de la biblioteca. Jacinto no decía mucho, pero sabía que estaba tan interesado como yo.

Cuando llegó el día de presentar el proyecto al pueblo, Jacinto estuvo a mi lado. Fue su presencia la que hizo que los demás me tomaran en serio. «Si Jacinto lo apoya, algo de sentido tendrá», oí murmurar a algunos vecinos.

Me dieron su aprobación y entonces empezó una nueva aventura. Tenía que ir a Alemania para comprar la turbina.

Capítulo 67

Unos días antes de mi partida, me encontré con don Antonio, mi antiguo maestro. Era una tarde de otoño, cuando el sol teñía de dorado las calles de nuestra ciudad. Hacía años que no lo veía, pero su porte barrigudo y su mirada llena de sabiduría seguían intactos. Me recibió con una sonrisa cálida y, tras un breve intercambio de recuerdos, le hablé de Albertito.

Le conté cosas sobre el joven, su inteligencia y mi deseo de que ingresara en la universidad. Sin embargo, también le expresé mis preocupaciones: necesitaba orientación, disciplina y alguien que le transmitiera el amor por el conocimiento. Mientras hablábamos, una idea comenzó a tomar forma en mi mente. ¿Quién mejor que don Antonio para guiar a Albertito en ese camino?

Le propuse que lo preparara para entrar en la universidad. Con su paciencia y experiencia, don Antonio aceptó el encargo con entusiasmo. Era un reto de envergadura para un maestro retirado. Se comprometió a prepararlo para que pudiera estudiar en Salamanca.

Albertito aceptó el trato. Me dijo que echaría de menos mi compañía, pero entendía que lo que yo le proponía era por su bien.

Ambos partieron hacia Cáceres, donde don Antonio tenía una casa, y se comprometió a dedicarse en cuerpo y alma a sacar adelante a aquel muchacho al que desde el principio apreció.

La verdad es que se me partió el alma cuando los vi partir. Albertito había sido un excelente compañero en una etapa muy turbia de mi vida.

Desde su llegada a Cáceres, don Antonio, cada mañana, dedicaba su tiempo a enseñarle sobre grandes obras de literatura y filosofía, desarrollando su pensamiento crítico y su capacidad de análisis. Además, preparó sesiones de matemáticas y ciencias exactas, asegurándose de que Albertito dominara los conceptos esenciales para afrontar cualquier reto académico.

Pero la preparación no fue solo intelectual. Don Antonio le inculcó hábitos de responsabilidad y perseverancia, enseñándole la

importancia de la organización y el esfuerzo constante. A través de largas conversaciones y anécdotas de su propia juventud, le transmitió la confianza necesaria para enfrentar los desafíos de la vida universitaria con determinación y entusiasmo.

Gracias a la guía de don Antonio, Albertito no solo se estaba preparando para la universidad, sino también para la vida, con una mente despierta y un carácter fuerte que lo llevarían lejos en su camino.

Capítulo 68

Yo seguí con mi proyecto de instalar una turbina en Cegama. Había oído hablar mucho de Alemania y de sus avances industriales, pero nunca imaginé que aquel viaje cambiaría tanto mi perspectiva. Era el año 1904, y aunque el mundo seguía dividido entre el pasado y el futuro, yo tenía claro que quería estar del lado del progreso. Mi objetivo era visitar la empresa AEG, la prestigiosa Allgemeine Elektrizitäts-Gesellschaft, y adquirir una turbina que prometía revolucionar la manera en que generábamos energía en Cegama.

Partí desde el puerto de Bilbao con una mezcla de emoción y nerviosismo. El barco me llevó hasta Hamburgo, donde desde el primer momento me sorprendió la eficiencia alemana. Todo parecía funcionar como un reloj, un contraste notable con las calles desordenadas de nuestra querida España.

De Hamburgo tomé un tren a Berlín, la capital de aquel reino de acero y electricidad. Durante el trayecto, observé las fábricas y los campos, y no pude evitar maravillarme por cómo convivían la naturaleza y la industria. Llegué a Berlín al anochecer, con las luces eléctricas iluminando la ciudad como si fuese una pintura viva.

Gracias a varios contactos de Bilbao, conseguí reuniones con ingenieros especializados en turbinas hidráulicas.

La mayoría me trató inicialmente con cierto paternalismo. Un empresario vasco interesado en electrificar un molino perdido entre montañas no parecía especialmente impresionante. Pero aquello cambió rápidamente cuando comprendieron que yo entendía de negocios, aprendía deprisa, y, sobre todo, que estaba dispuesto a invertir seriamente.

Sus oficinas eran modernas, casi futuristas. Me llevaron a recorrer sus instalaciones, y allí vi por primera vez la turbina que tanto había soñado. Era una obra maestra de ingeniería: imponente, brillante, llena de promesas de potencia y eficiencia. Los ingenieros, orgullosos de su trabajo, me explicaron con detalle cómo funcionaba.

Capítulo 69

Mis días en Berlín estaban tan cargados de visitas técnicas y reuniones que apenas tenía tiempo para pensar en otra cosa que no fuera la turbina. Sin embargo, una tarde, después de horas de negociaciones en las oficinas de AEG, decidí buscar un lugar donde comer algo auténtico, lejos de los hoteles y restaurantes de lujo que me habían recomendado. Quería sentir el pulso real de la ciudad.

Encontré una cervecería pequeña, con mesas de madera desgastadas y el bullicio de obreros y empleados que compartían risas y jarras espumosas. Al entrar, el aroma a pan recién horneado y a guisos de carne me hizo sentir inmediatamente cómodo. Me senté en una esquina, observando el lugar mientras esperaba que alguien se acercara a atenderme.

Fue entonces cuando la vi.

Gertrud apareció cerca de mi mesa con una naturalidad que me desarmó. Llevaba un sencillo vestido azul con un delantal blanco impoluto, y su cabello rubio estaba recogido de manera práctica, pero unos mechones sueltos caían sobre su rostro. Sus ojos, de un azul tan claro que parecían reflejar el cielo mismo, me miraron con una mezcla de curiosidad y amabilidad.

Se acercó con una sonrisa suave y una voz que, aunque no entendí del todo, sonaba como música. Balbuceé unas palabras en alemán, lo poco que sabía, pero mi acento debió delatarme. Ella sonrió, no con burla, sino con una dulzura que rompió cualquier barrera idiomática.

—¿Español? —preguntó, pronunciando la palabra con cuidado.

Asentí, sorprendido y encantado. Ella sabía un castellano sencillo pero práctico. Me recomendó un plato típico, un estofado de carne con patatas, acompañado de una generosa jarra de cerveza clara. Mientras comía, ella pasaba de vez en cuando cerca de mi mesa, dejando pequeñas sonrisas o algún comentario breve.

Volví a la cervecería al día siguiente. Y al siguiente. Cada vez que entraba, ella me saludaba con una familiaridad que hacía que mi corazón latiera más rápido. Descubrí que tenía veintidós años, que trabajaba en la cervecería para ayudar a su familia y que soñaba con viajar algún día, aunque no sabía cómo podría hacerlo.

Yo, por mi parte, le hablé de Cuba, de España, de mi viaje a Berlín y de cómo esa turbina que negociaba podría cambiarlo todo. Ella escuchaba con atención, como si cada palabra que decía fuera importante. Nunca había sentido una conexión tan inmediata y profunda con alguien.

Una noche, cuando la cervecería estaba a punto de cerrar, me atreví a pedirle que saliéramos a caminar. Aceptó. Paseamos por las calles de Berlín bajo la luz de los faroles eléctricos, hablando en un idioma mezclado de palabras, gestos y miradas.

En ese momento, mientras la escuchaba reír y veía cómo la brisa jugaba con su cabello, supe que mi viaje a Alemania me había dado mucho más que una turbina. Había encontrado algo que no había imaginado, un nuevo amor en su forma más pura y sencilla.

Las noches que pasé en Berlín junto a Gertrud se convirtieron en mi refugio. Durante el día, mi tiempo estaba dominado por reuniones, cálculos y visitas técnicas en AEG, pero cada atardecer sabía que ella estaría esperándome en la cervecería con esa sonrisa que ahora parecía tan familiar como el amanecer.

En nuestras caminatas nocturnas, conocí mucho más sobre su vida.

Capítulo 70

Gertrude Steinbach, como figuraba en supasaporte, había nacido en 1877 en un pequeño pueblo al sur de Alemania, llamado Gammertingen, no muy lejos de la frontera suiza.

Su padre, Hans Steinbach, era ebanista y tapicero. Había heredado un pequeño taller debajo de su casa, que anteriormente había explotado suabuelo, muerto en la guerra franco-prusiana de 1870.

La familia tenía una situación económica confortable. No por la miserable pensión de viudedad que había quedado a la abuela, pero sí porque Hans tenía buena mano para los mueblesy, además, como carpintero, fabricaba pequeñas mesas y sillas que se vendían muy bien en el pueblo.

Gertrud fue hija única, niña querida y mimada desde pequeña, aunque siempre dentro de la disciplina que hace fuertes a las personas. Y ella tenía un carácter fuerte y decidido.

Acudía a la escuela del pueblo y, un día, una de las maestras le dijo que quería conocer a su madre. Cuando se presentaron las dos en la escuela concierta preocupación por saber qué es lo que quería la maestra, esta les dijo: «Gertrud es una chica muy lista y aprende rápido, y tiene facilidad especialmente para los idiomas. En poco más de dos años habla casi correctamente español e inglés, además de dominar la gramática alemana».

Pasaron unos años y Gertrud se fue convirtiendo en una mujer especialmente bella. Su pelo liso rubio le caía sobre los hombros; una cara ovalada enmarcaba unos preciosos ojos de azul muy claro, una nariz clásica y labios finos.

Pronto, los chicos del pueblo empezaron a rondarla.

Tenía solo quince años cuando sucedió una tragedia en la familia. Su padre, Hans, se hizo una tremendaherida en el brazo derecho. A pesar de que intentaron curarla rápidamente, la herida se infectó y finalmente tuvieron que cortarle el brazo por debajo del codo. Esto

suponía que su medio de vida, con el que alimentaba a la familia, se había evaporado de un día para otro. Se esforzaba por hacer pequeños arreglos utilizando solo su mano izquierda, pero rápidamente se dio cuenta de que las posibilidades eran muy limitadas. Renate, la madre de Gertrude, consiguió un trabajo en la botica del pueblo y gracias a él consiguieron salir adelante, pero la familia, que había tenido una posición desahogada, de pronto se encontraba con grandes apuros para llegar a final de mes.

Gertrud decidió que debía ayudar a la familia y, con quince años, se colocó de friegaplatos en la taberna del pueblo.

Su belleza y su simpatía la llevaron a empezar a servir las mesas de la taberna; de esta forma podía llevar más dinero a casa con las propinas. Pero las atenciones del dueño de la taberna empezaron a ser demasiado afectuosas. Ella, con su carácter, conseguía mantenerle a raya, pero era una posición muy incómoda. Habló con su madre y decidió irse a vivir a Munich para trabajaren alguna cervecería de la ciudad.

Así lo hizo, con diecisiete años. Desembarcó en Munich y en una semana consiguió trabajo en una de las cervecerías más conocidas de la ciudad, Augustiner Stammhaus. El encargado de la cervecería la puso a fregar en la cocina, pero le prometió que cuando consiguiera mantener con seguridad cuatro jarras de cerveza en cada mano, la pasaría a servir en la sala; así que Gertrud, además de fregar los platos, se entrenaba de forma continua con cuatro jarras de cerveza llenas de agua en cada mano, haciendo ejercicios para fortalecer sus músculos. En dos semanas llamó al encargado y le dijo que estaba preparada, le hizo una demostración y empezó al día siguiente a servir en la sala...

Una chica tan guapa y con diecisiete años era una víctima propiciatoria para que los parroquianos hicieran bromas soeces. Gertrud no prestaba atención a las risotadas de los clientes, que competían entre ellos para ver quién decía la mayor barbaridad.

Pero la cosa se complicó cuando empezaron con los pellizcos y las palmadas. Gertrud se quejó al encargado, que le dijo que solo ella podía

defenderse, así que tomó nota y, al día siguiente, la primera vez que notó que le ponían la mano en la espalda, se dio la vuelta y, con las cuatro jarras de cerveza llenas que tenía en la mano derecha, golpeó en la cabeza al individuo que se había atrevido a tocarla. El hombre quedó noqueado y con una pequeña brecha en la cabeza, mientras todo su grupo se reía con ganas y le decían:

—Te lo tienes merecido, a ver si te atreves la próxima vez.

En los siguientes meses las bromas seguían, pero se habían acabado los tocamientos.

Cuando llegó a Munich, había contratado una habitación en una pensión, y posteriormente se trasladó a un pequeño apartamento que tenía Silvie, una compañera de la cervecería.

Un día, Silvie le propuso trasladarse a Berlín:

—Pagan mucho más y además las propinas son más generosas. Un parroquiano dejó un periódico de Berlín el otro día en su mesa, y había ofertas para camareras en varias cervecerías.

Gertrud había pasado casi dos años en Munich y le pareció muy atractivo iniciar una nueva experiencia, así que se trasladó con Silvie a Berlín, y, en menos de una semana, habían conseguido, las dos, trabajo en una cervecería importante, la Weihenstephaner.

Capítulo 71

Gertrud me contó su historia de un tirón, como si disfrutara compartiéndola conmigo. Yo le hablé de mi hogar en España, de las montañas y los olivares, del sol que iluminaba cada rincón y de las personas que trabajaban la tierra con la misma pasión con la que yo perseguía el progreso. Ella me escuchaba con fascinación y un día me confesó que nunca había imaginado un lugar como el que yo describía.

Una tarde, mientras estábamos sentados en un parque, tomé su mano y, con el poco alemán que había aprendido, le dije:

—Ven conmigo a España.

Sus ojos se abrieron con sorpresa; por un momento pensé que había sido demasiado atrevido. Pero luego bajó la mirada y su rostro se llenó de una mezcla de tristeza y duda.

—¿Cómo podría? —respondió, casi en un susurro—. Mi vida está aquí.

Entendí entonces que no sería tan fácil. Aunque nuestros corazones se habían encontrado, nuestras vidas estaban ancladas en mundos diferentes. Sin embargo, no quería renunciar a ella tan pronto.

En los días que siguieron, traté de convencerla. Le hablé de cómo podríamos construir una nueva vida juntos, de cómo ella podría ser feliz en mi tierra. Pero Gertrud era práctica. Me explicó que su madre dependía de ella, que no podía simplemente abandonarlo todo.

*

No fue fácil negociar con los fabricantes. Los alemanes son meticulosos y no dejaban escapar un solo detalle. Pero también sabían que mi visita representaba la posibilidad de abrir nuevos mercados en España. Finalmente, llegamos a un acuerdo. Mientras firmaba los documentos, no pude evitar sentir una mezcla de orgullo y responsabilidad. Esa turbina no solo era una máquina; era una promesa de modernidad para mi tierra.

Antes de partir, me invitaron a una comida con algunos directivos de la empresa. Discutimos de todo, desde arte hasta política, y quedé impresionado por la profundidad de sus conocimientos. También les hablé de mi tierra, decómo España estaba intentando abrazar el futuro sin perder su esencia.

La última noche en Berlín, Gertrud y yo caminamos junto al Spree, igual que la primera vez que nos besamos. La primavera comenzaba a suavizar lentamente el frío alemán. Las luces eléctricas se reflejaban sobre el agua oscura mientras la ciudad seguía avanzando hacia un futuro que parecía cada vez más incierto.

Nos detuvimos sobre el puente donde meses atrás todo había comenzado. Ella me sostuvo la mirada largamente.

—No quiero que esto termine convirtiéndose en un recuerdo triste.

Aquella frase me rompió por dentro mucho más de lo que esperaba. Porque comprendí inmediatamente que ya estaba intentando despedirse.

La besé lentamente. Con desesperación contenida. Como un hombre intentando memorizar algo que sabe que está a punto de perder.

Cuando nos separamos, Gertrud apoyó la frente contra la mía.

—Prométeme que seguirás adelante.

Cerré los ojos unos segundos. Aquella frase me devolvió de golpe al abad de Cardeña. Y todo lo que había intentado aprender desde entonces.

Finalmente, llegó el día de mi partida. El tren que me llevaría de regreso a Hamburgo ya estaba esperando en la estación. Gertrud me acompañó hasta el andén, y mientras la multitud se movía a nuestro alrededor, nos miramos por última vez con la intensidad de quien sabe que está despidiéndose de algo único.

—Te escribiré —le prometí, aferrándome a sumano como si así pudiera retenerla un poco más.

—Yo también —respondió, con lágrimas en los ojos.

El tren partió, y a medida que Berlín se desvanecía en el horizonte, sentí una mezcla de emociones que nunca había experimentado. Había conseguido la turbina, había cumplido mi misión, pero me iba con la sensación de haber dejado atrás algo más valioso que cualquier máquina.

La vida seguía, y aunque temía que Gertrud y yo no nos volviéramos a encontrar, aquel amor que compartimos en Berlín se quedó conmigo como un recuerdo imborrable.

Capítulo 72

El regreso a España fue un torbellino de emociones y responsabilidades. La llegada de la turbina marcó un antes y un después en mi vida profesional. Fue recibida como un símbolo de modernidad y mi esfuerzo fue reconocido por todo el pueblo. Los ingenieros y trabajadores locales me consideraban un pionero.

El día en que pusimos la turbina en marcha, mediacomarca acudió a presenciarlo. Recuerdo perfectamente el ruido del agua entrando con violencia en el sistema, el temblor metálico inicial y, después, aquella vibración profunda cuando la maquinaria comenzó finalmente a funcionar. Y entonces llegaron las luces. Primero una. Luego otra. Hasta que varias lámparas eléctricas iluminaron el molino bajo la noche húmeda de Cegama. Durante unos segundos nadie habló. Los vecinos observaban las bombillas como si estuvieran viendo aparecer el futuro delante de sus ojos.

La máquina fue instalada con éxito, trayendo consigo un nuevo nivel de desarrollo para nuestra región.

La idea de la papelera nació pocas semanas después, casi de forma inevitable. Pero ese proyecto debería esperar, porque me encontré de nuevo con Sina.

Capítulo 73

Tomasa nació en Cegama un año después que yo. Su *aita*, don Tomás Arrizabalaga, era el alcalde del pueblo; hombre bonachón y muy querido y no se resistió a poner su nombre a la recién nacida. Afortunadamente para ella, todo el pueblo empezó a llamarla Tomasina, y a partir de ahí se quedó con Sina. Era una niña muy alegre y muy guapa, de un sorprendente pelo castaño y unos ojos almendrados de color canela.

Su infancia transcurrió feliz, pues fue una niña muy querida y con muchas amigas con las que pasaba días enteros jugando en la plaza del pueblo.

Cuando cumplió los doce años, se acostumbró a salir al monte de merienda todos los domingos con sus compañeras del colegio de monjas de Segura, un pueblo cercano. Se cruzaban a menudo con un grupo de chicos con los que nunca habían cruzado palabra. Un chico tomó la iniciativa de hablar con ella y quedaron en salir los dos grupos juntos a partir de ese día. Así fue, y fueron pasando los meses y los años hasta que, con quince años, se enamoró de mí. Y yo me enamoré de ella. Fue de esos amores quinceañeros que se recuerdan toda la vida, cuando las palabras más sencillas expresan lo más profundo de los jóvenes corazones.

Sin embargo, un año después apareció otra pandilla de chicos que capitaneaba un tal Roberto. Roberto tenía el don de la palabra, y además de ser grande y fuerte, tenía mucho dinero y lo gastaba sin ninguna moderación invitando a todas las chicas y chicos de su pandilla. A base de elogios y piropos, consiguió que Sina se distanciara de mí.

Estaba desesperado con el dolor que solo deja un primer amor no correspondido. La tensión entre Roberto y yo iba creciendo día a día. En una ocasión en que nos cruzamos por las calles del pueblo, Roberto hizo un gesto de desprecio hacíamí, mientras seguía paseando con Sina de la mano. Me fui hacia él y le di una gran bofetada, que terminó con

Roberto por el suelo. La cosa acabó allí, pero si pretendía recuperar a Sina, el incidente había sido contraproducente, pues cada vez que nos cruzábamos por la calle, ella me ignoraba con desprecio.

Para su sorpresa, un día detuvieron a Roberto; le acusaban de estar haciendo contrabando y lo tuvieron tres días en el calabozo. A partir de ahí, Roberto estaba siempre asustado y huidizo. Mucho más cuando, unos días después de haberlo soltado, apareció con toda la cara llena de hematomas. Sina no pudo saber qué es lo que había pasado y cómo los secuaces contrabandistas habían tomado venganza de Roberto, que los había delatado.

Poco a poco, Sina volvió a sonreírme, pero yo, orgulloso, mostraba muy poca atención hacia ella. Cuando coincidíamos en algún acto en el pueblo y Sina se dirigía a mí, simplemente le decía que estaba preparando mi marcha, que veíamos futuro fuera del pueblo.

—Yo no me iré nunca del pueblo. Esta es toda mi vida —contestaba Sina, con un deje de amargura en su voz.

Cuando me fui, quedó devastada. Durante un tiempo, sus *aitas* le preguntaban qué le pasaba. Ella decía que no tenía ganas de vivir, que había perdido la ilusión y la alegría. Fue pasando el tiempo y poco a poco volvió a retomar su vida normal. Pero no me olvidaba, y si por su belleza y simpatía atraía a muchos pretendientes, ella siempre daba largas. No quería comprometerse. Siempre, en el último momento, ella prefería no concretar.

Así pasaron los años y el día en que volví de Cuba tuvo una gran alegría. Descubrió que, a pesar del tiempo transcurrido y de todas las cosas que habían pasado, seguía estando enamorada de mí. Yo la trataba con simpatía, pero sin ningún afecto especial. Eso la torturaba, pues pensaba que en el fondo la había rechazado.

Cuando le conté que me había casado en Cuba, y cómo me había quedado viudo, curiosamente, su amor por mí creció exponencialmente. Ya solo veía su vida con conmigo. Yo seguía indiferente, centrado en mis negocios y en solucionar los temas de mi familia, de mi hermana en particular. A mi vuelta, desde el momento que

había llevado la turbina desde Alemania, que permitió dar la electricidad a todo el pueblo, yo había cogido una gran fama en el lugar. Pero pasaba el tiempo y no mostraba ningún interés por ella.

Capítulo 74

Mi familia comenzó a insistir en algo que yo llevaba años posponiendo: el matrimonio con Sina, mi antigua amiga de la infancia. Sina era todo lo que una familia podía desear en una esposa: bondadosa, trabajadora y profundamente arraigada a nuestra tierra. Había sido mi compañera de juegos de niño, y siempre había sentido cariño por ella; fue mi amor de infancia. Pero ahora la había olvidado. Adelita, María, Gertrud... habían adormecido esesentimiento infantil. Además, nunca llegué a experimentar por ella esa pasión arrolladora que Gertrud había despertado en mí.

Pero, poco a poco, descubrí algo que nunca había percibido del todo antes. Sina me observaba sin idealizarme. No veía al hombre enriquecido en Cuba, ni al empresario de Bilbao. Veía simplemente al hombre cansado que intentaba reconstruirse. Y aquello resultaba extrañamente reconfortante.

Mi amá notó inmediatamente la creciente cercanía entre nosotros. Naturalmente. Las madres detectan esas cosas mucho antes que nadie.

Una noche, mientras cenábamos, mencionó el nombre de Sina con aparente casualidad.

—Es una buena mujer. —No respondí. Ella continuó removiendo lentamente la sopa—. Y tú necesitas un poco de paz en tu vida.

Aquella frase me irritó ligeramente, aunque en el fondo sabía que tenía razón.

Finalmente acepté. Era el momento de tener hijos.

Un día me acerqué a su casa y le propuse dar un paseo. Aunque no fue una petición muy romántica, lo cierto es que al final del paseo le dije:

—Sina, quiero casarme contigo y quiero tener hijos.

Le conté todo lo que había querido a mi primera esposa, Adelita.

—Creo que esos amores no podrán volver, pero te necesito para centrar mi vida. Conocí a una chica en San Sebastián con la que tuve una aventura y a otra en Alemania de la que creo que me enamoré, pero todo eso ha pasado. Y si tú estás de acuerdo, me casaría contigo.

Sina notó que las lágrimas resbalaban por sus mejillas, y cuando la cogí en mis brazos para besarla, solo acertó a decir:

—Sí, sí quiero.

Un mes después, nos casamos en una sencilla y emotiva ceremonia en la iglesia del pueblo. Mi mamá estaba contenta, y Sina irradiaba felicidad. Yo intentaba convencerme de que el tiempo y la rutina llenarían el vacío que Gertrud había dejado en mi corazón.

Aunque los niños no llegaban, yo sentía que tal vez había llegado al fin a un camino lleno de paz y tranquilidad.

Pero el destino tenía otros planes.

Capítulo 75

La idea de instalar una papelera en el pueblo, que aprovecharía también la energía de la turbina, me obsesionaba. Sina fue una de las primeras personas con las que hablé seriamente del proyecto.

Nos habíamos casado pocos meses antes y la convivencia resultaba tranquila. Serena. Muy distinta a las pasiones violentas que habían marcado otras etapas de mi vida.

Sina organizaba la casa con una eficacia admirable y poseía además una inteligencia práctica extraordinaria para comprender los negocios.

Aquella noche escuchó mis ideas sin interrumpirme. Después preguntó simplemente:

—¿Y cuánto dinero piensas arriesgar esta vez?

Aquella pregunta me hizo sonreír, porque resumía perfectamente quién era ella.

Comencé entonces a viajar constantemente a Bilbao y San Sebastián. Necesitaba socios, ingenieros, maquinaria, inversores y permisos.

Muchos pensaban que estaba loco. Otros comenzaron a interesarse rápidamente cuando comprendieron la magnitud del proyecto. Porque ya no hablábamos de un molino modernizado. Hablábamos de una auténtica industria.

La papelera empezó lentamente a tomar forma junto al río. Y con ella cambió también la vida del pueblo. Llegaron obreros, técnicos y mucha gente de fuera. Las tabernas comenzaron a llenarse más que nunca. Se abrieron pequeños negocios. Incluso las conversaciones cambiaron. Por primera vez, Cegama empezaba a mirar hacia el futuro en lugar de limitarse a sobrevivir dentro del pasado.

Capítulo 76

Pasaron dos años. Una tarde de verano, mientras supervisaba los trabajos en la papelera, uno de los peones llegó corriendo, agitado.

—Don Ares, hay una mujer extranjera en el pueblo. Pregunta por usted.

Mi corazón dio un vuelco. Dejé todo y corrí hacia la plaza principal. Allí estaba, de pie junto a la fuente, con un vestido sencillo y una maleta pequeña a su lado. Gertrud.

Parecía un sueño. El sol iluminaba su cabello rubio y sus ojos, llenos de emoción y nerviosismo, se encontraron con los míos. Por un momento, el mundo entero dejó de existir.

—Gertrud..., ¿qué haces aquí? —pregunté, todavía sin creerlo.

—No podía dejarlo así, Ares —respondió en español, con un acento adorable y perfectamente entendible—. Te dije que no podía ir contigo, pero no podía quedarme allí tampoco.

Me quedé sin palabras.

Llevé a Gertrud a una posada en las afueras para evitar habladurías y, una vez allí, intenté entender lo que había sucedido. Me contó que, después de mi partida, había sentido un vacío que no podía llenar. Cada carta que recibía de mí era un recordatorio de lo que había perdido. Su madre había fallecido y ella finalmente, decidió dejarlo todo, convencida de que su lugar estaba conmigo.

—Pero Gertrud... —comencé, con el peso de la verdad aplastándome—, estoy casado.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al escuchar esas palabras.

—Lo sé, Ares. Lo supe cuando llegué y escuché a la gente hablar. Pero tenía que verte. Aunque seapor última vez.

La conversación se alargó hasta bien entrada la noche. Hablamos de lo que pudo ser, de las decisiones que habíamos tomado y de cómo el destino parecía jugar con nosotros.

—Gertrud, no te vayas. No ahora. No cuando al fin hemos encontrado un propósito en este pueblo olvidado entre montañas. El proyecto de la papelera ha comenzado. La nueva turbina nos ha dado la posibilidad perfecta para traer vida y trabajo a Cegama. Los obreros ya están montando la nueva estructura junto al río, preparándose para levantar la fábrica que dará empleo a muchos, aunque lo nieguen entre dientes. Pero yo lo he decidido: tú serás parte de esto, aquí, conmigo. Te daré un puesto en la papelera. Serás muy útil en nuestros contactos con el fabricante.

Gertrud aceptó.

Capítulo 77

La presencia de Gertrud en Cegama lo cambió todo. La gente del pueblo comenzaba a murmurar, curiosa por la mujer extranjera que había llegado buscando al hombre recién casado. Yo sabía que esta situación traería consecuencias.

Sina, al enterarse de la llegada de Gertrud, no tardó en percibir la tensión. Aunque nunca dije nada, ella lo intuía. Habían pasado dos mesescuando, una noche, me confrontó con una mezcla de dolor y firmeza:

—¿Amas a esa mujer?

No supe qué responder. Porque la verdad era que, aunque de maneras distintas, amaba a ambas.

Sina empezó a mirarme con ojos fríos, cargados de reproche. No me hablaba durante días, y, cuando lo hacía, cada palabra era un filo que me atravesaba. Una noche, mientras cenábamos, rompió su silencio con un susurro que parecía un trueno: «¿Cuánto tiempo piensas seguir con esta farsa?». No respondí. ¿Qué podía decirle? ¿Que no me arrepentía?, ¿que Gertrud no era solo un capricho, sino parte de lo que quería construir?

Las noches en nuestra casa se volvieron una guerra silenciosa. Sina dormía de espaldas a mí, su respiración medida y distante. No la culpo. La amo a mi manera, pero no puedo deshacer lo que ya está hecho. El pueblo murmura, y ella es la quemás sufre por ello. Sin embargo, sigo adelante.

Capítulo 78

Un día recibí en mi oficina de Cegama una nota de María. Me anunciaba que estaría la semana siguiente en San Sebastián, que se alojaría en Hotel de Londres y que su marido estaría en París cerrando un contrato.

Yo estaba en un momento muy complicado. Sina había dejado de hablarme y el ambiente en mi casa era irrespirable. Por su parte, Gertrud, presionada por el ambiente hostil en el pueblo, había dejado de ser una compañía agradable y la mayor parte del tiempo que compartía con ella estaba presidido por las quejas de la situación.

Aquella misma tarde partí hacia San Sebastián. Ni siquiera intenté justificar demasiado el viaje. Creo que una parte de mí deseaba huir desesperadamente de Cegama durante unos días. De Sina, de Gertrud, de mí mismo.

Durante el viaje, mi cabeza era un torbellino.

¿Qué podría contarle?

Claramente nuestro encuentro era un intento de olvidar una situación difícil que yo mismo había creado. Era una huida hacia adelante que no podría aportar nada nuevo. Y, sin embargo, yo lo veía como un escape, como la necesidad de encontrar nuevamente un poco de paz. Claramente no era ninguna solución, o tal vez sí. Necesitaba salir del círculo vicioso en el que yo mismo me había metido. ¿Debía contarle a María la situación o sencillamente vivir unos días distintos sin pensar en nada?

Sí, esa era la solución. No contarle nada. Pasar unos días intentando olvidarlo todo.

Tranquilité mis temores pensando en que María pretendía exactamente lo mismo: huir de una situación conflictiva y por unos momentos encontrar algo de paz en una relación sin compromiso.

Cuando coincidí con María en el *hall* del hotel, todo cambió. Nos metimos en una burbuja en la que solo estábamos ella y yo. No

teníamos pasado ni futuro, solo el presente para disfrutar de nuestra mutua compañía. Ninguno de los dos hizo preguntas. Dimos grandes paseos, comimos en maravillosos restaurantes con vista al mar e hicimos el amor a todas horas.

Cuando nos despedimos, los dos sabíamos que era la última vez que nos veríamos en la vida. Y, sin embargo, no fue una despedida triste; ambos aceptamos que habíamos vivido un paréntesis en nuestras vidas y que lo recordaríamos siempre.

Cuando volvía en mi carruaje, la comezón de la culpabilidad de aquel encuentro basado en tantos engaños me asaltaba. Conseguí adormecerla, pensando que la vida está hecha de pequeños momentos. No me arrepentía de haberlo vivido, pero sí llegué a la conclusión de que la situación que había creado debería de tener una solución. No era buena para Sina, no era buena para Gertrud y no era buena para mí.

Capítulo 79

Pasaron los meses y el silencio de Sina se convirtió en hielo. Ya no me miraba siquiera. Se esfumó cualquier intento de reconciliación, cualquier vestigio de lo que una vez compartimos. Intentó hablarme un par de veces, pero sus palabras murieron antes de salir. Yo tampoco hice el esfuerzo. Nos convertimos en extraños que compartían un techo, cada uno atrapado en su propio resentimiento.

Una noche, sentado en el salón de mi casa, con una botella de coñac ya medio vacía, la pesadumbre me invadía. Llegó Sina, se fue directamente a su cuarto y volvió a aparecer en camisón. Mirándome con desprecio, me volvió a urgir que tomara una decisión. Yo estaba medio borracho y de pronto sentí un deseo animal que me hizo abalanzarme sobre ella y poseerla sin violencia, pero sin la menor ternura. Ella se dejó hacer, pero al terminar me dio una bofetada y salió del salón.

A la mañana siguiente, me desperté tarde. Antes de salir para supervisar las obras de la papelería, encontré la casa vacía. Sina se había marchado. No dejó una carta ni una explicación. Solo el armario abierto y los cajones vacíos me confirmaron lo que ya temía.

Esa noche me senté en la mesa donde tantas veces habíamos compartido el silencio y dejé que la soledad me envolviera. Sentí un vacío que no esperaba, una punzada de algo parecido a la culpa. Pero no la busqué. ¿Para qué? Su decisión estaba tomada, y yo me había hecho la mía mucho antes.

Las murmuraciones llegaron antes que la noticia. En un pueblo como Cegama, donde las palabras vuelan más rápido que el viento de la sierra, bastó con que alguien viera partir a mi esposa con la cabeza alta y los ojos encendidos para que las puertas se entornaran y los corros de vecinos se formaran en las esquinas. Yo sentí el peso de sus miradas en la nuca cada vez que cruzaba la plaza. Sabía lo que decían: que había traído la deshonra a mi casa, que un indiano podía volver con dinero, pero no sin dignidad. Me importaba poco.

El pueblo seguiría hablando, pero ya no importaba. Al final, cuando las chimeneas comiencen a humear y los jornales lleguen a sus casas, todos querrán olvidar sus propias palabras. Y nosotros seguiremos adelante, como siempre.

Capítulo 80

La turbina seguía en marcha y la papelería se inauguró sin celebración. Era el inicio de un negocio que iba a prosperar. Los mismos que me rehuían en la iglesia, esperaban en fila cuando pagaba rondas en la taberna. Que hablaran, si querían. Yo no había vuelto a Cegama para mendigar respeto.

Gertrud, en cambio, era otra historia. No estaba hecha para la hostilidad silenciosa de los vecinos. Su presencia en el pueblo era como una tea encendida en la noche: imposible de ignorar. No le costaba sonreír, pero yo notaba el destello de amargura en sus labios cada vez que nos negaban el saludo o se apartaban a nuestro paso. Ella había venido por mí, pero no era ajena al frío que la rodeaba.

Los días pasaron, y la indiferencia se transformó en desprecio abierto. Las mujeres susurraban a su paso, y algunos hombres se permitían bromas mordaces en la taberna cuando creían que no escuchaba. En la misa, los bancos a nuestro alrededor quedaban vacíos. Gertrud trató de adaptarse, pero la atmósfera de rechazo era densa, casi asfixiante. Se esforzaba por aprender algunas palabras en euskera, por mostrar interés en las costumbres locales, pero cada gesto suyo parecía caer en saco roto.

Una tarde, al regresar de la fábrica, la encontré en el jardín, sentada en el viejo banco de piedra. Su expresión era serena, pero en sus ojos claros se reflejaba la resignación.

—No sé si alguna vez me aceptarán —dijo en voz baja. Yo sabía la respuesta, pero no tenía consuelo para ofrecerle.

La casa, ahora más silenciosa que nunca, se volvió un refugio y una prisión. Mientras el pueblo nos aislaba, Gertrud y yo nos aferrábamos el uno al otro, aunque en ocasiones el peso de la situación parecía más de lo que ella podía soportar. Me preguntaba cuánto tiempo aguantaría antes de decidir que su amor por mí no bastaba para soportar el rechazo de todo un pueblo.

Entonces decidí que nos mudaríamos a San Sebastián. No quedaba otra opción. Nunca me arrepentí de esa decisión. Recuperaría a Gertrud,

recuperaría la paz y me centraría en lo que de verdad disfrutaba: invertir, construir, desarrollar proyectos cuanto más grandes, mejor.

*

Los *aitas* de Sina le alquilaron una casita en Zarauz. Pasaron dos meses y se dio cuenta de que estaba embarazada, precisamente por el acto en el que había sido forzada.

Se fue habituando a su nuevo pueblo, adoptandola personalidad de una joven viuda a la que mataron al marido en unas revueltas carlistas en Vera de Bidasoa.

Unos meses después, nació una niña tan bonita como ella, y Sina se dedicó en cuerpo y alma a cuidarla. Sus *aitas* le pasaban una renta mensual que le permitía vivir sin estrecheces. A la niña le puso Alicia por su amá, y la vio crecer y ser feliz.

La belleza de Sina atraía muchos pretendientes para aquella viuda joven. Ella los mantenía raya. Pero hubo un caso en que ella también se enamoró. Se trataba de Pedro Esteban de la Fuente, dueño de un hotelito en la playa de Zarauz. La relación avanzó y fue un consuelo para su soledad, pero llegó el día en que Pedro le propuso matrimonio y ella se negó. No podía explicar la razón. Estaba enamorada de él, pero no podía decirle que aún seguía casada. Así que el segundo gran amor de su vida tampoco prosperó. De todas formas, organizó su vida con comodidad y se volcó en la educación de su hija. No hizo ningún intento de mantener contacto conmigo. Solo sabía de mí por las noticias a través de los periódicos, por mis inversiones y mis éxitos empresariales. Ella no iba a ser segundo plato de nadie.

Capítulo 81

Compré una gran villa frente a la bahía de la Concha. Era elegante y moderna. La fachada, presidida por grandes ventanales al mar, parecía diseñada para una vida completamente nueva.

La llegada de Gertrud a San Sebastián resultó mucho más sencilla de lo que habíamos imaginado. La alta sociedad donostiarra funcionaba bajo reglas muy distintas a las de los pueblos pequeños.

Allí importaban mucho más el dinero, la elegancia y la cultura, que permitían establecer conexiones sociales con naturalidad. Además, todos prefirieron simplemente asumir que Gertrud era mi esposa legal. Y nosotros nunca hicimos demasiado por corregir aquella impresión.

Gertrud, poco a poco, se integró con una naturalidad casi desconcertante. Descubrí que estaba mucho más dotada que yo para esos menesteres. Poseía exactamente lo que aquella sociedad más admiraba: distinción.

Y precisamente por eso terminaba destacando todavía más.

Muy pronto comenzó a recibir invitaciones a cenas, conciertos, tertulias y reuniones privadas organizadas por familias importantes.

Los hombres quedaban fascinados inicialmente por su belleza aria, pero luego admiraban su cultura, su simpatía y aquella mezcla extraña de frialdad alemana y sensibilidad intelectual.

Las mujeres la adoraban casi a su pesar.

Gertrud transformó también mi propia vida social. Hasta entonces yo seguía siendo observado en ciertos ambientes como el indiano enriquecido. Respetado, pero todavía extranjero dentro de la aristocracia elegante de San Sebastián. Con Gertrud aquello cambió. Nadie podía considerarse alguien en San Sebastián si no había sido invitado a alguna de las fiestas que organizaba Gertrud.

Capítulo 82

Llevábamos varios años establecidos en San Sebastián, cuando una mañana me avisaron de la oficina que había un joven que preguntaba por mí. Me dijeron que venía de Cuba, así que le recibí para ver si me traía noticias de todas las personas queridas que allí dejé. Se presentó un mocetón de más de un metro ochenta de altura, mulato de piel clara y con unos ojos verdes que sospechosamente anunciaban con claridad su cruce de sangres. Al verme, respetuosamente me dijo: «Don Ares, soy hijo de Makena», y me contó su historia. Cuando se hicieron cargo de la hacienda los nuevos propietarios, cambiaron totalmente el ambiente que don Eustaquio y yo habíamos conseguido y del que disfrutaban todos los empleados del lugar. Entonces, Makena y Shani decidieron trasladarse a las parcelas que yo les había regalado. Con ellas se trasladó Jerónimo, el encargado de la finca al que yo había dejado también una parcela de regalo. Entre las tres parcelas, habían reunido veinticuatro hectáreas y habían podido vivir cómodamente, a pesar de la situación convulsa por la que había pasado la isla. Con la ayuda de Jerónimo, habían sembrado no solo caña de azúcar, sino también planta de tabaco. Y con lo que habían aprendido en la hacienda habían podido prosperar e incluso comprar algunas parcelas adicionales colindantes. Cuando nació Onofre, Jerónimo lo adoptó como suyo. En cuanto tuvo edad de trabajar, colaboró con él en la explotación conjunta que habían montado. Onofre, desde el principio, desde muy pequeño, se había revelado como una persona inteligente y trabajadora, pero al mismo tiempo con ganas de salir de aquella tierra para conocer mundos nuevos. Cuando se presentó ante mí tenía justo dieciocho años. Me pidió trabajo y se lo di como administrativo en mi oficina. La adaptación no fue rápida, pero le facilité una formación completa que él aprovechó con entusiasmo y mostrando cualidades de inteligencia natural. Poco a poco y sin reconocerlo expresamente tuve que admitir para mí que aquel mocetón era mi hijo. Él nunca lo dijo y yo nunca se lo he reconocido. Tal vez ahora sea el momento. Pero le protegí como lo que realmente era: mi único hijo. A Onofre, después de su formación, lo envié a Bilbao con Albertito. A los tres años de su llegada, se ganó el puesto de director de la oficina de San Sebastián con responsabilidad

directa sobre las inversiones en Guipúzcoa, incluida la papelera de Cegama y la fábrica de armas.

Capítulo 83

Un día, a la vuelta de Cegama de revisar el funcionamiento de la papelería, recibí en la oficina una carta de Sina, con quien no había tenido contacto durante mucho tiempo. Me hablaba de Alicia, nuestra hija que había nacido justo después de dejarme. Me decía que no me había pedido nunca nada, pero que ahora me necesitaba. Alicia había sufrido los abusos de un individuo de su mismo pueblo y lo peor era que no solamente la había dejado destrozada, sino que continuaba molestándola. Se paseaba de forma chulesca por el pueblo, presumiendo de lo que había hecho. Sina me pedía, por favor, que la ayudara. Sentí un enorme remordimiento por no haberme ocupado nunca de Sina y por no haber sabido que tenía una hija. Así que me fui inmediatamente a Zarauz, donde residían. Así conocí a Alicia.

Era una chica tan guapa como su amá, y con carácter fuerte como el de ella. Me recibió recelosa, pues tan solo unos días antes había sabido quién era yo. Tuvimos largas conversaciones y, una vez superados el dolor y la vergüenza, se abrió y me contó toda su vida. Estaba a punto de cumplir los diecisiete años, y destrozada por lo ocurrido.

Poco a poco, conseguí insuflarle de nuevo las ganas de vivir, asegurándole que el individuo que había abusado de ella lo pagaría y que, además, dejaría el pueblo de forma inmediata. Localicé al hombre, que estaba tomando chiquitos con unos amigos en una de las tabernas del pueblo. Era un chulo desagradable y pendenciero. Cuando le pedí explicaciones, el individuo empezó a insultarme y a decir las peores cosas de Alicia. Yo me había hecho acompañar de Onofre, que lo cogió del cuello y lo sacó a la calle. Nunca he disfrutado tanto como viendo los puñetazos que le dio. Cuando terminó con él, lo dejó semiinconsciente. Yo, con mucha tranquilidad y sin elevar la voz, le dije: «Vas a salir de este pueblo para siempre o tu vida será un infierno». Toda su bravuconería se había disipado. Estaba atemorizado, huido y avergonzado ante sus amigos. Lo llevamos en mi coche a las afueras del pueblo, le di mil pesetas y le dije: «Vas a desaparecer en este mismo momento. No vas a volver ni para decir adiós a tu familia. Si vuelvo a saber que has estado aquí, no me voy a conformar con unas cuantas

bofetadas». Allí mismo le hice escribir una carta a sus padres diciendo que había decidido irse del pueblo para conocer mundo.

Entregamos la carta en su domicilio.

Me quedé unos días en el pueblo para comprobar que no había vuelto. Luego, le propuse a Alicia que se viniera a vivir con Gertrud y conmigo una temporada. Al principio pareció recelosa, pero aceptó la propuesta pues quería salir de aquel ambiente. Gertrud, que no había tenido hijos, aceptó muy bien a Alicia y con los años la quiso como a una hija.

Alicia disfrutó de todas las prebendas de una chica de alta clase social en San Sebastián. Como hija de don Ares Zubizarreta, entró en todos los círculos de la mejor sociedad de la ciudad. Yo le aconsejé que estudiara Bellas Artes y pasó un año haciendo un curso en Madrid, pero no quiso seguir. Al cabo del primer año me vino a ver y me dijo que lo que quería era trabajar conmigo en los negocios. Aquello era sorprendente, las mujeres no se dedicaban a esas cosas, pero vi tal determinación y tal deseo que acepté su propuesta. Me vino a la memoria la conversación que tuve con mi *aita* cuando decidí irme a Cuba.

Entonces iniciamos una actividad de inversiones inmobiliarias que ella gestionaba directamente. Algo de mí había heredado, porque consiguió desarrollar su actividad con inversiones muy rentables. Adquirimos varios inmuebles de viviendas y oficinas y ella se ocupaba no solo de las inversiones, sino también de la administración y del cobro de alquileres. Alicia había nacido con fuerza y criterio para llevar bien los negocios. Con veinte años, empezó a salir con Gerardo, el hijo de unos amigos; una de las grandes fortunas de San Sebastián. La verdad es que al principio me sentí incómodo con que quisiera formar su propia familia. Había sucumbido a un sentido casi patrimonial de su vida. Empecé a hacer la vida imposible a su pretendiente y propuse a Alicia que se fuera un año a estudiar a Suiza, dejando todos los negocios inmobiliarios en manos de Onofre. Se resistió cuanto pudo, pero un día me dijo: «Si cuando yo vuelva, Gerardo me pide matrimonio, tú lo aceptarás. Esa es mi condición». Así fue nuestro acuerdo. He de reconocer que el tal Gerardo era un buen chico. Volvió Alicia y se casó con él en una

ceremonia entrañable. Y luego me dio dos nietos. Con sus nacimientos, toda mi vida adquirió para mí un significado distinto.

Capítulo 84

Antes de que nacieran mis nietos, mis negocios continuaban creciendo de forma casi vertiginosa.

La papelera funcionaba extraordinariamente bien. Las inversiones en Bilbao seguían multiplicándose. Pero pronto comprendí que el verdadero dinero estaba empezando a desplazarse hacia otro lugar mucho más oscuro. La guerra. Europa había terminado finalmente explotando. Y el País Vasco tenía una posición privilegiada para enriquecerse. España permanecía neutral. Y precisamente por eso podía vender a todos.

Yo había adquirido un año antes una participación en una pequeña fábrica de armas situada cerca de Éibar, que atravesaba dificultades financieras.

La Eibarresa llevaba años produciendo escopetas de caza. Con la guerra, el dinero que comenzaba a moverse alrededor del armamento resultaba sencillamente inmenso. Y yo seguía siendo un hombre profundamente ambicioso.

Los primeros contratos importantes llegaron desde Francia. El ejército francés necesitaba desesperadamente fusiles, morteros y munición.

El primer contrato me vino de la mano de Bernard Dupin. Nacido en Burdeos y de profesión marchante de vinos, me lo habían presentado en la cena de Lhardy en la que conocí a la condesa de Monte de Arcos. Yo no le presté mucha atención entonces. Dupin cambió su trabajo por el de traficante de armas a principios de la gran guerra. Era un hombre en la cincuentena, de pelo cano, alto, elegante, con un marcado acento francés al hablar muy correctamente español.

Me pidió una cita como dueño de la fábrica de armas La Eibarresa, y me propuso la fabricación de fusiles y morteros para el bando francés. Visitó la empresa y se dio cuenta de que su capacidad de producción no era suficiente, pero se ofreció para financiar la ampliación con un anticipo de doscientas mil pesetas. Además, me entregó una carta

firmada por el ministro de la guerra español, autorizando la exportación de armas, con un gran sello de confidencial.

Las armas debían tener licencia de exportación de maquinaria agrícola, debería hacer embarques semanales desde el puerto de Santander y los pagos se realizarían por transferencia desde un banco suizo.

La operación era redonda y la acepté sin reservas. El precio ofrecido por los fusiles era el mismo que La Eibarresa cobraba por las escopetas de caza, pero los costes eran inferiores en dos tercios. Además, ofreció la tecnología necesaria para la fabricación de los morteros.

Me puse al frente de la ampliación de la fábrica, empleando a cincuenta obreros para la construcción. Cien más se incorporaron al iniciar la fabricación.

En un plazo de dos meses, La Eibarresa empezó a producir y exportar. El negocio iba viento en popa.

En Éibar nadie preguntó para qué se hacía la ampliación ni por qué se exportaba maquinaria agrícola. A nadie le interesaba, ya que la operación estaba dando mucho trabajo en toda la zona.

Pasaron dos años a satisfacción de ambas partes, los envíos salían puntualmente y los pagos se recibían regularmente.

A principios de 1916, se presentó en la oficina de Ares un italiano llamado Eugenio Lupo, quien dijo que estaba mandatado por el ejército alemán para contratar armamento. Estaba interesado en fusiles y en un fusil ametrallador de patente alemana, cuya tecnología aportaría.

En esta ocasión no había carta del ministro de la guerra y todo el proceso debía llevarse en total secreto. Los envíos se realizarían a través del puerto de Valencia. Lupo ofreció el doble de precio del que pagaban por los fusiles los franceses.

La operación tenía riesgo, aunque, revisando el contrato con los franceses, vi que no había ninguna cláusula de exclusividad.

Obnubilado por las ganancias, acepté la propuesta, hice una nueva ampliación de la fábrica con la incorporación de cien nuevos obreros, y en un plazo de tres meses iniciamos las operaciones.

La Eibarresa en cuatro años había multiplicado por seis sus ventas y por doce sus beneficios.

Curiosamente, el estar fabricando para los dos bandos me pareció más equilibrado y seguro. Todo el norte industrial hervía de actividad mientras Europa se desangraba.

Después del armisticio de 1918, ambos contratos quedaron anulados. La reducción de personal que llegó a continuación dio lugar a huelgas y manifestaciones en Éibar. Fueron momentos difíciles, los altercados eran diarios. Recibí amenazas de divulgar que había fabricado armas para ambos bandos sin conocimiento del gobierno. Me enviaron incluso amenazas de muerte, por lo que contraté un servicio de seguridad para la casa.

Además de por convicción, por temor a las amenazas traté con mucha generosidad a todos los despedidos, y me comprometí a construir una fábrica de calderería que absorbería a más de la mitad de los despedidos.

Después de unos meses de conflictividad, la situación volvió a la calma y se olvidaron los malos momentos y las amenazas.

ÚLTIMA PARTE

14 de abril de 1924

Capítulo 85

Ante el gran ventanal, observaba con gusto la puesta de sol. El gran disco amarillo se acercaba lentamente a la cumbre del monte Igueldo. Era un momento de gran placidez. Divisaba con deleite y admiración la enorme superficie de la playa de la Concha que, con marea baja, había dejado al descubierto toda su belleza. Las olas pequeñas y tranquilas batían la arena como pequeños potros blancos retozando alegres.

Estaba sentado cómodamente frente a la gran superficie acristalada en el piso tercero de la villa que había adquirido mucho tiempo antes. ¡Cuántos años habían pasado desde que decidimos trasladarnos a San Sebastián, y cuántas cosas habían sucedido! Mucho tiempo desde que, huyendo de la situación imposible que se había creado en Cegama por mi relación con Gertrud, adquirí una preciosa villa en la primera línea de la playa de la Concha.

Había instalado en la planta baja una oficina que atendía administrativamente todos mis negocios. Yo residía en la planta primera con Gertrud, mi compañera de vida. Reservé un amplio espacio en la tercera planta, para mí, y en ella instalé mi despacho y mi pequeña guarida para trabajar, pero también para leer y oír música. Desde aquí, seguí durante muchos años la evolución de mis negocios. Reconozco que he tenido éxito en las operaciones que he realizado. Las inversiones que hice en banca, metalúrgica y seguros con mis socios bilbaínos habían evolucionado muy favorablemente. También mi fábrica papelera de Cegama. Pero sin duda el mayor de los éxitos fue adquirir en 1910 una fábrica de armas en Éibar. La operación me la propuso, como siempre, Albertito. Después de tantos años y a pesar de ser ya todo un director general de mis negocios, aún en mi fuero interno seguía refiriéndome a él como Albertito, aunque en público siempre era don Alberto.

Alberto, después de haber pasado por la Universidad de Salamanca, se había incorporado como gerente de mis negocios en la oficina de Bilbao. La gran guerra europea que se inició en 1914 había sido un tremendo revulsivo para esa última adquisición. En muy poco tiempo, los pedidos se habían acumulado de tal forma que pasamos de una

plantilla de cien a cuatrocientas personas. Pero no todo fue fácil. En 1919, con la guerra terminada, a pesar de nuestros intentos para la venta de nuestra producción a otros países, gestiones en las que Alberto había tenido participación destacada, nos encontramos con una caída fuerte de la demanda y tuvimos que poner en la calle a más de doscientas personas. Esto dio lugar a huelgas y dificultades, que poco a poco fuimos superando. Fui muy generoso en las indemnizaciones a las personas que despedimos. Pero la situación hoy, en una España convulsa llena de desigualdades, huelgas y enfrentamientos, no era el mejor entorno para los negocios. Aunque ahora sentado ante el gran ventanal, la situación política y social del país no era mi preocupación.

Capítulo 86

Pero todo lo sucedido se me antojaba ahora muy lejano. Mi vida había adquirido una dimensión distinta. Rumiaba la última noticia.

Mi médico me comunicó que había descubierto un tumor en mi cabeza. Me advirtió que no se podía operar y que poco a poco mi capacidad tanto física como intelectual iría cayendo paulatinamente.

—Es cuestión de meses —me había dicho el doctor Eraso aquella mañana, en la consulta de la calle Garibay, mirándome de frente, sin escurrir el bulto—. Tres, cuatro a lo sumo. Si quiere dejar algo escrito, Zubizarreta, hágalo.

Aunque me sentía satisfecho de todo lo que había hecho en la vida, y en especial de haber descubierto en los últimos años personas que habían estado muy alejadas pero que eran sin duda muy importantes en mi vida..., volví con esa frase clavada en mitad del pecho desde mediodía: «Si quiere dejar algo escrito...».

Sobre la mesa del despacho, junto al tintero, esperaba el testamento sin firmar. Catorce hojas dobladas en cuatro, redactadas a mano por el notario Iturrioz, leídas y releídas tres veces.

Quedaba solo la última rúbrica. Hubiera podido firmarlas a las once de la mañana, cuando llegué de la consulta. Hubiera podido firmarlas a las tres de la tarde, después del café. No lo había hecho. Era un hombre que, llegado el momento de firmar las cosas importantes, prefería tomarse antes una copa.

Pensé, sin orden, en las mujeres.

En Adelita primero, como siempre. Adelita como un ángel, con los ojos alegres y las manos de pájaro, susurrándome «Te quiero» sobre la acera del puerto de La Habana mientras la mitad de su cuerpo estaba ya debajo del cascote del Maine. Veinticuatro años hacía. Aún la veía. Aún oía aquel susurro entre los gritos.

Después, en Sina. En la Sina niña, con la trenza rubia y los ojos azules de Cegama, y en la Sina mayor que me había mirado desde la puerta del cuarto con el camisón roto y los ojos también rotos. Aquel cuarto.

Aquel camión. Aquel silencio de ella después, mientras me vestía sin atreverme a darme la vuelta.

Bebí otro sorbo. El coñac ya no tenía gusto.

Pensé en Gertrud. Gertrud estaba abajo, revisando en la cocina. No pensaba mucho en Gertrud cuando ella estaba en la casa, igual que no se piensa en el aire cuando se respira bien. Pensé en ella ahora porque, contando los meses del doctor Eraso, no me quedaba ya casi nada para añorarla.

Pensé, por último, en los hijos. En Alberto, el único que llevaba mi nombre sin llevar mi sangre, recorriendo en aquel mismo instante alguna fábrica de Bilbao con la libreta en la mano. En Onofre, el único que llevaba mi sangre sin llevar mi nombre, llegado de Cuba ocho años atrás con una carta arrugada, de Makena, en el bolsillo. En Alicia, la hija de Sina, la única que llevaba las dos cosas y no sabía bien ninguna, casada ya con Gerardo, instalada en San Sebastián, dos nietos. Tres hijos repartidos entre las islas y la costa, y ninguno de los tres del todo mío. Una de esas cosas que solo se aclaran cuando ya es tarde para hacerlo.

Capítulo 87

Al pensar que mi tiempo en este mundo iba a ser ya limitado, decidí empezar a arreglar mis asuntos, para cuando yo no estuviera. Pasé revista a todas las cosas que había hecho. A pesar de mis errores, estaba satisfecho porque siempre creía que había sido justo con las personas. Con todas quizás, menos con mi esposa oficial, por eso me consolé pensando en la ayuda que le había prestado con nuestra hija.

El testamento estaba sobre la mesa:

Dividiré mi fortuna en tres partes. Una será para Alicia, con todas las inversiones de inmuebles que hemos realizado más la papelera de Cegama. Onofre se ocupará como propietario de la fábrica de armas y del 50 % de las inversiones de Bilbao. El otro 50 % será para Alberto, porque sin ser hijo mío lo he considerado como tal desde que volví de Cuba.

Los tres deberán satisfacer una renta vitalicia a Gertrud y a Sina, que les permitirá vivir cómodamente. Es lo que deseo.

Era justo y ya estaba preparado. Pero no quería firmarlo. Aún no. Era como si aceptara mi fin.

Había tenido una vida llena. Había disfrutado de mi libertad y de la buena marcha de mis negocios, y compartido grandes satisfacciones con muchas personas. No me restaba mucho tiempo y lo que me quedaba lo disfrutaría viajando con Gertrud, que siempre ha sido, después de Adelita, la mujer que más he querido en mi vida.

«Cuando llegue el momento me iré tranquilo, con la conciencia de haber hecho todo lo que tenía que hacer. Y con la enorme satisfacción que he descubierto en estos últimos años de poder dejar un legado para los que vendrán después», pensé.

Capítulo 88

Estaba sumido en estos pensamientos cuando tocaron suavemente la puerta. Entró Gertrud.

—¿Qué haces ahí con esta oscuridad?

—Viendo los últimos rayos de la puesta de sol. Siéntate a mi lado, coge una silla y dame la mano.

—Quieto está el sol —dije—. Yo solo lo miro.

—Quieto está el sol porque tú lo miras. Si dejaras de mirarlo, se movería.

Cuando sentí su mano en la mía, una enorme ola de ternura me invadió. Había sido realmente la mujer de mi vida. Adelita había sido un sueño maravilloso, pero tal vez por ser tan corto con el paso del tiempo se había desvanecido. Gertrud me había acompañado los últimos treinta años.

Ella dejaba volar sus pensamientos. Su vida era fácil y cómoda. La villa de San Sebastián, exquisita. Su presencia, incontestada en la sociedad. Los mejores restaurantes y un viaje todos los años para conocer todas las capitales europeas. Si ahora le preguntara si había sido feliz, ella podría responder que sí.

Soltó mi mano y me dijo:

—Bajo ya. En media hora estará la cena.

Me besó el pelo brevemente y se llevó la bandeja con la copa. Me quedé solo. El sol estaba ya rozando la línea del monte. Tendría diez minutos más. Yo seguí como ensimismado en la oscuridad.

Llamaron al timbre cinco minutos después.

Oí la voz de Gertrud abajo, primero educada y después extrañada. Oí otra voz, también educada, también baja. Oí pasos en la escalera. Gertrud volvió a subir.

—Hay dos señores abajo que quieren verte. Dicen que es muy urgente y que no te quitarán mucho tiempo.

Con pereza, acepté:

—Que suban, díles que tienen diez minutos. Luego bajo.

Tres pisos no son nada en una casa así, y los dos hombres los subieron sin prisa, hablando entre ellos en voz muy baja, como dos sastres que vinieran a tomar medidas.

Me senté detrás de mi escritorio y al poco Gertrud acompañó a los dos visitantes. Iban vestidos con trajes caros y ambos se cubrían con gabanes largos. Se presentaron con las manos en los bolsillos de los gabanes. Sus caras contrastaban con sus lujosos trajes. Tenían más aspecto de cargadores de muelle que de empresarios.

Se quedaron de pie delante de mí, sin decir nada.

—Díganme lo que desean —les dije amablemente.

Pero ellos seguían en silencio. No se acercaban a mi mesa y me miraban fijamente. Los segundos pasaban y los visitantes no se movían ni decían nada. Empecé a impacientarme y, elevando la voz, les dije:

—Si no quieren nada, ya pueden irse.

El más alto estaba muy tranquilo y dio un paso hacia el escritorio. Y entonces en sus ojos vi la amenaza. Al fin dijo:

—Le traemos un mensaje de *monsieur* Dupin.

Lo dijo con una corrección rara, casi de embajada, pero sin disimular su acento francés.

Comprendí que venían a matarme. Dejé la copa sobre el escritorio, despacio. Me pareció que tenía tiempo de mucho. De acordarme de la pistola del cajón superior y de que la pistola llevaba dos años sin engrasar. De un estilete que acerté a esquivar en la cubierta de un buque. De preguntarme si la vida termina siempre con un eco de su principio o si esa era una idea que se le había ocurrido a mí solo, esa tarde.

Me incliné a mi derecha para intentar sacar el revólver. No me dio tiempo.

El hombre más alto sacó de su gabán una pistola y me disparó. Sentí el dolor en mi hombro y comprendí que no podría salir con bien.

El más bajo, muy nervioso, dio también un paso adelante y también me disparó.

Como si el tiempo se detuviera, mis pensamientos corrían vertiginosamente. «Casi es mejor morir así que de un tumor cerebral, pero tantas cosas aún por hacer... Y el testamento, aún no lo he firmado. Tendrán muchos problemas con la herencia». Las imágenes de las mujeres de mi vida desfilaron ante mí. Adelita, Mackena, María, Sina, Gertrud...

El disparo del individuo bajo solo me rozó el brazo izquierdo. Los gritos empezaron a oírse en la escalera.

Resbalé contra la pata del escritorio hasta quedar sentado en el suelo. El sol, por la ventana, estaba ahora justo en el filo de Iguelo, partido en dos por la línea del monte. Una mitad arriba, una mitad debajo. Era una imagen exacta de algo, pero ya no tuve tiempo de pensar de qué.

El más alto se aproximó aún más y me disparó en mitad de la frente.

Cuando la noticia saltó a los periódicos, quienes me habían conocido verdaderamente comprendieron algo importante: no me mataron por vender armas; acabaron con mi vida porque creí que podía ir siempre hacia adelante sin que el pasado terminara alcanzándome. Pero el pasado... siempre termina regresando.

Epílogo

Maximilian Cortez y Mohamed Uadou fueron detenidos por la policía en Francia un año después del asesinato de Ares Zubizarreta y acusados de ser los autores. Eran dos sicarios de la mafia marsellesa. Una vez juzgados, fueron condenados a veintidós años de prisión. Quedó probado que fueron los autores materiales de dicho asesinato con el testimonio de numerosos testigos.

Maximilian llegó a un acuerdo con la fiscalía, que le permitió reducir su sentencia a quince años, a cambio de confesar la participación de Bernard Dupin como inductor.

Dupin nunca confesó, pero el testimonio de Maximilian le llevó a una condena de veinticinco años. Si hubo un grupo que hizo el encargo a través de Dupin, nunca se descubrió.

La herencia de Zubizarreta será recordada durante muchos años por las dificultades que supuso su adjudicación. Una gran fortuna perteneciente a un fallecido sin testamento. Existía una esposa, una hija y unos nietos, pero además una pareja de hecho que había convivido cerca de treinta años con él, un hijo natural y otras personas que aparecerían más tarde con derecho a participar en la partición. Pero contar todo esto supondría escribir una nueva historia.